MARCOS CARIAS REYES

Germinal

IMPRENTA CALDERON
Tegucigalpa, D. C., Honduras. C. A.

MARCOS CARIAS REYES

Germinal

IMPRENTA CALDERON
Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

PROLOGO

MARCOS CARIAS REYES

El Arte ha sido para mí una pasión obsesionante. Y, aunque las luchas sociales y las urgencias de la vida material me han obligado a relegarlo a un segundo plano, ha sido siempre la íntima delectación de mi espíritu.

Entre las arideces de la política y los cactus sangrantes del periodismo, he consagrado devotamente un rincón de ensueño para el culto de la eternal Belleza.

He estado alerta frente a la evolución y las modalidades de la obra artística, captando maravillas nuevas y, a veces, descubriendo y estimulando talentos que se inician en la semiobscuridad de una primicia.

Y, cuando una figura de artista se destaca en relieve, brillante y fuerte, siento en mi corazón una alegría inusitada, un deseo irrefrenable de aplaudir y de estallar en homenajes.

Y si el artista surge en un medio de incomprensión, saturado de egoísmos rudos y de obscuras envidias, en el cual las juventudes se sienten aplastadas bajo la sonrisa desdeñosa o hiriente de unas cuantas celebridades vacías, se suscita en mi corazón una fiesta de fulgores, en la que arden los inciensos y las mirras en pebeteros dionisíacos, entre la fiebre ritual de las bacantes, y una locura divina ensaya danzas menfíticas, mostrando en ondulaciones de arrebato la púdica desnudez de sus líneas y el donaire de sus ritmos, para celebrar el advenimiento del Enviado del Cielo que, victorioso en la batalla contra aquellos gigantes del medio, viene a ofrecer a la Humanidad un nuevo mensaje de luz y de amor.

Así la fiesta que ha suscitado en mi espíritu el aparecimiento de Marcos Carías Reyes bajo el plafón azul del Arte.

Desde que comencé a leer en revistas y periódicos los cuentos y las crónicas de este brillante joven, comprendí que una promesa cierta había iluminado el horizonte de Honduras.

Y cuando esta promesa—irisada—cristalizó en "LA HEREDAD" con una fastuosa cintilación de facetas, ví delinearse la figura del artista en la plenitud anunciadora de una gesta triunfal.

Ahora he tenido la conciencia clara y precisa de que Honduras ha producido un gran artista, al leer, coleccionados, algunos cuentos de Carías Reyes, en los cuales la fantasía se ha desatado en pétalos vibrantes y sutiles, trozos de vida y de prodigio, bajo el embrujamiento del misterio hecho ritmos y evocaciones, bronces eginetas, mármoles áticos, vibrantes y agitados a veces en un conflicto dramático o en una conmoción de tragedia.

Yo le he descubierto en la malla lírica de sus visiones, en la rara creación de sus símbolos, en la euritmia de sus frases aterciopeladas o nerviosas, en la plasticidad parnasiana de sus imágenes, en la profusión radiosa de sus gemas, en la firmeza de sus pinceladas ricas de colorido, en el dón celeste de convertir la palabra en paisajes, en movimientos, en vibraciones, en espejismos, en emociones rútilas, con una discreción sabia en donaires y elegancias.

Y, sobre todo, lo he descubierto en el noble continente de su persona, toda ella iluminada de modestia, y en la cual jamás han dejado sus huellas las pasiones malsanas. Un alma pura de artista cuya visión lejana pasa, sin alcanzarlos, sobre los egoísmos y los odios, sobre toda la fauna venenosa que se debate en los bajos fondos del báratro.

El lector curioso puede descubrir, leyendo a Carías Reyes, una brillante teoría de figuras superbas: ora un vaso de Klitias, ora una tanagra, ora un Tánatos, ora una Atenea Lemnia, ora un friso corintio, ora un pórtico romano; pinturas, esculturas y arquitecturas, todas palpitantes de vida, como si la mano de

Praxiteles, de Fidias o de Vinci los hubiera encendido de divinidad.

Sin intención, sin empeño, sin pretensiones, el artista revela en sus cuentos un dominio absoluto de la Belleza, al través de la mitología y de la historia, mostrándose erudito a lo Pierre Louys para la creación precisa, científica diríase, de sus personajes y de sus íconos.

Su estilo es amplio y vigoroso, manifestándose con la naturalidad de una corriente que discurre sin tropiezos, en una prosa sonora y cristalina que nos hace evocar a veces a Enrique Rodó y a Juan Ramón Molina.

He encontrado en los cuentos de Carías Reyes la concepción verleniana del Arte: ritmos e imágenes, es decir, la música en sus múltiples vibraciones y la pintura en sus inagotables matices y clarobscuros.

Pero algo más: la concepción de Pierre Louys, para quien el Arte es la expresión de la vida.

Y la sentencia de Barbey d'Aurevilly: lo único verdadero son las quimeras que soñamos.

Crear fantasmas alucinantes, brujerías de colores, de armonías, de claridades y de sombras, dentro de un cuadro humano, idealizando las cosas de la Naturaleza, he ahí el Arte, la verdad suprema de lo bello, que no es el pasto de la razón, que dijera Baudelaire, sino la ambrosía pura de que se alimentan los dioses.

Carías Reyes, en EL OPALO TRISTE, nos cuenta que "el ópalo estaba tísico por la nostalgia de un lindo dedo pálido, por aquella mano breve donde tanto tiempo vivió cautivo. por aquellas pupilas de aguamarina y aquella boca que tantas veces le dejó el calor de un beso apasionado y primaveral; había vivido derramando su fulgor malva y rojo, con encanto crepuscular, sobre los cinco pétalos arborescentes de aquella mano incomparablemente grácil que resucitaba el prestigio extinto bajo el hacha niveladora de los septembristas victimarios de la princesa Lamballe; a ratos era el ópalo una disolución de violetas prisioneras en un rayo de sol convertido en maravilloso estuche, y en el fondo había un brillo incandescente, fúlgido;

ora semejaba un estanque microscópico e inmóvil de extrañas coloraciones, desde el oro amarillo hasta el rojo violento de los atardeceres, diríase que la gema vivía, que estaba animada por un espíritu, que palpitaba en ella la conciencia de sus fulgores y se creyera orgullosa por tal motivo y por sentir la caricia obscura de mil ojos sobre su fría consistencia. Puck, señor y mago de las entrañas vírgenes, le había insuflado algo de su sér taumatúrgico y eterno."

Y en LA REINA MALVA:

"En las leyendas áureas donde hay demencia de mármoles y pórfidos."

Y en EL GRUMETE:

"Un tropel alucinante de ciudades y de puertos."

Y en LA TEMPESTAD:

"Ver llegar la noche con una lluvia de diamantes en la cuenca imponderable."

"El trueno rodaba locamente semejante a un desgarramiento de las montañas."

Basta de citas. Los lectores de este libro sabrán hallar en él—en profusión—los cuadros mágicos evocados en los fragmentos preinsertos, y podrán contemplar la Belleza, plena de espiritualidad, mostrando su desnudez helénica, bajo la égida de la virginal Atenea y de la radiante Parsifae.

JULIAN LOPEZ PINEDA

París, 14 de Julio de 1936.

HUERTO LIRICO

AMOR SACRILEGO

NO en las páginas nerviosas de Giovanni Papini, ni en los atormentados sueños de San Agustín, ni en la visión angélica de Santa Teresa de Jesús, he encontrado el rostro maravilloso que colmó de inquietud mi corazón. No ha surgido la bella frente empurpurada bajo la corona de espinas, las suaves pupilas circundadas de violáceas ojeras, ni el gesto que hace enmudecer la rebeldía; no han surgido en medio de las bóvedas suntuosas donde el incienso arde y tiemblan los cirios votivos. Ante un Cristo de Limpias tallado en madera perfumada por un artista desconocido; ante un Cristo que era todo belleza y silencio y angustia surgió de pronto la visión del martirio, la visión del sacrificio, la sublime locura de un gesto humano.

Esa figura tallada en el humilde madero da con su patética desnudez, la imagen viva, doliente, carnal del Hombre. Yo he tratado de anegarme en la doctrina cristiana recorriendo las páginas de los apologistas del Redentor. He tratado de amar hondamente al Maestro escuchando a sus sacerdotes. He deseado sumergirme en las cisternas de su bondad cuando la polifónica armonía del órgano llena el templo majestuoso. Y ni Papini, ni la ingenua teoría de los catecismos, ni el verbo de los pontífices, ni la mitra áurea, ni la custodia resplandeciente, ni el vino generoso, ni la hostia suave, ni la púrpura cardenalicia, ni la voz sonora de los bronces, han producido en mi sér la impresión lancinante y convincente que causó ese pobre Cristo pálido y ensangrentado, de las ojeras violáceas, huellas del martirio y del ensueño. Cristos de los frescos suntuosos, aristocráticos redentores vestidos de telas y joyas valiosas, Ecce-homos rodeados de cortinajes y de blondas, yo quisiera vivir ante vosotros el minuto de emoción que viví ante el fragmento de madero a quien diera contornos elocuentes la mano de un artista quizá bohemio y proletario. Voltaire, Nietzche, France, Artzybachef,

enmudecieron ante esa imagen del Hombre, luminosa de amor, de dolor, de martirio.

Y fué en esa tarde, contemplando el rostro hialino del Cristo de Limpias, que recordé aquella maravillosa como rara historia oída no sé cuándo, ni dónde, ni de labios de quién... tal vez de una virgen histérica, tal vez de un fraile austero en la lobreguez de una celda, tal vez escuchada en una noche de orgía al amigo iconoclasta.

I

El monje Efraín amaba a María de Magdala, que bautizaron las gentes con el suave nombre de Rosa de Betania. El monje Efraín era el más joven del claustro; vástago de noble linaje, heredero de cuantiosa fortuna; cuando era casi un niño sintió la atracción del sombrío monasterio y germinó en su alma un recóndito amor hacia los crucifijos que penden en las desnudas paredes de las celdas y los infolios de teología perfumados con un aroma de nostalgia, un aroma de tiempos viejos. Ingresó al claustro y pronto fué, gracias a su pía devoción y a su suavidad, uno de los predilectos. El monje Efraín dejaba transcurrir las horas consagrado al estudio de sus sacros volúmenes. En los bellos crepúsculos vespertinos meditaba el joven bajo el rumoroso follaje de los árboles del patio y a veces colaboraba con Pedro el jardinero en las pequeñas labores agrícolas del monasterio. La vida se desarrollaba plácida y reposada entre el toque de maitines y la oración de la tarde. Lejos el mundo y el ruido, la carne y el demonio.

Todos amaban al monje Efraín. Su dulzura, la suavidad de sus palabras, sus miradas que diríase erraban sobre las cosas y los seres acariciándolos con ternura, su pálido rostro y su noble ademán eran proverbiales entre las gentes del monasterio. "Es tan devoto como el hermano Efraín." "Existe en él tanta bondad como en el hermano Efraín"—se decía. Su abstinencia, su pudor, no se habían ruborizado jamás ante ninguna sospecha. Y hasta los perros vagabundos y pordioseros que acudían a lamer las puertas del claustro, sabían de su piedad.

Repentinamente, el hermano Efraín se volvió irascible y violento. Su extraordinaria suavidad, su dulce palabra desaparecieron por ensalmo. Dió malas razones. Rehusó hablar a sus compañeros con su cálido y fervoroso verbo, de la pasión y muerte de Jesucristo, como solía antes a la luz del plenilunio, bajo los árboles del jardín. Replicaba duramente a Pedro el jardinero cuando éste lo invitaba a la faena. Y—cosa inaudita—un día arrojó la puerta al rostro lamentable de un mendigo y dió de puntapiés a un can hambriento. Algo diabólico, algo insólito, ocurría en la vida del monje Efraín.

Este brusco cambio en las modalidades del dulce hermano coincidía con la fecha de su última salida al mundo. Muy raras veces Efraín abandonaba el convento. Allí radicaban su vida y su gloria. Fuera, tras los gruesos muros bullía la existencia —para él banal, corrompida y miserable—de los demás hombres. Sólo trasponía el umbral del monasterio para ir a visitar a su madre, una vez cada cuatro o cinco meses. Aunque las reglas de la comunidad se lo hubiesen permitido, él no manifestaba deseos de salir. Y fué en una de esas visitas a su madre que conoció a Clara van Séveren, su prima carnal.

Clara van Séveren era una criatura rubia y frívola. Amaba los cines, las revistas teatrales, el tenis, apuraba cocteles, leía las novelas de Guido da Verona. Efraín nunca se hubiese familiarizado con ella. Su palabra viva y colorida, la movilidad de sus gestos y su desenvoltura le produjeron mala impresión. Era la primera vez que veía a su prima, ausente durante muchos años en el extranjero. Y a pesar de ser ella tan distinta de las dulces madonnas de la religión, quizá por eso, Efraín dejó posarse largamente sus ojos en la rubia Clara. Cuando se rompió aquella especie de sortilegio que produjo la mirada, Efraín clavó una y otra vez sus pupilas en la mujer que tenía enfrente. La primera mirada fué de inocencia, de recato, diríase sorprendida. Las siguientes fueron miradas insidiosas, casi culpables, con algo de terror divino y de goce sacrílego. Abismó el joven sus tranquilos ojos soñadores en las cisternas misteriosas, de un azul ambiguo, que semejaban las pupilas de Clara van Sé-

veren. Palpó con la mirada ávida las líneas graciosas del cuerpo femenino, la ondulación insinuante de las caderas, el misterio del seno opulento. Una onda de perfume mórbido, enervante, intenso, parecía apoderarse de él. Un malestar inexplicable asediábale el cuerpo. La sangre bullía rápidamente; martilleaban en sus sienes las arterias enloquecidas. Sentíase ebrio y, ante aquella mujer rubia y láctea, que veía junto a sí; ante la obsesión de aquella mujer desnuda y prometedora, el instinto genésico rugía implacable.

Pero, después de un ceremonioso saludo, correspondido con una fresca sonrisa de la prima, Efraín abandonó la habitación de su madre, volviendo a la soledad y la pureza de su celda. No volvió a ver jamás a Clara van Séveren.

Sin embargo, de aquel día databa su extraña conducta.

Se le vigiló. Muchas veces lo sorprendieron extático ante la María Magdalena de la catedral metropolitana, o ante el retrato de la Rosa de Betania, firmado por un célebre pintor holandés o español, que adornaba el oratorio del monasterio. Detalle revelador: el hermano Efraín adquirió una pequeña reproducción de aquel retrato famoso y la colocó bajo el crucifijo de su habitación, sobre su lecho de asceta donde jamás habían florecido las rosas rojas del pecado.

II

El monje Efraín se consumía en las ansias de una pasión sacrílega. Además de sacrílega, imposible. Amaba a María Magdalena, la cortesana dorada, la Rosa de Betania, flor maravillosa de pecadoras. El monje Efraín siempre había adorado la figura resplandeciente de la tercer María, nimbada de santidad cuando ungió con esencia de nardo los pies del Maestro y cuando derramó lágrimas piadosas la tarde de la crucifixión, al pie del madero infamante. Después de conocer a Clara van Séveren, Efraín amó a María Magdalena como un hombre ama y desea a una mujer. Quizá en la imagen de la Pecadora, Efraín amase a Clara van Séveren. La repentina aparición de

ésta había revelado el misterio al joven monje. Ella era la mujer. Era la hembra. Era el amor, el mundo, la sangre y el pecado. Cuando la vió, cuando se abismó en las pupilas de Clara van Séveren, que eran de un azul ambiguo, como el de las cisternas, Efraín recordó que en su vida casta, que en su blanca vida, existía otra mujer. Otra mujer blonda y fragante, carnal y sensual. En ese momento, la lejanísima figura áurea de María Magdalena se corporizó ante sus ojos, ante sus sentidos, ante su corazón. Le infundió sangre, luz, vida, alma, a lo que había sido un recuerdo, una evocación, un fantasma. Y arribaron a él los raptos de angustia y las noches de insomnio y las horas desoladas. Contemplaba largamente, poseído de inquietud libidinosa, el rostro lácteo, nimbado por la cabellera de oro. A veces lo cubría de besos. Y temblaba todo él ardiendo en fiebre insana.

Por este amor superhumano y maldito odió al Redentor. Tuvo celos de él. María Magdalena también había amado a Jesús. Por ese amor abandonó su vida regalada y brillante de cortesana y sus perfumes y sus ricas joyas y sus favoritos. Sólo un inmenso amor de mujer puede llegar, como el suyo, al sacrificio, al renunciamiento, a la suprema abnegación y a la humildad. Sólo en un alma de mujer puede encontrar cabida semejante amor, que no es de madre, ni es de hija, ni es de hermana. Así como sólo en el alma de un hombre puede encontrar abrigo un amor semejante al de Cristo hacia la humanidad irredenta. La Rosa de Betania brillaba en el apogeo de su juventud, de su hermosura y de su fulgor cuando el sublime loco apareció; sembrando en las tierras áridas de Judea el grano perfumado de sus parábolas. Y María Magdalena, que moraba en el boato, el goce y el vicio, que tenía en derredor una corte de amantes y vasallos, lo despreció todo, todo lo olvidó de pronto cuando allá sobre una calcinada llanura, ante las ondas verdeantes del lago de Tiberíades, Jesús hablaba en medio de un grupo de mujeres y de pescadores en harapos. Fue un gran amor el suyo indudablemente. Un grande amor humano.

Y—en sus tétricas noches de insomnio—veía aparecer el monje Efraín, la divina figura del Redentor, cruzando las calles

de Jerusalén, en la apoteosis del Domingo de Ramos. Jesús atravesaba andando el irritado lago, Jesús ascendía a la montaña y las palabras del sermón brotaban de sus labios, herencia para todos los siglos: Jesús resucitaba a Lázaro, sanaba a los leprosos, hacía radiar la luz en las pupilas de los ciegos, multiplicaba el pan a los hambrientos, llenaba las vasijas de generoso licor. Y—más tarde—la cena de los doce, y el Huerto de los Olivos y el odio de la plebe, la comparación con Barrabás y la flaqueza de Poncio Pilatos, la rabia del sanedrín y la piedad de Claudia Prócula. Más tarde: el escarnio y la befa; la sentencia y la pasión, el látigo de los judíos, la brutalidad de los centuriones del águila dorada, el poderío de la Roma imperial cebándose en el Subversor, el madero a cuestas, la corona de espinas, la calle de la amargura, los desmayos, el lienzo de Verónica y el hombro del Cirineo, los clavos que hienden la carne y los brazos que se abren en cruz, la hiel y el vinagre, la tremenda lanzada en el costado y la sangre luminosa que fué alba en la noche de Longino. Eli, eli lamma sabacthani!... la agonía y las pavorosas tinieblas...

Y el monje Efraín veía a María de Magdala siguiendo las huellas del Maestro. Ella lo había amado con todo un amor de mujer, todo un amor humano capaz de ir hacia el sacrificio, hacia el martirio. Pero él no la amó nunca. Porque su inmenso amor fué para todos los seres. Judas Iscariote vendió al Maestro por celos. El mísero amaba también a María Magdalena. Y cuando su pasión no fué correspondida, se vengó denunciando al Subversor. Efraín pensaba que si él hubiese estado en la cena de los doce, el traidor quizá no se llamase Judas...

III

Era la noche del Domingo de Resurrección. El monje Efraín, solo en el desamparo y la orfandad de su celda, sufría dominado por rojas visiones pecaminosas y sacrílegas. La claridad lunar, velada y tenue, penetraba por la ventana abierta por donde también penetraba el aroma intenso de los opulentos

rosales en flor. El monje Efraín meditaba en la pasión de Cristo. Temblaba evocando la dorada figura de la Pecadora. Después del horror del Gólgota surgía la aurora del Domingo de Resurrección. El Subversor aparecía magnífico, luminoso, triunfante. Y el inmenso amor de los seres que estaban cerca de él, de los seres que sufrían con él, la Madre, José de Arimatea, ¡María Magdalena! era colmado de dicha. En aquella batalla monstruosa que reñía con el Redentor, Efraín comprendió que llevaba la peor parte. Era el vencido.

Alzó los ojos. Sobre María Magdalena, el Crucifijo brillaba con insólito fulgor. Diríase que en aquella noche del Domingo de Resurrección florecía en magníficas rosas de luz. Iracundo, ciego, demente, Efraín se abalanzó hacia él y arrojándolo contra el suelo lo hizo pedazos. En la tierra, en el piso frío de la celda, los fragmentos brillaban como diamantes, bañados por la claridad lunar que penetraba por la ventana con el aroma de los rosales. El monje Efraín sintióse anonadado. Su inmenso odio no podía vencer aquel inmenso amor. Aquel inmenso amor hacia todos los hombres—hacia él que era uno de esos hombres—no sufría mengua ni desmayo ante su inmenso odio. Permanecía inalterable y sereno.

IV

Al toque de maitines los compañeros de Efraín penetraron en la celda. El monje yacía rígido y amoratado, con las manos aun crispadas en el cordón de San Francisco que ceñía su garganta, junto al Crucifijo hecho pedazos. Sobre la cabecera del lecho, bajo el sitio que ocupó el Redentor, María Magdalena contemplaba al muerto con sus inmóviles ojos semejantes a dos cisternas, profundas como el amor, inmensas como la piedad.

EL OPALO TRISTE

ERA un pobre ópalo enfermo del mal de Chopin. Un ópalo tuberculoso. Hermano en angustia de aquella irreal Margarita Gauthier; hermano también de aquella huérfana mendiga que murió de frío en el corazón, sobre las baldosas duras de la Catedral, una noche lunar, dicembrina, mientras era Carnaval en el alma de los hombres y Carnaval en el estómago de los perros flacos que saludaban las lejanas torres con la carcajada homérica de sus ladridos.

¿Recuerdas la mendiga, huérfana y blanca, toda blanca de inocencia, toda blanca de luna dicembrina y de tuberculosis galopante? Alba y grácil, la niña infeliz fué a llorar su hambre junto a la lumbre de la Vía Láctea, para no dormir más sobre las baldosas frías e inmisericordes, viendo desfilar las rondas astrales de los fantasmas que van a despertar las dormidas armonías del órgano.

El ópalo triste era hermano menor de aquella huerfanita que murió con el corazón tísico porque nadie meció en la cuna sus caprichos infantiles; porque no hubo madre que la vistiera de ternura y porque Santa Claus, ese viejo farolero que sólo visita a los niños ricos y las alcobas con luces veladas, no le dejó jamás en la media rota una muñeca pobre y fea, tiritando de frío.

El ópalo no estaba triste por Santa Claus, ni por las caritas de porcelana con ojos azules ni por los globos que se rompen al menor contacto, como ilusión que fallece. El ópalo estaba tísico por la nostalgia de un lindo dedo pálido; por aquella mano breve donde tanto tiempo vivió cautivo; por aquellas pupilas de aguamarina y aquella boca que tantas veces le dejó el calor de un beso apasionado y primaveral.

Había vivido derramando su fulgor malva y rojo, con encanto crepuscular, lejano y triste, sobre los cinco pétalos alborescentes de aquella mano incomparablemente grácil, que resucitaba el prestigio extinto bajo el hacha niveladora de los septembristas victimarios de la princesa Lamballe. A ratos era el ópalo una disolución de violetas prisioneras en un rayo de sol convertido en maravilloso estuche y en el fondo había un brillo incandescente, fúlgido; ora semejaba un estanque microscópico e inmóvil lleno de extrañas coloraciones, desde el oro amarillo hasta el rojo violento de los atardeceres; diríase que la gema vivía; que estaba animada por un espíritu; que palpitaba en ella la conciencia de sus fulgores; y se creyera orgullosa por tal motivo y por sentir la caricia obscura de mil ojos sobre su fría consistencia. Puck, señor y mago de las entrañas vírgenes, le había insuflado algo de su sér taumatúrgico y eterno.

Margot lo llevaba siempre consigo y el ópalo parecía un escarabajo fantástico ebrio sobre un pétalo de lirio, adherido en el anular de la niña. Allí soñaba, allí dormía, allí se extasiaba. Inteligente y ocioso como un sibarita encontró que la suprema ecuación de la vida, se resuelve dejándose amar y brindando amor aunque en el fondo de toda pasión enhebre la araña mentira, su tela maravillosamente sutil. Por eso el ópalo gustaba desmayarse arropado de caricias y sabía cuán bellos y sabios son los deliquios amorosos porque la niña aristocrática dábale constante y celosamente su ternura. Desfallecía bajo la mano leda que pasaba mil veces sobre él colmándolo de mimos; y cuando la palabra fluía como raudal de esencias y cuando los labios le dejaban su beso primicial. Entonces un fulgor inusitado, violento, un brillo de incendio, de gloria y de astro, estallaba en la gema. Era como el paroxismo de sus ardores. Como una pasión muda y contenida que gritase repentinamente. El ópalo sentíase enfermo de ansias febriles. Poseso de un verdadero delirio hasta que la caricia se hacía noche, extinguiéndose. Cuando el sueño velaba las pupilas de la dueña fragante, soñaba el ópalo sibarita la inmensa delectación de

recorrer todo aquel cuerpo y dejar en los brazos, en los hombros y en la curva perfecta de la cadera su beso frío ¡su pobre beso frío! o esconderse maliciosamente y calentar su desnudez en el tibio rescoldo del agitado seno. Era Primavera en los días de Margot, triunfo de la risa y alegría del corazón. El ópalo seguía brillando como el ojo maligno de Puck, el diablillo alegre y taumaturgo.

Pero una tarde hubo de llegar. Margot vió cómo temblaban en el fino lienzo, hechas rocío de lágrimas, las dos estrellas radiantes que eran sus pupilas. Una escena violenta y El se había incorporizado allá muy lejos por la carrera de palmeras. La primera decepción amorosa rompió el encanto primaveral. El ópalo sintióse más frío. Perdía la magnífica insolencia de sus fulgores. Y, así como la dueña, enfermó de repentina tristeza.

En un mísero rincón polvoriento encontré mucho tiempo después el ópalo noble de Margot. Nada tenía de soberbio ni de audaz. Estaba triste y apagado. Mustio, cobarde y viejo. El pobrecito se moría de tuberculosis, perdiendo todo su brillo como un sér infeliz a quien se le agotaron las ansias de vida. En cenizas el fulgor de sus días triunfales. Lleno de la tristeza inmensa y resignada de los que sólo esperan un fin inevitable que no tardará en llegar. Allí, olvidado y escarnecido fué enfermando, poseso de incurable melancolía; embriagándose en la añoranza de aquella linda mano donde irradió su orgullosa frialdad de sibarita, hasta que el recuerdo se hizo implacable corrosivo que minaba lentamente su dura consistencia. Margot lo tiró al rincón un día funesto, porque los ópalos son mal agüero y a él debíale la iniciación de sus dolores y el ruidoso fracaso de sus primeras ilusiones. En su abandono se fué mustiando, extinguiéndose, hasta apagarse en el silencio de todos sus brillos, en el desastre total de sus fulgores.

Esta es la historia del ópalo tísico. Del ópalo que enfermó del mal de los poetas noctámbulos y anarquistas; hermano

menor de aquella infeliz mendiga que murió, toda blanca de inocencia, sobre las baldosas inmisericordes, en una noche dicembrina, cuando los perros seguían con sus ladridos al viento y a las nubes que se llevaban robada la luna; y bajo la canción estrepitosa de crótalos y timbales, rendida a mi palabra unciosa, brindaste a mis ensueños sitibundos ¡oh mi frívola amiga! la fruta dehiscente de tu juventud.

LA REINA MALVA

■

DOS vasos de ajenjo bastaron para que Rogelio empezara a soñar, junto a la humilde mesa de la taberna destartalada, recogida en la embriaguez silenciosa de la penumbra, donde florecen todos los pecados, dentro de la fantástica vorágine de la urbe cosmopolita y trepidante.

Fuera, las limusinas se deslizaban con suave murmullo sobre las avenidas asfaltadas, espantando con el grito agudo de sus claxons a los troncos de soberbios caballos que golpeaban furiosamente la tierra, uncidos a las lujosas victorias de los insolentes magnates.

Dentro, la luz se moría, tal vez borracha de ajenjo; hechizada por aquel ambiente enfermo con el vaho de pesimismo, la rebeldía, el surmenage intelectual.

Bohemia! Bohemia miserable y sin encantos; claudicación diaria del orgullo masculino; rostros macilentos, desvelados y flacos; manos temblorosas; maldita e insaciable sed de licor... y, después, la tuberculosis; la sala mal oliente del hospital; las caídas vergonzantes, una seguida de otra, como guiones cortando un párrafo, hasta que un día nebuloso y frío, el lamento siempre igual del esquilón fúnebre; los amigos vestidos de luto; las ofrendas florales, pocas: era un artista; el obligado panegírico; la tierra que da las gracias con voz muy seca: lluvia de pedruzcos en el desnudo ataúd. La tarde lila... el sol lejano... muy allá el oriente, la gloria... ¡Y la vida que pasa, como una carcajada, sobre el lugar ignorado de esa tumba!

Rogelio había principiado a soñar después que la llama verde del ajenjo se apagó en los vasos para encenderse adentro, en nuestra fantasía. Hacíamos vida verleniana, tal como se puede hacer hoy. Bohemia adulterada, sin el grato sabor añejo con que la canta, en sus poemas dolorosos, Emilio Carrere, donde, a la luz indecisa que reina en las tabernas, desfilan

rostros pálidos y vagas siluetas de grandes visionarios. Pero las flores del mal—venenosas, negras, trágicas, nos exornaban el alma; en nuestros jardines maravillosamente bellos y fatales, junto a las aves de plumaje albo, los cuervos taciturnos graznaban su eterno ¡Never more! y monstruosos hipocentauros abrevaban en las fuentes cristalinas. Las sombras de Hugo, de Verlaine, de Poe, de Wilde, de Baudelaire, surgían como alucinadas. ¡Inmensos predios de imágenes! ¡Huertos poblados de quimeras y de ensueños! ¡Incognoscibles selvas de la fantasía!

Al nacer Rogelio, los dioses cometieron el pecado de darle inteligencia superior. Olvidáronse de la era del Becerro de Oro y lo engendraron poeta. En el impenetrable misterio de su karma, el infortunio enseñaba su máscara cruel. Otro pecado cometieron los dioses: no le dieron riquezas. Ni heredó un nombre catalogado entre el círculo aristocrático, gracias a una libreta de cheques; ni vastas propiedades, ni rentas. La casualidad no quiso que naciera en las gradas de ningún club, ni en el vestíbulo de cualquier palacio. No fué *Don*. Sencillamente Rogelio de Villar, un muchacho simpático que hacía versos; versos extraños, de una musicalidad arcana y exquisita; de un sabor casi amargo; llenos de ironía y tristeza, embebidos de crepúsculo, de noche y de azur; versos donde temblaba el espíritu diabólico del ajenjo. Tampoco tuvo mi amigo poeta la ocurrencia muy común de dedicar alejandrinos a las lindas poupées ni a las damas casaderas de la metrópoli. Acertaron los dioses engendrándolo orgulloso y él desdeñó siempre las glorias que tanto apetecen los vates cortesanos y ramplones. Su talento no fué a besar la planta de ninguna mujer y las magníficas elucubraciones de su cerebro no sirvieron de incienso ante frívolos altares. La hembra logró las palpitaciones de su corazón ¡al fin corazón! pero no el oro bruñido de su ingenio.

Soñaba en la penumbra de aquel cuarto de taberna pobre. Las llamas locas del ajenjo bailaban dentro de su fantasía una danza oriental. Fuera, las limusinas agredían el suelo húmedo de sereno con sus llantas silenciosas. La ciudad se embrujaba

en la niebla de la media noche. Allá las plazas y los teatros iluminados profusamente... más lejos, las barriadas miserables; arriba, millones de estrellas como pupilas temblorosas abiertas sobre un enigma; y en el oriente vago, amaneciendo, muy pálido aún, el sol de la gloria que nosotros llevamos rutilante y magnífico en el zenit de la bohemia inquietud de cantar...

II

"Anoche, quizá muy bebido, quizá en ese estado que tanto amaron Verlaine y Poe, tal vez como una amenaza de delirium tremens, tuve un sueño absurdo, un sueño que es todo un poema de Wilde... ¡y qué canalla, qué mísera veía mi vida junto a mi sueño! Una mujer... aquella mujer tenía las ojeras malva... ¿has visto tú sobre un milagroso jarrón de laca—dos orquídeas raras, perversas, diabólicas, cual dos llamas de ajenjo? Así era la mujer del sueño: un milagroso jarrón de laca, todo rosa, todo blanco y dos orquídeas incomparables—las ojeras malva. Dos copas perfectas los senos intactos—marfil en los hombros y en los brazos—¡manos liliales, manos ebúrneas, pétalos amados en mis delirios!

Era una reina antigua. Una reina bellísima y perversa, de esas que se esfuman en las leyendas áureas donde hay demencia de mármoles y pórfidos. No sé de qué país pudo haber sido. Quizá del Egipto cabalístico e ignoto donde los ibis hieráticos y pensativos interrogan el arcano de los siglos sobre las riberas fecundas del Nilo taumatúrgico. Una reina de Babilonia, de Nínive o de Cartago, la deslumbrante ciudad de Amílcar Barca y de Salambó. Ví a la mujer blanca, rosa y malva, rodeada de una decoración prodigiosa. Bajo una montaña de mármol, donde se hacían polvo los rayos del más hermoso sol que ha brillado en mi vida. Pórticos, laberinto de columnas, escalinatas, gigantescos esclavos de diferentes razas; negros como lustroso ébano, traídos de la región líbica, parthos, griegos, persas, etíopes, ágiles y feroces númidas, bereberes y marroquíes—en

fin,—un singular mosaico de especímenes de todos los climas y países. Y esclavas de Circasia, semejantes a grandes lotos que se moviesen graciosa y rítmicamente; mujeres de Georgia, bayaderas; oulai-neils, maestras de la voluptuosidad; tañedo-bayaderas, oulai-neils, maestras de la voluptuosidad; tañedoras de cítaras y laúdes; arpistas y escanciadoras de raros perfumes. Había también elefantes pesados y monumentales como académicos; soberbios tigres de Bengala; leones del desierto líbico; jaguares, panteras y leopardos; una bellísima colección de ánades azules deslizándose en el agua muerta de los estanques; cisnes blancos y negros y los ibis sagrados del Egipto. Por la quieta superficie de un río extraño donde se reflejaban los mármoles de las terrazas, bogaban lentamente muchas barcas semejantes a aquella en que Cleopatra llegó al encuentro del triunviro romano; y en densas espirales de humo iba hacia el cielo el alma sutil de exóticos aromas. Aquella reina de las ojeras malva estaba en medio de todo esto. Y Ella sola valía más que las riquezas allí amontonadas. Yo hubiera desdeñado los palacios de mármol, con pórticos deslumbrantes y columnas rosadas; los estanques llenos de ánades azules; los elefantes cargados de oro; los zafiros, las esmeraldas, las amatistas, los diamantes de brillo sin igual; las esclavas circasianas tan blancas como lotos errabundos; las oulai-neils que saben dar la muerte con sus contorsiones voluptuosas; las núbiles adolescentes y las barcas repletas de púrpuras, de gemas y de blondas. Todo lo hubiese desdeñado por Ella. Por quedarme a la sombra de las ojeras malva, besando el marfil de sus brazos y sus hombros; los dos prodigios alabastrinos de sus manos y su cabellera semejante a oro de sol. Quizá esa reina fuese Belkiss... ¿recuerdas los divinos interlunios? ¡Así era la mujer malva de mi sueño! ¡Oh, ajenjo, a quien debo esta noche maravillosa!—y, cuando la embriaguez se hubo disipado; cuando las luces estúpidas de la razón brillaron en mi cerebro después de haber vivido los minutos más gloriosos de mi existencia—me sentí desolado! Ya puede pasar, mintiendo, la ronda prosaica de los días... yo he muerto... quedé enterrado con la

reina de mi ensueño... cabe los estanques donde los ánades poetizan el sortilegio de las ondas musicales!"

Media noche. El relente pasaba vibrando junto a las torres fantasmales y el esquilón decía su ritornelo angustioso cada vez que la aguja marcaba el vuelo de las horas. Bajo los árboles taciturnos de la avenida, empeñados en un diálogo formal con las constelaciones, caminábamos Rogelio y Yo. La Cabellera de Berenice cobijaba piadosamente nuestra desilusión. Allá lejos, las plazas y los teatros con sus luces feéricas; más lejos, las barriadas miserables; arriba, las pupilas desorbitadas del infinito contemplando la fuga de los siglos; muy allá, el oriente y en él, pálido, cobarde, amaneciendo, el sol de la gloria. Encendidas en nuestra fantasía las dos llamas diabólicas del ajenjo. Soñábamos.

Ruge una limusina. La carcajada repentina de la sirena se queda vibrando en la noche fría...

Es la respuesta de la vida a nuestro ensueño. Los fantasmas se han desvanecido. Amanece. Las fábricas insultan el azul con sus roncos alaridos. Pasa un tropel de obreros.

¡Es el Becerro de Oro que inicia su reinado!

EL CARNAVAL DE LOS LOCOS

■

CUANDO penetramos en la sombría mansión donde Nuestra Señora la Demencia aposenta su hermoso sitial, una emoción profunda nos sobrecogió a mi amigo el Dr. Castro y a mí. Aquellas altas y escuetas paredes llenas de inscripciones tremendamente obscenas, aquellas bóvedas sepulcrales donde apenas se colaban débiles rayos del sol matinal, el aspecto taciturno y violento de los guardianes y los gritos estridentes que a veces se quebraban en el espesor de las murallas, nos infundieron un pequeño miedo. Nos sentíamos con el ánimo encogido, malhumorados y con cierta repugnancia de las caras y cosas que nos rodeaban. Pero, cuando nos fuimos acostumbrando, después de muchos minutos, a la decoración y al espíritu del lugar, tuvimos horas interesantes cuyo recuerdo perdurará largamente.

Creo que he dicho *espíritu*. ¿Cómo podrá haberlo en una casa de orates? Sin embargo, existe el inmenso, secular y tremendo espíritu de la Locura. Ese espíritu es verdad, luz y misterio; en él palpitan el cosmos y el arcano de las generaciones; fulgen los destellos que están más allá de las órbitas humanas, de la razón, de la lógica, de los análisis y de los laboratorios. Enormemente grotesco como el mundo, cuajado de luces enigmáticas como la bóveda celeste, paradójico como la vida y como la muerte, así es el gran espíritu de la Locura. Nosotros sentimos, al penetrar en la sombría casa, que él nos acariciaba con sus bellas alas tenebrosas, y, por un momento, nos acometió el vértigo de arroparnos en ellas.

En sus celdas estrechas, entre penumbras que sólo nos permitían distinguir muy vagamente sus rostros moldeados por el escultor divino en barro verdadero; sus rostros donde los gestos desnudos quedaban estereotipados, ajenos completamente al fingimiento y la mentira, aquellos locos resultaban encantadores. Sus voces eran de un timbre viril y sibilino; voces en que

cantaba la verdad; voces donde surgía la verdad limpia, pura, doncella que ha tomado un baño lustral en las aguas de una fuente milagrosa. Yo imaginaba grotescos, sucios, repugnantes, horribles, todos aquellos locos y ¡oh sorpresa! los veía claros, transparentes, como si en ellos la sinceridad fuese una aureola, como si en ellos gritasen todas las fuerzas vivas de la naturaleza, que es afirmación y victoria. Aquellos dementes parecían niños distraídos en un juego trascendental. Se diría que eran adolescentes que hubiesen agotado fórmulas literarias, filosóficas y políticas, sin perder jamás su ingenuidad y su sonrisa.

Estos locos radiantes y tranquilos son hermanos menores, oscuros, y anónimos, de otros grandes locos, cuya historia ha aprendido de memoria la humanidad para denigrarlos con lenguaje sucio y violento o para echarse de hinojos a sus plantas, grotescamente, estúpidamente, con algo de instinto animal. Hubo en otros tiempos, y se gestan en los actuales, enormes dementes que no pueden ser comprendidos por esta humanidad simple y unilateral, precisamente porque ellos, como todo lo inmenso, son absurdos, paradójicos, multilaterales, con un brillo nuevo y raro en cada faceta, como el diamante más preciado. Uno de estos locos célebres se llamó Buda y era un príncipe sabio y poderoso, señor de inmensas riquezas, inmensas extensiones e inmensas muchedumbres. Pero toda su sabiduría y todo su poder no le valieron contra la locura que un buen día le sorprendió y de gran señor, el monarca, fastuoso y magnánimo, se convirtió en un mendigo que iba predicando sabe Dios qué teorías impracticables a los hombres que se enriquecieron rápidamente con los dineros que fueron suyos. En aquellos dichosos tiempos aún no se habían edificado asilos de orates, de manera que Buda no acabó tranquilamente sus días en uno de ellos, pero pasó a la historia como un fundador de religión... ¡una religión basada en el desinterés y el amor! ¿Habrá caso más sorprendente de extravío mental?

Otro caso famosísimo de locura ocurrió hará cosa de veinte siglos, en una comarca que llaman Palestina, desarrollándose ora en las orillas del bello lago azul de Genezareth donde posó

sus ojos tranquilos Krissys, la dorada cortesana de "Afrodita"; en una Montaña de las Beatitudes y un monte Tabor; en un Huerto de los Olivos y en las calles estrechas de Jerusalén. El protagonista de este otro caso esporádico de locura se llamó Jesucristo y era hijo del carpintero José y de María, mujer de belleza inmaculada. No acabó sus días en una cárcel sombría, sino entre dos ladrones, clavado en el madero infamante. Y pasó también a la historia como fundador de una religión... ¡una religión basada en el amor al prójimo, la caridad, el perdón! Este loco sublime estableció escuela, pero los alumnos no pueden estar cerca del Maestro.

En aquellos lejanos tiempos, seguramente como medida sanitaria, existía la costumbre de crucificar a los dementes igual que a los ladrones y a los asesinos. Hoy no se comete semejante atrocidad y debido a tan humana reforma pudimos mi amigo el Dr. Castro y yo, oír los raros discursos de los alienados de la sombría mansión.

El loco de la celda Nº 1, tiene la mañana en el rostro y en el corazón. En su vida siempre estará amaneciendo, pues él ha perdido la vulgar noción del tiempo y de las edades. Canta, silba, grita; sus gritos son pristinos, espolvoreados de alegría y de vigor natural, como si fuesen gritos de los abedules, los robles y los pinos macizos de la selva; como si fuesen gritos de los torrentes magníficos de la selva. Es que en su voz grita la juventud. Y, como la mañana es azul y azul es la mañana en su corazón, lanza esos sonidos tan pristinos. Este loco tuvo una novia, pero como la novia era sensata y no podía comprender el lenguaje de su demencia, él la estranguló con un cordón florido. Más tarde encontróla en su celda. Parecía venir desde muy lejos. Era astral y ya pudo comprender el arcano lenguaje de su amigo; ya pudo leer en el alma de éste y no hacer caso del esqueleto mísero de las palabras. Fué entonces cuando aquel demente lanzó al cielo sereno el himno de su victoria.

Y era ese himno el que recogían nuestros oídos.

El viejo alienado de la celda Nº 5, es un poeta y ha dado en no querer alimentarse más que de estrellas, flores y nubes

—luz, ambrosía y pureza—como aquel cisne, también demente, que sólo se alimentaba con los reflejos de los luceros en las aguas quietas de la laguna. El poeta de la cárcel de orates rehusa tomar sus comidas desde hace mucho tiempo y cada día va siendo menor su potencia vital. Pero él se sabe luminoso, se sabe lleno de extraños fulgores, ebrio de lumbre zodiacal y por eso vive feliz alimentándose de estrellas, flores y nubes. Imagino los grandes festines de este raro poeta en las noches tibias, serenas, cuando miríadas de estrellas tiemblan sobre sus pupilas asombradas. El viejo se pasa las noches contemplando el cielo espolvoreado de plata desde la pequeña ventana de la celda Nº 5. Siempre es el mismo espectáculo lleno de incomprensible grandeza: la Osa Mayor, la Osa Menor, Arturo, Berenice, Alfa, Omega; los diamantes más rútilos, las perlas más finas para engarzar en la diadema de una soñadora emperatriz oriental y la generosa Vía Láctea, el sendero diáfano, todas se brindan para que el loco mate su hambre sideral. En la mañana clara, el buen anciano sale a buscar rosas, margaritas del prado, lirios y jazmines blancos, blancos con la imposible albura de su pobre corazón demente. Sus ojos errabundos se prenden, llenos de incurable melancolía, en la gasa impalpable de las nubes fugaces, volubles, lejanas, tan ajenas a la humana pequeñez y a la miseria humana. Y yo imagino el espíritu cautivo del buen viejo alienado, cual un pájaro ebrio de azul que en una alborada se lanzase, semejante a una flecha vertiginosa, hacia el sol.

Todos los recluídos ofrecen un aspecto tranquilo y reposado; parecen encontrarse muy felices y satisfechos de vivir. ¿Qué falta les hace el mundo del cual se les ha aislado? Dejadles, dejadles quietos en el universo de ilusión que ellos se han creado y que es extrañamente bello.

I I

Una tarde volví con mi amigo el Dr. Castro a la sombría mansión de los orates. Pensábamos encontrarlos tan pacíficos, tan quietos, tan sugestivos, como la mañana en que por vez

primera fuimos a visitarlos. Mas... ¡oh sorpresa! los locos celebraban su carnaval y todos se disfrazaban de cuerdos. Los pobres asilados también celebran esa fiesta en que, bajo la máscara bufa, asoma el rostro de la verdad. Y todos representaban los papeles que desempeñarían en una sociedad de gente razonable.

Aquellos pacíficos y hasta encantadores dementes que tan buen rato nos dieron en otra ocasión, eran, durante el carnaval, verdaderamente insoportables. Agitándose en tremenda confusión ofrecían un espectáculo raro, aterrador, que causaba estremecimientos de miedo y angustia. Sabiendo que estaban asegurados en medio de las altas y gruesas paredes, los celosos guardianes dejábanlos hacer libremente, gozando ellos mismos en el cuadro, a la vez hilarante y doloroso que presentaba la centena de alienados. Sobrecogido el ánimo, nosotros contemplábamos el carnaval de los locos amargándonos el corazón ante el irónico espejo de la humanidad. La fiesta que celebraban los dementes, por el furor desenfrenado de su alegría, por el tremendo ruido con que estallaban sus voces, gritos y carcajadas, por la abigarrada mezcla de rostros, cuerpos y trajes, por el inmenso rumor que llenaba los ámbitos del manicomio y se iba en el viento a quebrarse sobre la ciudad, parecía una espantable noche de Valpurgis; era un acontecimiento semejante a las celebraciones del Baco Heleno y a las saturnalias de los romanos; emulaba la fiesta de los Inocentes en las ruidosas villas medioevales, las del Asno y del Zorro y las célebres Carnestolendas. Veíamos revivir con una pujanza desorbitante el alma libre del paganismo. La risa enorme, la risa desconcertante que vibró en las edades lejanas... el espíritu de los viejos tiempos... ¡Oh Aristófanes y Rabelais! hacía sonoras las murallas de la cárcel secular. Era una alucinante exposición de aguas fuertes y de siniestros crayones la zarabanda de locos.

Por la actitud, el gesto y el traje podíamos cerciorarnos qué papel desempeñaba cada alienado. Veíanse especímenes de todas las jerarquías políticas y sociales; de todas las edades, profesiones y oficios; presidentes, magistrados, altos dignata-

rios de la milicia, el clero y el gobierno; congresales y académicos; coquetas y Don Juanes. Cada quien desempeñaba su papel con extraña y cómica seriedad. Microscópicamente veíamos nosotros desfilar el enorme rebaño humano; sus luchas, sus castas, sus himalayas de leyes, sus tremendos absurdos, sus pequeños dolores y sus grandes miserias. En aquel recinto, la arcana Verdad se abría como una boca monstruosa y surgían de ella chorros de pequeñas verdades. Los dementes nos presentaban el espectáculo que daríamos todos los cuerdos si repentinamente se esfumara nuestro YO externo y urbano y apareciese a plena luz nuestro YO sub epidérmico, oculto, irrevelado, que sólo nosotros mismos llegamos a sospechar por vagos indicios que alumbran instantáneamente nuestra penumbra espiritual.

Durante un momento se produjo gran ruido en el centro del amplio patio y un murmullo confuso de voces y disputas. Luego, ante nuestros ojos se alzó un grueso madero. Cogidos de las manos, los locos formaban grandes círculos y al compás de exclamaciones y palmadas daban furiosos saltos. Aquello semejaba una danza macabra. No distinguíamos bien, pero nos parecía que algo había sido clavado en el madero. Pronto comprendimos. ¡La locura había sido crucificada! Luego fué quemada en efigie, destrozada y suspendida de la horca. ¡La locura ha muerto! ¡Hemos crucificado la locura! ¡Ahora todos somos cuerdos! aullaban miserablemente y entonces, la exaltación, el furor dionisíaco llegaron al colmo. Fué un tremendo paroxismo de alegría el de los dementes después de consumado el sacrificio. ¡Ha muerto la locura... todos somos cuerdos! y el espectáculo que ofrecían aquellos alienados que habían recobrado la razón era pavoroso.

Nuestro joven amigo de la celda Nº 1 se había dado cuenta por fin de la noción del tiempo y viéndose los cabellos canos y apergaminado el rostro, vociferaba cual un presito ante la convicción espantosa de su muerte en vida. Oímos que gritaba con acento capaz de infundir miedo a los corazones más fríos: "Morir no es acabarse... morir es verse un día como me veo yo. ¿Qué se hizo mi fuerza, mi juventud y mi gracia?" El pobrecito amigo se quiso disfrazar de viejo y la broma le resultó tremendamente cara, porque en el carnavalesco traje, como sucede con frecuencia en el mundo de los cuerdos, encontró su verdadera personalidad que la sombra generosa de la locura había ocultado hasta ese día fatal. El viejo poeta aullaba como un condenado, lanzando salibazos al sol y al tranquilo azul que contemplaba el aquelarre no diferenciándolo de los que periódicamente se registran sobre el universo; grupos de mujeres desgreñadas danzaban en torno a una pira con rabioso erotismo; un alienado joven perseguía a una niña y cuando logró darle alcance asióla de los cabellos y barrió el suelo con el cuerpo de la infeliz, mientras celebraba su hazaña con estridentes carcajadas. Otros locos, fuertes y buenos mozos, aporreaban sin piedad con el puño cerrado, la joroba de un pequeño monstruo; una docena de mujeres iba rezando en voz alta y haciendo genuflexiones, hasta besar la tierra, a echarse junto a un fetiche de piedra oculto en un rincón; el obispo de los locos, ostentando la mitra y el báculo, alargaba obstinadamente la mano izquierda bendiciendo su tumultuosa grey; y algunos dementes, portando insignias de autoridades civiles o militares, azotaban con gran regocijo las espaldas de la muchedumbre. El ruido y la algazara fueron en crescendo hasta hacerse insoportables. Los aullidos de los locos daban la idea de que en el recinto había sido encerrado un centenar de fieras salvajes y rugientes. Se mezclaba el pavoroso acento del lobo y el chacal con el chillido agudo de los monos en la negra espesura. La fiesta degeneraba en mascarada. Pronto los dementes se arrojaron unos sobre otros tratando de estrangularse. Se atropellaban, mesábanse los cabellos, poseídos de extraña rabia y el que caía era pisoteado. Parecían una legión de seres infernales. Empezó a correr la sangre y los guardias tuvieron que intervenir para restablecer el orden.

Herméticos, mudos y cabizbajos, los locos que fueron cuerdos una tarde, volvieron a sus celdas con el alma triste y envenenada.

La noche arropó su inmensa desilusión con piedad de madre adolorida.

LA ZINGARA

La juventud viciosa y elegante se daba cita, noche a noche, en el antro del señor Connor donde resonaban hasta el amanecer los múltiples ruidos del jazz-band, con estridencia de tambores, címbalos y claxons o gemían los violines histéricos de los tziganes, alternativamente, mientras la atmósfera se saturaba de violento perfume femenino mezclado a un raro aroma de salvajes orquídeas que abrían sus corolas bajo la iridiscencia de las arañas multicolores.

La gente seria o algún "croniqeur" que sentaba plaza de moralista desde las columnas de cualquier diario capitalino, habían calificado de *antro de perversión* el lujoso cabaret de Mr. Connor, rendez-vous de la sociedad más elegante y derrochadora de la metrópoli, que carcomida de sibaritismo, acudía en busca de las nuevas sensaciones de placer que podían encontrarse, una vez salvada la puerta principal, en los salones del *Gato Flaco*.

Mr. Connor era el más amanerado y culto maitre de la capital, un sabio en cuestiones culinarias y alcohólicas. Los habituales de su cabaret afirmaban que aquel originalísimo nombre que fulguraba, ora rojo o azul en la fachada del edificio, lo había escogido el dueño por su semejanza física con un gato flaco. En efecto, Mr. Connor era alto, seco, ágil. La palidez invariable de su rostro denotaba al hombre trasnochador y disoluto; sus ojos eran azules y estriados, magníficos conocedores de los bajos fondos del alma humana y de las escorias sociales; avezados a descifrar el misterio divino y fatal que duerme en la disuelta pedrería de los licores paradisíacos. Pero Mr. Connor no había pensado en aquella semejanza que le atribuían sus clientes con el felino, para bautizar así su cabaret. Encontró el nombre al azar, sin rebuscamiento y lo creía una verdadera originalidad. A ratos, mientras veía, como

en kaleidoscopio mágico, pasar ante sus ojos, escenas de vicio, de dolor y de pecado, recordaba haber leído ya en alguna parte aquel nombre célebre en toda la metrópoli...

¡El Gato Flaco!... ¡El Gato Flaco!... ¿dónde había encontrado esas palabras? El jazz-band atronaba con su estridencia de sonidos y gritos; escuchábase el tintineo de las copas; risas, voces confusas, estallido de corchos... ¡Ah, ya recordaba! Ambulando por los escaparates, una vez leyó en el dorso de un pequeño volumen en rústica: *France... El Gato Flaco.* Por un capricho británico había bautizado así, cómicamente, el gran centro de placer que inauguró a los pocos días en una de las más congestionadas arterias de la urbe, y una noche, con sorpresa y admiración del público elegante, en la avenida láctea apareció un soberbio felino, ora azul o rojo, excepto los ojos que eran dos chispas verdes, fatídicamente fijas e inverosímiles.

El *Gato Flaco* fué el lugar de cita de la sociedad más chic, más *fashionable*, más refinada de la capital. Ofrecía Mr. Connor su amplio hall en que podían entregarse cómodamente a las delicias del baile más de cien parejas; su cantina repleta de exquisitos licores; un escandaloso derroche de luces que semejaba fantástica decoración de un aduar oriental; sus reservados, discretos y coquetones; sus nepentes que producían ensueños color de rosa mientras transcurrían lentas y graves las horas de la alta noche y las estrellas se iban extinguiendo en el cielo.

Algo había en el *Gato Flaco* que poseía el sortilegio encantador de los paraísos del mal; la inusitada violencia de los perfumes exóticos que invadían el ambiente y la tentación diabólica del ajenjo y la cocaína. Era Magda *La Zíngara,* mujer serpiente, mujer imán, mujer abismo; un gran signo de interrogación, trágico y rojo, en la vida de los habituales elegantes del cabaret de Mr. Connor.

Magda era un poema de carne morena, alta, flébil, ágil y diabólica. En sus pupilas dormían los más codiciados nirvanas y su mirada embriagaba como el champaña, daba la somnolencia de la cocaína, producía un envenenamiento en la voluntad

y en la sangre semejante al de una flor rara y misteriosa. Ante los ojos trasnochadores del que llegaba al *Gato Flaco* aparecía de súbito *La Zíngara* y se gravaba en su imaginación de un modo cruel, obsesionante, con sus perfiles imborrables de odalisca, de mujer enigmática, invencible, fatal.

Y el gran signo rojo se dibujaba en el porvenir.

II

Magda era una cruel dominadora de la vida. Sus triunfos constantes la habían hecho cínica y dura cuando la garra de la fatalidad hería a uno de sus mil admiradores. El destino, perro servil, se mostraba sumiso con ella. Pasaba sus noches en el *Gato Flaco* envenenando voluntades y extrayendo del placer las más raras sensaciones. Subyugaba la ruleta con sus pupilas negras agrandadas por inverosímiles ojeras y su mano fina y diminuta iba amontonando green-backs, mientras los croupiers nerviosos ante los golpes sorprendentes de aquella mujer, cantaban las cifras inagotables. En las mesas se brindaba por ella. Desde los magistrados de venerable fachada, hasta los fifíes prematuramente enfermos, le rendían homenaje. Cabezas blancas, cabezas negras y brillantes se inclinaban a su paso y mientras sus ojos diabólicos dibujaban parábolas luminosas y extrañas en el espacio, rimando con el rouge violento de sus labios en forma de corazón, en su oído deslizaba su frase caldeada de deseos un vicioso casi adolescente o refulgía, ofreciéndose, una gran piedra roja, azul, láctea... rubí, zafiro, ópalo, diamante, en la mano experimentada del potentado judío.

La Zíngara lo aceptaba todo, pero jamás se entregaba. Un excéntrico inglés y un joven argentino habían teñido con su sangre la rica alfombra de un discreto reservado después de inútil porfía por lograr aquel cuerpo que debía vibrar maravillosamente en las horas de placer. Un marajah, multimillonario y disoluto, suplicábale noche a noche, con febril insistencia, hablándole de su país, de sus selvas enormes y misteriosas,

de sus tesoros fabulosos, de sus regios alcázares. Magda había visto con perversa sonrisa los coágulos negruzcos que formó la sangre de sus víctimas envenenadas por el morbo fatal de su tentadora belleza y mientras el champaña le humedecía los labios clavaba sus dos pupilas sarcásticas en los ojos ardientes del nabab que brillaban como la punta de un puñal malayo.

Magda poseía el secreto formidable de las mujeres que desencadenan tempestades de deseos en el alma de los hombres y jamás los satisfacen. Envenenaba y destruía voluntades con volubles caprichos. Provocaba, incitaba, atraía con su sonrisa, con el cuerpo que convulsionaba de mil maneras obediente al ritmo loco que le imponían con su epilepsia los ukeleles, los banjos y el alarido gemebundo del saxofón, o marcando las cadencias lánguidas que arrancaba a los violines un sexteto de músicos bohemios. Tentaba diabólicamente y cuando caían los hombres, víctimas de su hechizo poderoso, divertíase con cruel sabiduría en negarse siempre, clavando más y más el puñal en la herida, sofocando los apetitos voraces e infiltrando su divino veneno en el cerebro y en las venas de los torturados, hasta podrirles la sangre.

Magda *La Zíngara* no conocía el amor. No había sabido de sus ansias, de sus desvelos, de sus fiebres. Era una amazona del destino. Lo retaba con su risa vibradora como un grito de cristal. Lo tentaba a herirla en la ruleta, en su belleza, en sus caprichos. La mano oculta no tocaba su cabellera negra como un ala del misterio. La vida y la suerte se le mostraban esclavas sumisas. Todo lo tenía. Le bastaba expresar su deseo para satisfacerlo. Había aprisionado, palpitantes, los tentáculos enormes de su karma.

III

Noche de gran fiesta en el *Gato Flaco*. En la avenida láctea, el soberbio felino arqueado, ora rojo, ora azul, con sus verdes pupilas llameantes e inverosímiles, era una imperativa llamada al placer. Una tromba de automóviles corrían hacia el

cabaret de Mr. Connor. El vestíbulo, el hermoso hall, la terraza, los salones, los pasillos, veíanse ocupados por una muchedumbre heterogénea y bulliciosa. Cuellos níveos de mujer, pecheras albas, regio porte de damas encopetadas, muñequitas de boudoir, incitantes, provocativas, con el pelo a la bob y un violento rouge en los labios; genuflexiones donjuanescas; bellos brummeles; potentados judíos, frívolos galanes en bancarrota. La élite social más perfumada del mundo metropolitano se apretaba desordenadamente bajo las luces multicolores, mientras el jazz-band rugía, gritaba desesperado en rag-time y las orquídeas desmayábanse en la terraza acariciadas por el claro lunar.

Una exclamación unánime hizo vibrar el cristal de puertas y ventanas... ¡La Zíngara!... ¡La Zíngara! En la terraza amplia, iluminada por los rayos de una luna amarilla, acuchillada por el frío del amanecer, Magda danzaba ante los ojos de mil espectadores, envuelta en un traje fantástico.

Gemía en los violines una música extraña, misteriosa, oriental. El cuerpo magnífico de la danzarina erguíase soberbio y vibrante o era presa de violentas sacudidas. Sabia, muy sabiamente, Magda ejecutaba la danza. Era la gran Sacerdotisa de Siva; la bayadera sagrada, la Hija del Tetrarca, dominadora y cruel. Todo el Oriente revivía en su torso elegante, en sus piernas, en los pies alados, en el cuello arqueado, en los ojos oscuros, enigmáticos, en las manos elocuentes que cumplían con el rito misterioso.

Un estremecimiento de sorpresa conmovió al público... ¡No! ¡No! ¡No!... hace frío... Os hará mal. ¡No lo hagas Zíngara! De improviso, Magda había arrojado los velos fantásticos y aparecía desnuda, escultural, hierática, acariciada por el fulgor amarillento de la luna.

Las luces del alba empezaban a iluminar las cúpulas de los templos. Soplaba suavemente un viento heladísimo. La danza se extinguía con melancólica cadencia. En el cordaje tenso de los violines parecía quejarse un alma agonizante. El alto y esbelto cuerpo languidecía... sus miembros volvíanse menos

elásticos... desaparecieron los movimientos bruscos y cuando la última nota expiró, la Bayadera dejóse caer desmayada en la rica alfombra de Damasco.

Era casi de día. El gran público sibarita se retiraba. Las limusinas iniciaban sigilosamente su marcha sobre el asfalto de la avenida. Hacía un frío intensísimo y los *habitués* del *Gato Flaco* lo abandonaban con un presentimiento agudo, como un sarcástico signo de muerte.

IV

Una lámpara alumbraba apenas el triste cuadro. En el lecho, una mujer descarnada, entre hipos de agonía, con voz enronquecida, dura y seca y un anhelar fatigoso en el pecho recibía los sacramentos. Una tuberculosis fulminante la arrastraba hacia la fosa. En el rostro flaco, en los pómulos salientes, en los labios descoloridos, no había ningún rastro de juventud. Sólo los ojos brillaban sombríos, con arcano fulgor.

—Eres absuelta de tus pecados... ¿Cómo te llamas, hija mía?...

La voz, que era un gemido de dolor, respondió: —Magda... la Zíngara.

Y las pupilas llenas de fiebre quedaron fijas, inverosímiles, hasta apagarse en el misterio.

LA DADIVA

CAPRICORNIO. El buen Santa Claus que, a semejanza del fervor religioso y de la justicia humana, sólo es bueno con los niños que duermen en cunas abrigadas, sonriendo a los enjambres de querubines que flotan en la atmósfera violeta, se encontraba pensativo y cabizbajo en la brillante y tibia noche de Navidad.

Hacía más de mil novecientos veinte y siete años que Santa Claus se encaminaba envuelto en su capa roja, acariciándose las hebras abundantes de su barba patriarcal, dando grandes zancadas con sus altas botas discretas, por el camino placentero que conduce a las residencias suntuosas donde se apagaban sus pisadas diligentes en los tapices. Año tras año, el buen viejo zalamero pasaba rozando los cortinajes y las blondas, hasta llegar junto a la chimenea ufana de su loca reverberación. El precioso gato de Angora, convertido en ovillo de nervios, roncaba suavemente, gozando de la voluptuosa tibieza de aquella estancia y evocando con perversa malicia la imagen de los gatos flacos, los gatos vagabundos que calientan sus pobres miembros entumecidos en la lumbre de las estrellas. Allí, cerca de los maderos que crepitaban alegremente, veíase un par de zapatitos primorosos que definían con exactitud la personalidad de sus dueños: algunos eran azules, con el suave color azul de los cielos lánguidos; otros eran rosados, verdes, lilas. Los había intactos y los había también con la punta deslustrada y el tacón hecho a un lado. La niña modosita y la niña pispireta; la que se ruboriza y llora cuando algún extraño pretende acariciarla y la que enseña la lengua y dice malas palabras; el bebé que junta las manos para rezar antes de dormirse y se queda calladito metido en su blanco camisón y el que cae de través en el lecho, con las ropas en desorden, soñando que posee escuadrones de soldados de plomo y trompos con música; ambos estaban allí en aquellos pares de zapatitos. Santa Claus los

contemplaba con larga ternura, como si ante él tuviese presente el milagro de amanecida de las cándidas pupilas infantiles y la gloria de las trenzas rubias. Los contemplaba y los acariciaba con esa solicitud melosa de los cortesanos al besar el pie que anda sobre alfombras. Y, cuando el soberbio gato se desperezaba voluptuosamente con su gracia femenina, Santa Claus dejaba caer su mano dadivosa en el fino terciopelo del arqueado cuerpo. En la pieza inmediata dormían los niños. Y mientras el hijo de María nacía en el desamparo del pesebre, el bello licor policromaba los cristales y estaban llenos de rosas blancas los jarrones chinescos y de ricos juguetes el perfumado árbol.

Por vez primera, en su larga existencia de mensajero de la felicidad infantil, Santa Claus encontrábase perplejo. A un lado, la muñeca de ojos color de cielo que dice papá y mamá; la muñeca de ojos color de noche, que no habla pero sí camina; hacia la gruta los rústicos pastores, entonando villancicos, a los payasos, los tambores, los pitos, las cornetas, los sables, los soldados de plomo, las cajas de chocolates, los trenes, las gorras y las pelotas, en grandísima confusión, esperaban la hora en que el buen viejo zalamero llevándolos en su maravillosa alforja, fuese a depositarlos en las medias y en los zapatos. Pero el magnífico anciano no se movía. Inmóvil y pensativo, su figura se recortaba como una obsesionante interrogación bajo el cielo de Capricornio. Ya brillaba sobre el pesebre luminoso por la gracia del recién nacido la prodigiosa flor sideral. Ya iban a ofrendar el albo vellón. Ya Melchor, Baltazar y Gaspar, los Reyes Magos que vienen desde ignotas regiones portando el oro, el incienso y la mirra, han atravesado el Tigris y el Eufrates y cabalgaban sobre el desierto taciturno. Ya nació el Salvador. Los coros de ángeles cantan epifanías; los bronces de los santuarios repican ufanos. Los niños duermen y sueñan con los juguetes que verán en la alborada. Pero Santa Claus no se mueve.

Por vez primera en su larga existencia de mensajero de la felicidad infantil, Santa Claus se ha detenido a meditar. Tristes recuerdos han colmado de zozobras su corazón. Imágenes del dolor y de la miseria; madres prostituidas lejos de sus hijos,

niños abandonados en la suciedad de los harapos; niños... niños que tiritan bajo los árboles de los parques; niños que duermen al cielo raso, en el tremendo desamparo de la orfandad. Niños que no tienen una pelota ni una muñeca; que no poseen un escuadrón de soldados de plomo ni un trompo con música. Han pasado años, años, más años. Santa Claus jamás fué a las buhardillas ni a los sótanos. Santa Claus no visitó jamás las barriadas miserables, ni los hospicios ni las cárceles. Santa Claus debía haber hecho a un lado los bellos juguetes para llevarlos a los niños ricos. Pero también debía haber llenado su maravillosa alforja de pan y de leche para darlos a los niños pobres. Y Santa Claus... Santa Claus... el viejo zalamero, sólo había querido congraciarse, como el fervor religioso y la justicia humana!

Pero había otros niños más miserables, otros niños más tristes, más enfermos, más dignos de intensa conmiseración que los pobres golfos harapientos de las barriadas. Eran los hombres niños. El inmenso rebaño azotado por todos los flagelos. El formidable rebaño aullante de los ignorantes y de los timoratos, de los sórdidos y de los avaros, de los codiciosos y de los hipócritas, de los farsantes y de los cínicos. El inmenso rebaño humano padeciendo múltiples orfandades: orfandad de pan espiritual, de dignidad, de justicia, de sinceridad, de nobleza. El buen viejo, redimido por el sufrimiento que experimentaba en tales instantes, debatíase en la más inenarrable de las angustias. ¿Una dádiva para los hombres? Un presente que nos tornase ecuánimes y generosos, desprendidos y nobles. Un presente que nos trajese sinceridad y valor... alteza de espíritu y comprensión. El dón taumatúrgico que realizara el estupendo prodigio de hacer menos bestial la vida de los hombres.

Santa Claus había vivido mucho, viajado más y observado enormemente. Habíase instruído también en el pensamiento de los hombres. Recordaba muchos ejemplos y consejos saludables. Veía el alma fresca y riente del paganismo y el martirologio de los siglos cristianos. Pensaba en los Epicúreos y en los Estoicos. En las sentencias del Eclesiastés y en los festines de Sardaná-

palo. En las termas romanas y en las catacumbas. Recordaba haber leído en uno de los inmensos pensadores modernos que la ignorancia y el miedo son los mayores enemigos de la felicidad. Pero, cabizbajo, mudo, perplejo, Santa Claus no dió con la dádiva maravillosa que debía irradiar en el alma de los hombres, en la Noche de Navidad.

Y después de mil novecientos veinte y siete años, el presente faltó en las mansiones de los niños ricos, que lloraron por el asombroso olvido del viejo zalamero, y faltó también en las buhardillas de los niños pobres que, al clarear el día, recogieron sus tristes zapatos rotos con la misma sonrisa de siempre, con el mismo gesto irónico y taciturno, con el mismo pensamiento de siempre...

LA MISA DE MEDIANOCHE

■

DOBLABAN en la Catedral. De las torres seculares, testimonio de aquella fé terca y honda que caldeó el espíritu de los guerreros y de los nautas de Castilla, emergía el són plañidero, alargándose sobre el panorama de los tejados rojos y de los cerros enhiestos. Melancolía gris dejaba en el corazón aquel continuo gemir de las campanas; gemido poderoso que, como llanto de hombre, llega muy hondo. Alguien había muerto y el campanero lanzaba el badajo contra el bronce de las "mayores" cumpliendo un rutinario deber. Todos los días sube a las torres y la ciudad, de tanto oírlo, ya no se conmueve con el triste anuncio de una desaparición. ¡Lloran tanto estas campanas de Tegucigalpa! Tienen sus horas gárrulas como al mediodía en que montan su regocijo en el anca de los vientos y se va cabalgando hacia brumosas lontananzas; pero es tan frecuente su entonación plañidera, que un amigo me decía que los bronces, con su cotidiano gemir, han contribuido de manera poderosa a crear esa atmósfera gris de tristeza, de luto, de siniestros presagios que ensombrece el cielo azul de la real villa de San Miguel. Y la capital deja de parecernos un rincón de la Andalucía mora para tornarse en una ciudad de aquellas que amaba Rodenbach, enferma de crepúsculo, de silencio y de misterio. Desde sus nidos, en las altas torres de las iglesias, nuestras campanas, tocando perennemente a gloria, podrían alegrar el corazón de la ciudad.

Aquel llanto masculino de los bronces, en la catedral que amamos unciosamente porque se prestó a todos los gestos inquietos de nuestra infancia; porque nos ofreció su lomo para ensayar la agilidad de las piernas; su cimborrio para recrearnos con los colores del huerto; sus vidrios y sus rincones tene-

brosos y su órgano para hacernos soñar; aquel gemir de las "mayores" colocó súbitamente, en la púrpura de nuestra ruidosa alegría báquica, un punto negro.

Y se habló entonces de la misa de media noche. No de las misas negras de los íncubos y los súcubos que viven en las tradiciones medioevales; ni de los oficios satánicos que han perpetuado la fama del diabólico Gil de Rais. Esta, que parece argumento de una página abracadabrante de Villiers de L'Isle Adams, fué la misa que presenció Marco Ponce, una noche lejana de su loca niñez en que se quedó fuera de casa por el miedo a la reprimenda, después de cometer una pequeña travesura.

Hoy está muerto Marco Antonio. Su espíritu se diluyó en un crepúsculo mientras su cuerpo, su vigoroso cuerpo de hoplita, de lanzador de disco, de corredor olímpico, en los frisos griegos, yace bajo la tierra morena. Hoy ya duerme Marco Antonio. No sorprenderá más a las Vestales dormidas; no estará más en el "totem," ni captará con su ojo avizor la policromía fantástica y gloriosa de las danzas indias, cabe los teocalis; no se erguirá ya, bajo el sol radiante del trópico, acariciado por la luz de cien pupilas de mujeres hondureñas, su cuerpo de bronce, en el stadium. Ya está muerto, pero mucho antes de todo esto; mucho tiempo antes de que sintiera vibrar en su alma, hecha poesía, la belleza de nuestro lar solariego; mucho antes de que fluyesen de su estro los sonetos firmados por Pompeyo Rosas, que fueron una revelación y una incógnita; mucho antes de que su ágil pluma de cronista se prestigiara en las columnas de los diarios capitalinos; mucho antes de que Manahuat irguiera su torso acerado en el poema que canta la gloria aborigen, Marco Ponce fué niño. Y su infancia, como toda verdadera infancia, traviesa, inquieta, ebria de cielo azul y de sol jocundo, llena de sueños febriles, colmada de panoramas fantásticos, turbada por presentimientos de días lejanos; y fué así que una de aquellas tardes en que aún le retozaba Pulgarcito en la memoria, con voz de niño goloso, Marco pidió la pala de batir el "nixtamal" para jugar beis-bol. Ya sus ojos precoces se habían escapado fuera de la sombra de los aleros hacia el diamante donde más tarde conquistaría el laurel; y fué así que una noche de aquellas, noche blanca, diáfana, como son casi todas las noches en esta Tegucigalpa nuestra, Marco no llegó a su casa y andando, andando, fué a reposar bajo la barba cana de uno de los dos grandes Trinos de Honduras: el veterano del ciclo morazánico.

Durmió Marco mucho tiempo, tal vez una hora, quizá dos o tres, al pie del busto de aquel abuelo prócer. En el jardín solitario sólo se recortaba la figura del pequeño arquero de la fuente y los abundantes follajes de las acacias hacían más densas las tinieblas. Marco sintió frío, mucho frío y abrió los ojos dilatándolos en el hondo misterio de las calles dormidas.

La puerta de la Merced estaba abierta, escapándose por ella un raudal de luz y como el frío era intenso, Marco buscó refugio en el interior del templo, entre los reclinatorios. Durmió allí otro rato, mas, un rumor de voces, un murmullo de oraciones interrumpió su sueño. Sus pupilas contemplaron entonces, mientras el cuerpo recogíase temblando de miedo espontáneo, un singular espectáculo. Del lado de la Universidad, por el sitio donde indudablemente existió una puerta cuando la Merced era convento, salía una procesión de monjas, figuras blancas desfilando rítmica y lentamente delante del altar mayor. Se detuvieron allí; desde el extremo inferior de la iglesia, veía Marco el grupo de fieles ocupando un gran espacio; de las albas tocas surgía aquel rumor que lo había despertado. Cada vez más asombrado ante el prodigio, Marco vió deformarse el conjunto iniciándose nuevamente el desfile. Caminaban hacia abajo, venían hacia el sitio que él ocupaba. Si Marco no hubiera sido un niño entonces; si en aquella época lejana hubiese ya descubierto las vetas profundas de la literatura mística o diabólica o de las artes plásticas, habría pensado sin duda en las Misas Negras donde los atacados de Satanismo iban a saciar su rabiosa lascivia; en los aquelarres espeluznantes de las noches sabáticas; en las monstruosas aberraciones inspiradas por el genio del mal. Pero no. Aquel no era un espectáculo horripilante propio para ser descrito por la pluma de Huysmans. No había sacrilegio, ni

blasfemias, ni invocaciones a Satán. Faltaban el macho cabrío y la hostia maldita. Las monjas estacionaron frente a los altares laterales; sus pasos no resonaban en el pavimento y Marco sólo oía cada segundo, más claro, cada vez más próximo, el murmullo de las preces. Intentó ver el rostro de las monjas, pero nunca pudo distinguir bien el de ninguna; estaban todas envueltas en algo ultraterrenal; las aislaba de él que estaba tan cerca, un velo del más allá y como se sintiera invadido por un súbito espanto, salió a refugiarse bajo la pía mirada del otro Trino, el luminoso abuelo de las pastorelas y los villancicos de miel. Allí estuvo dormido hasta que la portera de la Merced, una señora con el aspecto de las comadres que disputan en las novelas naturalistas del siglo pasado, llegó a despertarlo. Marco contempló con ojos de asombro la enorme llave que colgaba de la cintura de la anciana, y luego la puerta, cerrada herméticamente. La buena mujer, al oír el relato del niño, pensó que el frío le había trastornado un poco la cabeza.

Y fué así cómo en aquella tarde en que empezaron a gemir las campanas de la Catedral con llanto de hombre, oí la historia de lo que vió Marco Ponce en el templo de La Merced, una blanca noche de su loca infancia. Hoy está muerto; pero hasta hace pocos meses, refiriéndose a este relato, afirmaba su veracidad, sin saber explicarse nada. ¡Lástima de muchacho, perdido para siempre!

FANTASMAS

■

NUESTRO amigo Heliodoro se moría. No restaba ninguna esperanza de salvación. Los que éramos sus íntimos aún a la cabecera de su lecho de tuberculoso, al que rarísimas personas arribaban, recogíamos con profunda angustia y disimulada conmiseración, los últimos resplandores de aquel espíritu en vísperas de encararse con la Suprema Verdad y que, en tan augustos instantes, se mostraba en la plenitud de su refinamiento aristocrático, sin duda por la inminencia del fin.

Cuatro o cinco compañeros del que algunos meses antes constituía un blasón de orgullo de la juventud intelectual capitalina, nos reuníamos todas las noches para velar por turno junto a la cabecera del agonizante. Llevábamos cerca de un mes de hacer guardia, reposando apenas escasas horas, pues aún cuando el sueño viniese a reponer nuestras perdidas energías, la subconsciencia trabajaba siempre y en medio de un profundo sopor nos parecía escuchar el desconcertante lamento de nuestro amigo, sus voces temblorosas y enronquecidas requiriendo auxilio o en la penumbra del nirvana forzado donde aquietábamos los nervios creíamos ver surgir el cuerpo astral de Heliodoro: una forma blanca, ingrávida y suave que vagaba discretamente en el silencio y la soledad de la estancia y que luego desaparecía pasando a través de las paredes.

Nuestra hiperestesia de artistas que profesan el culto de lo nada común y que tratan de recubrir las escenas bastardas del vicio y del pecado lugareños con reminiscencias de ambientes exóticos, se hacía más aguda con la heroica vigilia que el invariable afecto hacia un compañero en desgracia nos imponía. La fiebre, que jamás abandonaba a Heliodoro, mantenía en una espantosa tensión aquel espíritu estudioso y refinado. Nuestras noches a la cabecera del enfermo llegaron a ofrecernos momentos de verdadera inquietud, de tremenda ansiedad, sobre las que cruzaba, gélido y rápido, el hálito de la Gran Silenciosa.

Un día, a eso de las tres de la mañana, la hora fría en que los fantasmas se acercan, sigilosamente, a los lechos, García y yo hacíamos turno. Martínez, Reina y Blanco dormían profundamente, acomodados en risibles posturas sobre los escasos muebles del estudio. Diez o doce noches de continuo desvelo habían acabado por vencer nuestra obstinada resistencia y el sueño, con esa dulce y a la vez molesta tenacidad con que se manifiesta en las horas de gran fatiga, lograba dominarnos poco a poco. En la semipenumbra reinante en la alcoba, veía descender rítmicamente la cabeza de García, y a ratos abríanse sorprendidas e interrogantes sus pupilas. Así debió observarme él a mí en los instantes en que el cansancio me agobiaba. Afilado y lívido, el rostro del tuberculoso emergía de las sábanas de blanco lino semejante a un cadáver amortajado con esmero. Su fatigosa respiración y una especie de lamento gutural era lo único que alteraba el silencio. García y yo no decíamos palabra, limitándonos a cambiar miradas de inteligencia. Alumbrado muy escasamente por la mortecina luz colocada encima del velador, con aquella barba negra y brillante, Heliodoro parecía un Crucificado pronto a descender a la fosa, de la cual no había de surgir el tercer día para colmar de gozo el nardo eucarístico de su Madre, sino allá en las regiones del misterio. Observando con suma atención el bello rostro del que había sido mi íntimo amigo de la infancia y de la juventud, ví cómo se movían sus labios, agrietados por la fiebre y oí su voz velada, lejana, como emergiendo del hermetismo de ultratumba.

Heliodoro hablaba animadamente con alguien que nosotros no podíamos ver. Para cualquier espíritu vulgar aquello era un simple delirio. Bajo la impresión indomable de las tenazas con que la fiebre oprimía sus lívidas sienes, el enfermo dialogaba con seres irreales, con personas que estaban muy lejos de su lecho de angustia, con amigos de la remota edad en que se asiste al kindergarten. Rostros familiares ya olvidados volvían a llenar los huecos de su memoria. Rostros cuyas líneas apenas se insinúan y que la ceniza de la vida que se abrasa ha ido ocultando lentamente. Ante él resucitaba la amiguita locuaz y pizpireta de las guedejas negras o blondas, que en una remota

primavera fué encarnación de alegría; resucitaba confiado y sonriente el compañero de los audaces escarceos juveniles y luego la faz augusta de la madre y el otoñal regazo de la abuelita y el rostro viril del padre o del hermano. Delirio. Intenso delirio producido por la alta temperatura. Pero lo que en un lecho vulgar sólo significa esa palabra (delirio) en la escalofriante y angustiosa soledad de la sala donde yacía Heliodoro, era algo más. Sí—*nosotros sabíamos que era algo más.* Las formas irreales, los rostros desvanecidos que Heliodoro evocaba, llegaban ante él. Estaban presentes, aunque nosotros, temblorosos y acongojados, no los viésemos. Y era que el tuberculoso pocas veces llamaba seres vivos junto a su lecho de martirio. No deseaba la vil materia, recipiente de impurezas y ruindades. Llamaba cuerpos astrales—seres que han sufrido en un crisol purificador extrañas y definitivas transformaciones y en quienes todo es luz y verdad.

Esa madrugada, García y yo nos habíamos rendido. Mi joven amigo hundió la frente en los almohadones de un diván inmediato, mientras yo, despreciando el contagio, doblegué la cabeza sobre el lecho en que, blanco y esquelético, reposaba el enfermo. A las tres, cuando el anquilosado reloj de la catedral rendía sus cuentas, el tuberculoso se incorporó lanzando un gemido agudo. Despertamos sobresaltados. Fijas en mí estaban sus pupilas llameantes. ¡Oh, en mi vida jamás olvidaré las pupilas de Heliodoro el tuberculoso! Ardían, taladraban cual dos brasas en mis carnes miedosas. Febril, estrechó entre las suyas, descarnadas y pálidas, mi mano izquierda... ¿Qué quieres, Heliodoro... dí, qué necesitas? Temblábame el cuerpo mísero al articular tales palabras. Temblaba mi voz, temblaban mis extremidades, sentía levantarse electrizado mi cabello y gotas de frío sudor bañaban mi frente. No sé qué poderoso hálito de misterio llenaba la estancia. García acercóse medroso y vacilante. Hundiendo las llamas inverosímiles de sus pupilas que brillaban de modo horrendo—Heliodoro—que estrechaba febrilmente, desesperadamente, mi mano izquierda, decíame:

—Mira... mira... mírala, Marco! Está aquí. Está en mi casa. Ha venido porque la llamé. ¿Entiendes, Marco? Por-

que yo la rogué, la imploré que viniese. Tú la recuerdas... ¿verdad, Marco, que tú recuerdas a Lena? Yo la llamaba así... y ha venido porque sabe que voy a morir... porque presiente que luego estaré a su lado... ¡Ha venido... ha venido! Te digo que ella está aquí... en esta sala... junto a mi lecho! ¿La miras Marco? ¿Verdad que hablas con ella? ¿Recuerdas cómo sonreía cuando le recitábamos versos de Amado Nervo?

"Silenciosamente miraré tus ojos,
silenciosamente cojeré tus manos,
silenciosamente,
cuando el sol poniente
nos bañe en sus rojos
fuegos soberanos,
posaré mis labios en tu limpia frente
y nos besaremos como dos hermanos."

¿La ves, Marco? Pero nó—Ustedes no pueden verla... sólo yo. ¡Ha venido... me besa... se va... Marco... díle que aún espere!—

Un hálito frío: el relente que pasaba vibrando en la noche estrellada. Hasta la médula crujieron mis huesos. Ví a García vacilar y retroceder intensamente pálido. Sus ojos parecía que iban a escaparse de las órbitas. Lo ví temblar. Yo también estremecíame y temblaba. Una forma blanca y leve. Una forma que apenas era forma, que era como un celaje, semejante a un maravilloso encaje de niebla, se había desprendido, se había retirado del borde del lecho en el preciso instante en que Heliodoro gemía—lanzándome al rostro su aliento de tuberculoso. —"¡Se va, Marco... díle que espere!" Aquel vapor, aquella nube, aquel encaje volvíase más inquietante, tomaba contornos. Era una figura de mujer perfectamente sensible a nuestra retina. Sí. Una mujer en plenitud de adolescencia. Una mujer de dieciocho años. En la penumbra de la estancia, apenas alumbrada por el mortecino fuego del velador, aquella figura de mujer era toda luminosa y áurea. No sabemos cómo desapareció.

Quizá por la puerta herméticamente cerrada. Quizá a través de las paredes. Estábamos absortos y manteníamos los nervios en tensión espantosa. Recuerdo que dije al enfermo:

—Era tu madre, Heliodoro y él, ansioso, como trepidando de una alegría mezclada de ensueño, respondió:

—¿Mi madre? No. Es Lena. Es que tú, acaso, no recuerdas a Lena. Cuando venga mi madre, iré con ella.

Descansaba y, mientras tanto, temiendo que surgiese de nuevo la blanca aparición, yo hacía memoria. Lena... Lena —este nombre me obsesionaba. Lena fué la novia adolescente de Heliodoro. Para ella fueron los primeros claveles, los primeros versos y los primeros requiebros del infortunado amigo. Yo estaba con él todas las mañanas, esperando verla salir del claustro de las monjas con su valija de colegiala bajo el brazo. Largas horas—en las bellas noches de mi ciudad—pasamos atisbando el balcón de la niña. Y, una tarde muy opaca y muy fría de noviembre, toda amortajada de blanco, ella se fué hacia el misterio. Heliodoro la lloró algunos días, sinceramente, así como se llora y se ama cuando la estulticia y la perversidad humanas no han encenegado nuestra juventud. Después, la herida fué cicatrizando poco a poco. Y—en esta noche pavorosa, en esta noche en que rondaba la muerte, acechando la prometedora existencia de nuestro amigo, ella volvía—ingrávida, astral—a dejar sumidos en quietud balsámica los nervios exaltados del enfermo.

Al siguiente día, algo reconfortado con las medicinas y los asiduos cuidados que le prodigábamos, Heliodoro reprendía mi falta de superstición.

—Tú no crees en fantasmas. No crees en aparecidos. Pero no has dialogado con el misterio, como yo. Hay que reflexionar largamente en Maeterlink. Piensa en el Huésped Desconocido. Cuando en el inquietante silencio de una noche escuchas ruidos que no tienen explicación lógica, o cuando en las tinieblas que reinan en tu alcoba abres repentinamente los ojos y ves, creyéndote víctima de raras pesadillas algo que se corporiza, algo que se mueve, algo blanco que semeja una gasa impalpable o un celaje, a pesar de tu valor juvenil y de tu incredulidad filosó-

fica, te estremeces, haces un esfuerzo y sonríes; sin embargo, oprimes el switch. Pues bien, para ustedes que están sanos, para ustedes que tienen enfrente toda una luminosa existencia, el misterio apenas se insinúa, así levemente, con esas ingrávidas y rápidas formas. ¿No has sentido, a veces, cuando te encuentras dominado por sueño profundo, algo como un hálito cariñoso y tímido rozándote la frente y los cabellos? ¿No has sentido el peso de un cuerpo que se hunde junto a ti en tu lecho? No has sentido que imperceptiblemente te toman una mano y la acarician con suavidad infinita? ¿No has visto algo blanco que se desprende de las tinieblas y se acerca a ti? ¿Algo que te hace vibrar y estremecerte; algo que te llena de un miedo rápido, instantáneo, del que luego, en la claridad del día, te mofas? ¿No has oído rumores persistentes, golpes en muebles, chirrido de cerraduras, voces que no sabes cómo interpretar? Lo has oído. Lo has visto... ¿No es verdad? Pues nosotros, los moribundos, estamos tan cerca del misterio que podemos distinguir los fenómenos ultraterrenos con perfecta nitidez.—

Hablaba envuelto en algo que era obsesionante y raro. En su voz parecía vibrar un no sé qué remoto, un no sé qué exento de interpretación, un no sé qué ante el cual toda mi ansiedad se extasiaba y, ante el cual, vacilaba mi escepticismo filosófico. Tentado estuve de confesar a mi amigo tuberculoso que la noche anterior todo mi coraje juvenil se había evaporado.

Heliodoro nos hablaba, con mucha frecuencia, de su madre. Confusamente, entre los vagos recuerdos de mi primera infancia, añoraba el rostro a la vez grave y amoroso, de aquella inteligente y abnegada mujer cuyos ojos contemplaban agradecidos, desde el soberbio retrato que se ostentaba sobre el lecho del enfermo, los nobles esfuerzos de los amigos de su hijo. La madre de Heliodoro había volcado en el sér de su primer vástago el tesoro maravilloso de su espíritu sentimental y refinado. Alta, distinguida, un poco pálida, con una palidez otoñal de camelia, soñadora y heroica, como todas las madres, la de Heliodoro concretó en su primer varón la más decidida intensidad de su cariño. Y el hijo heredó las dotes preciadas de la madre: la

inteligencia, la nobleza, la sensibilidad. Sobre todos los amores de su vida ardió siempre en el fuego de su espíritu aquella veneración sin mengua hacia la autora de sus días.

Y por eso, en los momentos álgidos de su prolongado calvario, nos decía enternecido y gozoso:

—Mi madre vendrá por mí. Vendrá tres veces únicamente y en la última iré con ella. Os abandonaré para marcharme con el amor de los amores. El amor más grande de la vida. Y, aunque todos lloren mi ausencia, yo iré feliz en sus brazos incansables que mecieron mi niñez. Ya ha venido una noche. Ninguno de ustedes la vió. Sí, vieron a Lena, porque en el amor de la que fué mi novia hay egoísmo. Pero en el amor de la que fué mi madre—como en el de todas las madres—ni sombra de egoísmo existe. Es callado, modesto, humilde y sublime.

El enfermo empeoraba diariamente. Su calvario no sería muy largo. Sabiéndolo irremediable, nosotros veíamos extinguirse, muy contritos, la llama de aquel que fue nuestro hermano por la juventud, el esfuerzo y el ideal. Su rostro cada vez más demacrado, era fúnebremente bello y, dijérase que la premura de su inevitable fin, hacía brillar con magníficos fulgores la privilegiada inteligencia de nuestro amigo y, que para él fueran familiares los rostros y las voces de ultratumba, idos definitivamente para nosotros.

Una fría tarde, Heliodoro,—que sentía predilección por mí—hablábame lenta y difícilmente:

—Sabes, Marco, que pronto voy a morir. Yo agradeceré siempre el afecto con que ustedes me han cuidado. ¡Siempre! No extrañes si digo esta palabra. Yo sé que continuaré viviendo. ¿Recuerdas a Ligeia? Pues bien, mi voluntad será más poderosa que la extinción de mi sér y volveré a ustedes que tanto me han amado.

Yo me estremecí. Heliodoro continuó:

—Todos los muertos vienen a mí. Hace pocas noches estuvo en esta alcoba mi hermana. ¿Tú recuerdas a mi hermana que falleció en 1924? Y vino también abuelita. Ustedes vieron a Lena y, anoche, cuando dormían, mi madre estuvo conmigo la segunda vez. Sentóse cerca de mi almohada, casi en el mismo

sitio que tú ocupas ahora. Me acarició suavemente, muy suavemente, como sólo las madres amantes saben hacerlo y aun más las que están muertas. Le hablé y la ví sonreír. Sonreía igual que en los días de mi infancia. Muy luego volverá por mí... iré con ella... iré con ella, Marco...!

Sentí una angustia espantosa, doblegándome completamente. Y lloré—pues comprendí el próximo fin de Heliodoro.

Tres días después, en un lento y pálido atardecer, murió en nuestros brazos, mientras las flores se desmayaban en los jardines y en el cielo florecían las primeras estrellas. Agradecida, su madre nos contemplaba piadosamente con sus bellos ojos aterciopelados. Yo creí ver una sonrisa en los finos labios aristocráticos cuando el espíritu de ella y de él vagaban estrechamente unidos en las regiones del insondable Misterio.

EL CELEBRE CASO DEL ABOGADO VICENTE FERRERA

En el convencionalismo tácito que preside en la sociedad—amalgama de virtudes y de ruindades—don Vicente Ferrera fué numerado en la casilla de los hombres sensatos, de las personas de respeto, o de las gentes de bien, que para definirlo da lo mismo, ya que tales conceptos son sinónimos. De quien la sociedad no tiene noticia de que ha matado, o ha ido a visitar un hogar sin hacer uso de las puertas que dán a la calle, se dice que es una persona de bien. ¿Pecados? Quizá algunos: tal vez desempeñando un puesto público: magistrado, guardián de arcas, don Vicente Ferrera, ciudadano honorable, abogado de la facultad, alta jerarquía social, haya tenido algún desliz. Dineros de la comunidad que fueron a engrosar el tesoro propio, por arte de birlibirlando; litigios resueltos de manera satisfactoria por el recto don Vicente, gracias al argumento formidable de un cheque; veredictos obtenidos mediante el uso de expedientes oscuros. Cosas así. Pequeñeces de esa índole. Pequeñeces... que empañan el diamante de cualquier reputación. Pero don Vicente no había roto a puñaladas ni abatido a plomos a ningún hombre; don Vicente no había escalado ningún tapial de vecino, ni tampoco había ensayado piruetas, amablemente borracho, sobre el adoquinado. Era, pues, un hombre de bien. Hurtos en las arcas públicas, prevaricaciones, deslealtades, usuras sangrientas, hábitos inveterados como el de expresarse mal de las reputaciones ajenas. Eso sí. Pero... ¡qué caramba! eso no impide ser, en el tácito convencionalismo social, un hombre honrado. ¡Guay de quien se atreviese a insinuar algo que pusiera en zozobra la honorabilidad de don Vicente! Alta la cabeza, segura la mirada, erguido el busto, el abogado Ferrera podía mostrar su corazón sin máculas. Muy adentro, los duendes rebeldes, hijos de la madre conciencia, sabían a qué atenerse respecto a la virtud del abogado. Esto en el aspecto social.

Aspecto físico: hecho según la medida común a los hombres de su edad. Cuarenta y seis años, más alto que bajo, robusto, fuerte, nervioso, con apariencia de satisfecho, mediocre, gris, mal humorado a ratos, utilitarista convencido.

Aspecto moral, intelectual: en las categorías sociales, ya lo definimos: persona honorable, persona de respeto, abonada. Según la conseja indiscreta de los duendes que cada quien anda llevando, era: falso, hipócrita, y amigo de los pecados que se disimulan en el convencionalismo urbano. Horizonte mental: tres docenas de textos anticuados, mal digeridos en los bancos del Instituto Nacional y en el aula universitaria. Abogado de clientela, funcionario público a veces, catedrático osificado, a ratos, buen sujeto. Actor de mérito en la comedia humana. Síntesis: magnífico ejemplar de simulación.

Así era don Vicente Ferrera. Después de los sucesos en que actuó como protagonista, revelóse también con rasgos no tan recomendables como esos, pero sí, más interesantes. Su caso provocó escándalo, sensación, anatemas, lágrimas y, si hubiesen psiquiatras en este *pueblón con música,* tal decía mi padrino, ese caso de don Vicente Ferrera hubiera sido excelente para largos estudios y disertaciones.

II

Además de sus vicios y de sus virtudes el abogado tenía una hija. Enriqueta Ferrera es una muchacha de lo que llaman, antojadisamente, la clase media. Estudió en la Normal de Señoritas hasta graduarse de maestra. Sirvió un año sí, otro no, en cualquiera de las escuelas municipales de la capital. Veintidós años vividos honestamente, lejana la sombra de la caída original, con menudas preocupaciones hogareñas, anhelos y vagas desilusiones, amorcillos y besos furtivos en los cines. No es nada fea y por los días en que el espíritu del mal extendió sobre su juventud sus alas membranosas de vampiro (hace más o menos dos años) era realmente una mujer codiciable. Hija única y huérfana, vivía sola con su padre.

Una tarde, en la hora de la canícula, un grito urgente rasgó de pronto el bochorno. A los transeúntes les dió un salto el corazón. Las maritornes acudieron a puertas y ventanas. Los chicos corrieron hacia la morada de don Vicente. Una de las mujeres, más caritativa o más escandalosa, asomó la nariz por la puerta entreabierta e interrogó:

—¿Qué pasa?... ¿qué sucede?

—¡Nada... váyase!

La dama pudo ver al abogado en el corredor de sus habitaciones, torvo, la faz desencajada, perdido su aspecto de persona seria, diríase iracundo.

Y más tarde, cuando las gentes de bien dormían plácidamente en sus confortables alcobas; rondaban por las calles los miserables, y los muchachos trasnochadores volvían lentamente a sus hogares, el grito se repitió muchas veces. Volvió a rasgar el silencio. Cortaba el aire, vibrando en ondas que repercutían poderosas. Salía como de una entraña herida, como de un amor traicionado, como de un bien perdido. Y se hundía en las tinieblas preñadas de maleficios.

III

Enriqueta cosía en la máquina Singer cuando entró el abogado en la habitación. Al levantar los ojos lo vió tan extraño que apenas pudo reconocerlo. ¿Su padre? Sí, pero ¡qué aspecto! Lívido, desencajado, caído el mentón, sanguinolentos los ojos, sacudido por un ligero temblor, avanzaba hacia ella. El ojo perspicaz de un fisonomista que en tal momento anormal hubiese observado el rostro de don Vicente pudo fijar, para hacer luz en su extraño caso, los rasgos diferenciales del abogado, con la expresión normal y agruparlos en el lugar que les correspondía. Con la excitación habían salido a la superficie los verdaderos perfiles del individuo, que en la vida sedentaria pasaban inadvertidos gracias al poder de adaptación de los simuladores. Y ante los ojos de la muchacha desconcertada y muda de pavor, apareció la faz de don Vicente, sin la máscara

que la cubría en la sociedad. Los caracteres morfológicos del delincuente se acusaban ante la mirada de la joven, que desconocía a su padre. La asimetría del cráneo, aquella frente que tenía escasamente tres dedos de amplitud, la mandíbula poderosa con la amenaza de la dentadura crujiente, aquellas pupilas donde la sangre parecía clamar por la sangre... Un fisonomista no hubiera vacilado...

—¡Hoy arreglaré cuentas contigo. Vamos a saber si me respetas o no!... ¡Levántate!

Y alzaba el puño grueso, nervudo.

—¿Qué sucede, papá? ¿Qué mala acción he cometido?

—¡Silencio, coqueta! ¡Levántate... levántate... levántate ya!...

Y simultáneamente, mientras brotaba de sus labios una catarata de palabras soeces, estrujadas por los dientes rechinantes, el hombre asía de la cabellera a la muchacha—una magnífica cabellera anacrónica—y la llevaba, violenta, febrilmente, hacia el centro de la habitación. Golpeándola con los puños y con los pies, dando con ella contra el suelo, lanzándola contra las duras paredes, don Vicente Ferrera cubría a su hija con un diluvio de frases incoherentes, locas, intercalando en ellas los vocablos más sucios del hampa.

Era un espectáculo monstruoso y grotesco. Un agua fuerte trazado por la mano de un artista en plena demencia. El cuerpo de la infeliz rebotaba sobre el piso, causando un sonido escueto; las piernas y los brazos aparecían cruzados por listones sangrientos; entre las ropas desgarradas albeaba la carne blanca; y en el vientre y en la espalda grandes manchas violáceas se pronunciaban más a cada golpe; las manos del hombre, poseídas de una epilepsia homicida, se enredaban en los cabellos de la mujer y aquello enfurecía al verdugo; las delicadas mallas se rompían de un tirón brutal y el dolor lancinante hacía dar alaridos a la hembra. Extraviada la mirada, con la boca cubierta de un ligero cordón de espuma, maldito, rugiente, el monstruo arrojó a la víctima contra una pared, de un puntapié en el vientre y lanzóse al corredor.

A los gritos de la mujer, el vecindario se alarmó, pero pudo más el egoísmo de cada uno y nadie penetró en la casa.

Enriqueta estuvo en cama ocho días, sufriendo por los golpes recibidos. Su padre, ceñudo y hermético al empezar la semana, fué humanizándose en el transcurso de ésta y al final habló a su hija. Los labios de la mujer, medio rencorosa aún con el pensamiento negro de la tortura, se entreabrieron para disculpar al verdugo. La muchacha pensaba que aquella furia de su padre era debido a cuentos de las malas lenguas. Gente murmuradora y perversa...

Algo había entendido ella de la palabrería insana de don Vicente, cuando la golpeaba. Frases vagas, pero un suceso original: sus relaciones con Víctor Matamoros, estudiante de medicina que era su novio desde hacía ocho meses. En la tempestad de locura que durante los minutos de su angustia azotó el cerebro de su padre, el amor de Enriqueta hacia Matamoros había sido una idea central. (Así lo suponía ella). La generatriz de aquella furia demoníaca. ¿Por qué odiaba su padre a Víctor? En sus relaciones con el estudiante no hubo hasta esa fecha nada censurable. ¿Qué habían dicho a don Vicente las lenguas viperinas del barrio?...

Transcurridos veinte días, Ferrera llamó a su hija. Estaba en su bufete, ceñudo, torvo. Al llegar la muchacha, se levantó violentamente y dijo; gritando las palabras, como latigazos en el rostro de Enriqueta:

—¡Ramera... tú vives con Matamoros!...

—¡Papá... no diga eso. No es verdad!

—¡So! Voy a quitarte para siempre las ganas de ir con él.

Lanzóse a la pared, descolgó un largo foete y lo hizo silbar encima de la víctima. Dando gritos, la mujer se arrastraba sobre las alfombras, se metía debajo de los muebles, trataba de resguardarse tras del escritorio, de las sillas, de los cortinajes. Era inútil. El largo foete, manejado con diabólica destreza, la envolvía como una serpiente; le escardaba la piel; hundíase en la carne y volvía a destrenzarse en el espacio, rojo, fatídico, látigo de Satanás, dibujando rápidas

elipsis, negras espirales que se precipitaban sobre la infeliz. En su rabia, el verdugo rompió un bello jarrón chinesco y las rosas blancas se tiñeron con la sangre de la mujer, sobre la muelle alfombra.

Ferrera reía, poseído de alegría satánica.

Después de ese día la demencia homicida del abogado se acentuó rápidamente. Su instinto criminal se hizo más agudo y llegó al refinamiento de la crueldad. Muchas veces la hija sufría las maceraciones de su cuerpo sin gritar. Sólo cuando él extremaba la tortura daba alaridos capaces de mover a la piedad a una roca. Cuando estaba quieto permanecía ella casi en la atonía. Se idiotizaba. Los golpes la iban convirtiendo en una pobre bestia resignada.

Ferrera no mencionaba ya en sus crisis a Víctor Matamoros. Ahora casi no hablaba. Reía convulsivamente a ratos y progresaba en su oficio. Diríase que por un proceso de metempsícosis se había alojado en su organismo el espíritu diabólico de los atormentadores medioevales, de los heresiarcas sombríos, de los monjes de la Inquisición, secuaces de Torquemada, que tan a conciencia ejercían su cargo. Trataba de inventar suplicios nuevos. Producir dolores horribles con pequeños esfuerzos; una tarde se empeñó en arrancar los cabellos a Enriqueta, uno a uno. Cuando la fatiga doblegó su brazo dió un tirón horrendo y la mujer cayó al suelo, desmayada. Aquellos tormentos refinados y atroces empezaban a hacer vacilar la razón de la muchacha.

El enfermo—porque éste es indudablemente un caso que pertenece a los dominios de la clínica mental—adquiría en las librerías de la ciudad volúmenes antiguos, sabios en hechicerías y torturas. Se apasionó por los libros de donde emana un vaho asfixiante de sangre coagulada. Gustaba de las descripciones de crímenes, de fiebres homicidas, de pasiones malditas. Cada día era más sombrío. Parecía que el rostro se alargaba, que el mentón caía más, que la mandíbula tomase el aspecto de las quijadas de los grandes criminales y, brillaba en los ojos un maligno fulgor vesánico.

Atormentaba a la hija durante la noche. Las serenatas furiosas de los gatos en celo eran cortadas por un alarido taladrante y enardeciéndose los felinos hacían coro con sus maullidos. Atada a uno de los pilares del corredor, Enriqueta sufría el tormento. Muchas veces se mordía los labios, rompiendo los ayes de sus entrañas heridas.

Ferrera sentía que aquellos goces no le conmovían ya. Se iba tornando exigente. Su satanismo exasperado necesitaba algo más fuerte. Su cuerpo apenas se sacudía con el dolor de la mujer, y el verdugo fálto de espasmos, poníase iracundo. Ansiaba desquitarse. Recordó haber leído un libro, *"El Jardín de los Suplicios"*, de Octavio Mirbeau, poderoso escritor realista y acudieron, tal una serie de prodigios a su mente anormal, las horribles torturas chinas, quinta esencia del arte. Los brujos medioevales, los monjes inquisidores de almas más negras que las sotanas, se quedaban pequeñitos. ¡Los suplicios chinos! ¡Ah... el horror del infeliz a quien una rata hambrienta devora las vísceras! Ya ensayaría él aquellos maravillosos específicos del dolor.

Una noche, Ferrera llevó a su hija hasta la azotea. Enriqueta había dormido y así, casi desnuda, el verdugo la obligó a subir. Arriba, la mujer suplicó y lloró en vano. Trató de fugarse y le dió alcance, tomándola de la cabellera. Arrojóla al suelo y recorrió con ella el cuadrángulo de la azotea. Parecía una danza sabática el espectáculo de aquel hombre que hacía piruetas llevando a rastras el cuerpo de una mujer.

Ella no gritaba ya. Escapábase de su pecho un sordo anhelar y sus grandes ojos negros se abrían en la soledad de la noche y de su angustia, naufragando en llanto.

Quedó un instante arrodillada en el centro de la azotea. En la tenue claridad reinante aquella noche, vió aparecer el monstruo la carne impoluta de la mártir, libre de velos. Vió los muslos blanquísimos y las palpitantes desnudeces. Y todo fué como una revelación. Por la mente enferma del criminal cruzó con lividez siniestra la idea de goces nuevos, de sensaciones insólitas, de fuentes desconocidas de placer. Se lanzó

sobre ella aprisionándola con sus brazos poderosos, cuya fuerza centuplicaba el deseo insano; apretando con sus manos nervudas los muslos y las caderas; mordiendo en los senos turgentes...

Herida por la dentellada rabiosa, la mujer sintió en la carne viva de su juventud, el baldón de aquellos suplicios, la vergüenza de aquella existencia, el horror de aquel deseo incestuoso. Y recobrando la energía moza que durante tantos días claudicó, levantóse, corrió por las azoteas, hiriéndose los pies, crugiéndole los huesos de frío y de pavor, flotando al aire, como un pendón trágico, la cabellera.

El verdugo la persiguió, obstinado, rabioso. Trotaba sin ver el suelo, fijos en la mujer blanca que huía sus ojos, su lujuria, su demencia y, en una de tantas vueltas, dió un paso hacia el vacío y cayó. De arriba, Enriqueta pudo ver contraerse sus miembros y luego estirarse y quedar rígidos.

¿Qué extraño caso de sadismo es éste? ¿El alma de algún inquisidor, el alma de algún poseído, encarnó en este hombre? ¡Quién lo sabe! El suceso provocó escándalo, anatemas, lágrimas y, si hubiesen psiquiatras en este *pueblón con música,* tal decía mi padrino, el caso sensacional del abogado Vicente Ferrera serviría de tema para largos estudios y disertaciones.

LA GLORIA

■

ESCUCHABAN absortos los neófitos la palabra elocuente, el verbo lírico y gallardo del escritor consagrado. Reposando en los muelles divanes hacían vagar sus ojos inquietos sobre los volúmenes de la biblioteca, opulenta, rica, capaz de provocar la ira de Omar. ¡Cuánto ha leído el maestro! ¡Y cuánto ha escrito! ¡Qué interminable procesión de años desfilará antes de que nosotros podamos ufanarnos, con justicia, de haber realizado la obra de él! Esos pensamientos vagaban en los cerebros de los literatos noveles, mientras sus pupilas interrogativas seguían los gestos del consagrado y el vuelo fascinante de las imágenes que sugería su cálida elocuencia.

¡Ah, la gloria del maestro! ¡La ambicionada, la esquiva, la difícil, la inasequible! ¡Poder tratar a esa hembra orgullosa tal como lo hacía el poeta consagrado! ¡Poder agobiarla con un despreciativo ademán y decirle encima cuatro frases hirientes! Poder renunciar a ella, desdeñar su compañía cuando ya resulta enojosa, cargante y ridícula. Todo eso lo hacía el maestro tan fácilmente. Pero la obra de él, sus cosechas luminosas, sus gavillas de estrellas literarias, su prodigiosa tarea de orfebre, duraba ya una treintena y ellos ¡los impacientes neófitos! apenas si hacían pininos.

Sobre el escritorio, hierático, impenetrable, duro, un Napoleoncito de mármol concentraba a largos intervalos las miradas del laureado y de los escritores jóvenes. Aquel busto provocaba raptos de entusiasmo al maestro. El corso genial era uno de los fetiches de su corazón. Y Beethoven, enorme y triste, un poco más lejos. Y Goethe, hermoso, sano y feliz. El maestro hablaba de la celebridad, del eco inmortal que consagra los nombres de los ungidos después del formidable

trompetazo de la fama. En los ojos de los neófitos, deslumbrados por aquella reverberación de imágenes, brillaban los rayos de las esperanzas secretas y amorosamente acariciadas.

—Ah!—decía el poeta consagrado—lo enojoso que resulta, a la postre, la celebridad. Miren ustedes—exclamaba señalando las revistas amontonadas sobre las mesas, los divanes y el suelo—miren ustedes mi nombre en todas ellas. Reproducciones en periódicos argentinos, mexicanos, franceses, ingleses. En todas partes mi nombre. ¡Ya me cansa esto! Luego las autógrafas, las entrevistas, los fotograbados. Estar en todos los lugares; ser conocido por todo el mundo; que hasta los seres más humildes tengan estereotipado mi rostro en sus ojos. Cuando voy por esas calles, evocando quizá un pasaje de la Ilíada, recordando un verso de Dante o una exclamación de Leopardi; cuando tal vez llevo en la mente la imagen gloriosa de una figulina de París, de una grácil napolitana o de una española cuyos ojos me hicieran delirar; cuando pasa ante mis pupilas la visión inolvidable de la Costa Azul, de las catedrales góticas o de los canales venecianos, de pronto, una triste mujer, un arrapiezo, me saludan:

—Buenos días, don Andrés.

Y los rostros bovinos, las sonrisas pueriles, la insoportable calamidad de los apretones de manos. ¡Oh, es terrible... terrible, amigos míos!

Absortos seguían los neófitos el inquieto accionar del maestro. Hierático, impenetrable, el Napoleón de mármol presidía el cenáculo. Más lejos, triste y enorme, Beethoven. Y Goethe, Darío, Nervo. El poeta laureado tuvo la honra de estrechar la mano prodigio que escribió la "Sonatina". La mano del taumaturgo que preparó bálsamos de elevación y plenitud. ¡Ah, los inmortales amigos del maestro! Lejanos, desaparecidos ya, el cisne nicaragüense, el azteca. Honrándose con su amistad el enorme creador de "La elegía del órgano", Lugones, Valencia. Y haciéndole guiños cariñosos, desde la inmortalidad, Hugo, Verlaine y Poe. ¡Quién fuera como el poeta laureado!

Al refrescar la tarde el maestro salió con su cortejo de escritores noveles a ver el crepúsculo, a charlar de literatura, de mujeres, de arte. Erguido, brioso, arrogante, el consagrado recorría con pasos ágiles la calle solitaria y descolorida. Seguíanle los neófitos pensando hurtarle en cada ocasión un poquito de aquella su universal popularidad. A tres cuadras de su habitación vieron los neófitos cómo el maestro llevábase la mano al sombrero, inclinaba ligeramente el torso gallardo y tras una sonrisa brindaba su saludo:

—Muy buenas tardes... señora.

Angulosa, gris, hierática, contestó la aludida:

—Muy buenas.. don Pancho.

—¡Ah, la gloria! Tras el maestro, por la calle solitaria, iban los escritores noveles meditando sobre el enigma de la fama. Treinta años de labor benedictina, de orfebrería, de creaciones. La enorme trompeta haciendo resonar su nombre por todos los ámbitos; las revistas disputándose la firma, el rostro estereotipado en todas las pupilas, el gesto familiar de los ilustres muertos... la gloria, la ambicionada gloria y...

—Muy buenas... don Pancho.

Allá, en su cerebro inquieto, el más travieso de los noveles oyó reír discretamente al sereno abate Coignard.

DEL DOLOR
Y
EL PECADO

HABIAN bebido más de lo que es preciso para estar chirlo mirlo. Todos eran gente brava, entre lo bravo de la bohemia sentimental y anarquista; la lírica bohemia de los dieciocho a los veinte años, cuando se hacen versos iconoclastas, se fuma mucho, se bebe cogñac y se vive nerviosamente soñando con fortunas y elegancias florentinas. En el estrecho salón de la cantina-lupanar, se cruzaban epigramas y poemas de última factura bajo un negro vapor de humo. Luis del Cid, un vicioso casi adolescente que había abierto los ojos sobre todas las promiscuidades del pecado y del dolor y, que se destetó saboreando nicotina y whisky, declamaba con énfasis torturadas estrofas, de esas que destilan hiel de miseria y fracaso como las infelices hetairas que se pudren en los blancos lechos del hospital. Rodeando la gran mesa repleta de botellas vacías y a medio vaciar, de colillas y de sandwiches, se veían hasta una docena de rostros casi imberbes, pero ajados por la vigilia y el exceso; rostros que han pensado mucho; frentes pobladas por larvas de interminables ensueños; caras de Dorian Grey, apenas adultos, pero maestros ya en el mal vivir que espanta a las gentes recatadas; cuerpos que el Minotauro de la lujuria ha ido aniquilando a fuerza de espasmos; bocas hastiadas prematuramente de tanto morder los frutos de tentación; ojos hermosos, hermosos ojos claros o profundos sumiéndose en un nirvana; perfiles aquilinos y enérgicos de luchadores griegos borrachos en las fiestas de Dyonisos; perfiles funambulescos de apaches montmartrenses. Como en un agua-fuerte burlón, lacios cabellos sobre los ojos y la pipa humeando intensamente, Luis del Cid erguíase para recitar los versos del Rey Cretino, de Emilio Carrere, donde se balancean cuerpos convulsos en la plazoleta de los ajusticiados.

Silvio Rosa era el maestro de este cenáculo juvenil. Silvio Rosa, poeta futurista y estrambótico; escritor original, nervioso e incomprendido que había desflorado, manchadas en ajenjo, dolorosas corolas del vicio. Silvio tenía una extraña obsesión: la de creerse enfermo, angustiado, poseído por un demonio como el Duque de Freneuse, el inmortal Señor de Phocas, creado por aquel maravilloso orfebre de la prosa que se llamó Jean Lorrain; y como su héroe predilecto, amaba las piedras preciosas; las esmeraldas, los zafiros, los ópalos lechosos, los crisopacios, las amatistas; y tenía la pasión de los ojos, los ojos con resplandores de gema. "¡Ojos que han mirado mucho tiempo la mar ¡oh! los ojos claros y lejanos de los hombres de mar, los ojos de agua salada de los bretones, los ojos de agua dulce de los marineros, los ojos de agua de fuente de los celtas, los ojos de sueño y de infinitas transparencias de los ribereños de los ríos y los lagos, los ojos que a veces se encuentran en las montañas, en el Tirol y los Pirineos, ojos en los que hay cielos, grandes extensiones, albas y crepúsculos largo tiempo contemplados sobre la inmensidad de las aguas; de las rocas o de los llanos; ojos donde han entrado y se han quedado fijos tantos y tantos horizontes... ¡Ojos que han mirado mucho tiempo la mar!"... y los lindos ojos de flor de Willie Stephenson, la deliciosa criatura blanca como gladio, "vientre plano y senos pequeños y siempre firmes"; la frágil criatura de nuca satinada, como la nuca de Ana de Bolena; esa Willie "belleza de patíbulo que llamaba a gritos la violación y la violencia" y que hacía pensar a Freneuse en los dulces y exangües rostros de las bellas damas aristócratas que Fouquier Tinville y los terroristas enviaron a la guillotina para formar en la otra vida el cortejo de María Antonieta. ¡Pobre Willie Stephenson! Un día el Señor de Phocas la sorprendió como la más descarada golfa, en un baile de arrabal, junto a una danzarina de Moulin Rouge, pagando rondas calientes a una banda de rufianes; los ojos de las estatuas, ojos de las Venus; la doliente esmeralda dormida bajo los párpados de

Antinoo; la terrible mirada de los ojos de aquella Izé Kranile, cuyo espectro encontró más tarde el pobre señor de Phocas guiado por su diabólico compañero Ethal.

Y Silvio recitaba los versos de Remy de Gourmont:

"Bendecida sea tu boca porque el adulterio encierra,
Porque sabe a rosas frescas y a vejeces de la tierra
Y ha bebido el jugo negro de capullos y de cañas;
Y cuando hablas se oye el ruido muy lejano de las cañas
Y los labios hechos sangre cual rubíes todos luz
Son la herida postrimera de Jesús sobre la cruz..."

Y las grandes letanías de la lujuria:

"Lujuria ¡fruto de muerte del gran árbol de la vida!
Lujuria que a los sentidos brindas esplendor lozano..."

El libro enfermo, neurota, tremendamente sincero del literato francés se deshojaba sobre la tertulia juvenil como una fantástica corola negra.

II

—Cuenta, dinos algo de tu vida, Silvio. Algo bello, funambulesco, macabro.—

—Sí... les voy a referir una historia; una historia que no ha hilvanado mi fantasía, ni es quimera del cogñac, ni página de Lorrain. Es una historia palpitante, sencillamente dolorosa, con la brutal sencillez que tienen todas las tragedias de la vida; la brutal sencillez de una puñalada en el corazón o un balazo en la sien. La historia que oí de labios de una meretriz que hace la danza del placer sobre el umbral de la tumba, porque el misterio se la va a tragar en breve. Ya podéis imaginar de qué ha sido presa: las enfermedades vené-

reas ¡la sífilis! Su cuerpo frágil y elástico; su elástico y felino cuerpo que anoche tuve entre mis brazos, será muy luego pasto de los gusanos.—

Todos sabían de aquella existencia desordenada y bravía del joven poeta futurista; y sabían de sus extraños gustos, de sus excentricidades, de sus aberraciones eróticas, pues sus actos estaban inspirados por el mismo demonio que atormentó al duque de Freneuse y como su héroe predilecto, Silvio amaba: "la belleza del siglo XX, el encanto de hospital, la gracia de cementerio de la tisis y la delgadez... aprendices del cuerpo coreográfico, lirios de taberna, mundanas frágiles con hocico de roedor, bailarinas impúberes, duquesas demacradas, doloridas y siempre lacias; melómanas y morfinómanas; banqueras judías con ojos más cavernosos que los bandidos de arrabal y figurantes de music-hall que, al cenar, vertían creosota en el Roederer; insexuales de mesa redonda de Montmartre y hasta enojosas andróginas... chiquillas de rostro anguloso, pavorosas y macabras... cloróticas llenas de afeites y de inverosímiles delgadeces."

Esta de quien iba a hablar era *"un lirio de taberna"*, de esas adolescentes magras que prematuramente quemaron sus alas en la llama loca del pecado. Seguramente no vertía creosota en sus copas de champagne porque este champagne generoso, por caro, sólo se ha hecho para los elegantes crapulosos; pero el mismo vicio, la misma lujuria, el mismo dolor; la mueca pavorosa de esos rostros de rosa marchita cuando el cogñac quema las gargantas; la misma mirada estrábica de esas pupilas sumiéndose en el nirvana de la embriaguez; la misma sonrisa cínica de esas bocas que apestan a tabaco y a whisky; a labios voraces de marineros que han besado a las cortesanas de todos los puertos y han sorbido la sal del océano; a labios exangües de ricos tuberculosos que van a los lupanares a echarse en brazos de la lujuria, caminando hacia la muerte; y a bocas sensuales, ávidas, indesfloradas de adolescentes que llegan a extasiar la pupila sobre el gran libro abierto de la vida: el rojo libro del sexo y de las verdades palpitantes. Aquella mujer de quien Silvio iba a contar la

historia desgarrante, era una de esas chiquillas del barrio que el azar o la miseria arrojaron al minotauro de los lupanares; una de esas chiquillas delgadas y vibrantes que fueron buscadas por los rufianes del arrabal y explotadas por las Celestinas inmisericordes; y que en sus noches tristes, en sus sombrías noches de burdel, vieron abrirse ante ellas, con muecas desordenadas, rostros congestionados por el vicio y el deseo; rostros patibularios, rostros de viejos; marchitos rostros de hombres de negocios cansados de una vida gris; rostros astutos de embaucadores, gatunos rostros de militares y rostros luminosos de juventud. Por eso la historia tendría que ser interesante.

Y Silvio principió a referir con una voz velada de lasitudes:

—La tuve anoche en mis brazos y bebimos en la misma copa. Fuí casi ebrio a su cuarto y ella me embriagó de tristeza. Cuando salía, el ajenjo y el cogñac se habían disipado, pero yo conservo el sabor delicioso y amargo, a la vez, de sus labios; de sus labios que su espantosa vida no ha podido marchitar; y conservo la inmensa tristeza de sus ojos, sus grandes ojos negros ahogándose en mis pupilas encendidas por la fiebre; y de sus palabras lentas, suaves, cadenciosas, fatigadas, con una fatiga larga y lacrimosa de sufrimiento, de hambres y de martirios. Podéis creer que cuando me iba refiriendo su historia, la historia vulgar y sencilla, la negra y tremenda historia de su vida, igual o semejante a muchas otras, yo me enternecí y lloré. Lloré como un chiquillo tonto o como una mujer neurótica.

No vayáis a pensar que esta hembra pálida y ojerosa que anoche tuve en mis brazos y que bebió whisky conmigo es otra Margarita Gautier u otra Manón Lescaut. Cortesanas que fueron amadas por duques y lores y sobre cuyas tumbas se abren maravillosas camelias. Hembras perdidas a quienes su fin doloroso casi las santifica y que se han convertido en heroínas predilectas de las señoritas que leen, lacrimeando con la más sonsa de las puerilidades, las viejas novelas de Dumas y de Bernardino de Saint Pierre. Esta es otra heroína.

Para ella no hay ni simpatía, ni lástima, ni afectos. Sólo desprecio y condenación. No es creada por ningún poeta o escritor, ni la veréis en un crayón funambulesco. Es la mujer que ha vivido un capítulo de existencia trágica y oscura; una página de angustiosos gestos reales; una criatura frágil, destrozada y servida en el inmenso festín de cuervos que es este mundo. Eso es ella y nada más. Os contaré su historia en cuatro palabras, desnuda de artificio literario, como ella me la dijo, resignada y triste, anoche, en el mísero cuarto del burdel donde una banda de rufianes gruñía como cerdos y saltaban cual muñecos de aquelarre al són desconcertante de un piano desvencijado:

"Vine de más allá de las fronteras. Mi padre es un hombre riquísimo, casi millonario, de la más alta y distinguida sociedad. Mi madre, una dama bella y honorable. Somos varias hermanas: tres de ellas están educándose en colegios de Nueva York; han vivido más de cuatro años en los Estados Unidos y recibirán de herencia una verdadera fortuna. La cuarta hermana está bebiendo y hablando contigo. Cuando era casi una pequeña, adoré a un hombre; no gustó mi novio a mis padres y me maltrataron con frecuentes regaños. Me internaron, me tuvieron estrechamente vigilada, pero él halló manera de comunicarse conmigo. Huí un día del internado y me fuí a vivir con ese hombre. A los seis meses, el ingrato me botó. Estaba embarazada y un niño vino, muriendo poco después. En seguida, la falta de trabajo, la miseria, el hambre; no tenía casa, ni familia, ni amigos, ni un centavo. Llevé largas horas sin probar bocado, dormí en los zaguanes confundida con lustrabotas y voceadores de periódicos. Un empleado de comercio me tuvo con él varios meses, después... ¡a rodar de nuevo! me enredé con militares, estudiantes y obreros; seguí rodando; de día no comí muchas veces; de noche, *estuve* con todos los hombres que me buscaron; bebía con ellos como bebo contigo, y la vida me tiró, no sé ni cómo, hasta este lugar. Hace poco leí en un periódico que mis hermanas regresan después de un largo viaje por Europa y los Estados

Unidos, y que mi padre va a ocupar un alto puesto en el gobierno... ministro ¡no sé qué! y, mientras tanto, aquí me tienes".

Lloraba ella. Yo también lloraba. Nos bebíamos nuestras lágrimas mezcladas con el ajenjo. Pedimos más que tomar. Llevaron algo, una mixtura horrible que abrasaba la garganta. Deplorablemente borracha me decía.

—¿No te agrada? ¡Eres un chiquillo! Este es el trago que prefieren los hombres que visitan la casa. Cogñac, aguardiente, whisky y otras cosas más. Es un trago infame... como mi vida, ¿verdad?

Haciendo una terrible mueca de asco y repulsión, vació la copa. La espantosa bebida la hizo desplomarse, inerte, sobre el lecho.

—¿Queríais algo fuerte, real, macabro? ¿Queríais algo verdadero, sin literatura, sin pose? Ahí tenéis esa vida de prostituta; esa infeliz mujer cuyo padre es millonario y cuyas hermanas se educan en Nueva York, mientras ella se entrega en un asqueroso burdel a hombres brutales. Un inglés excéntrico la hubiera sacado del pantano y convertido en su esposa, como un reto audaz a la noble y vieja sociedad. Pero ésta no es ninguna novela. Es la historia de esa mujer... amarga, verdad?... Amarga como una cerveza cochina. Es la vida, sencilla, brutalmente sencilla y al mismo tiempo enormemente trágica; de una potencia emotiva que no encontraréis en los mejores tablados. Esa criatura que fué un día blonda y suave; sentimental y fina; esa pobre muchacha que aún no ha sido totalmente deformada por el infierno de abyección donde vive, está irremisible, fatalmente condenada. Anda llevando en la sangre los virus más asquerosos y mortales. Unos meses más de crápula y enseguida, a podrirse en el blanco lecho del hospital.

La noche era triste y fría. En el silencio de los arrabales, incubador de larvas, resonó la gran voz desnuda y vibrante.

"Bendecidas sean tus plantas porque han sido deshonradas
Y han entrado en lupanares y se vieron infamadas
Y han pisado las espaldas del que vive en la pobreza
Y han hollado la amargura, la humildad y la pobreza
Y el temblor de la amatista en el broche todo luz
Es temblor cual el postrero de Jesús sobre la cruz".

LA MUÑECA DE TANAGRA

■

PIABAN con alegría súbita los pájaros a lo largo de la umbría alameda, cuando encontré a Margarita. De lejos la ví acercarse, ligera y vaporosa, marcando el paso sobre la hojarasca que cubría el suelo, bañándose en la frescura que brindaban las acacias corpulentas. El toison áureo de su cabellera, no sometida aún al capricho imperioso de la bob modernísima, despedía fulgores extraños. Viéndola así, a distancia, se embriagaban los ojos en su belleza prestigiada por una luminosidad supraterrestre. Un sér vivo y a la vez—rarísima paradoja—una figura deshumanizada pues los contornos eran vaporosos, indefinibles, apenas se marcaban las líneas del cuerpo. En aquel escenario, lleno de la munificencia primaveral, en la tibia sombra de la alameda, se evocaba una delicada figulina surgida del ágil pincel de un artista versallesco, animando una encantadora gavota en el Trianón florido donde los abates madrigalistas se inclinaran, en ceremonioso alarde, ante las presuntuosas pelucas empolvadas y los falsos lunares.

Yo no imaginaba que en este mundo de criaturas feas, donde imperan el trazo funambulesco de la caricatura y las siniestras tocas de los frailes de Zurbarán, existiese un sér tan delicado, una muñeca de Tanagra, que se llamase Margarita. Frecuentemente, la belleza pasa a nuestro lado sin que nos apercibamos. Aparecen, de súbito, ante nuestros ojos, líneas y curvas perfectas; rostros inolvidables de madonnas que se fugaron al divino Rafael Sanzio; perfiles de virgen samaritana, ojos profundos que sólo hemos visto en las mujeres de la Biblia; sonrisas enigmáticas con que acaso soñáramos largamente extasiándonos ante la boca maravillosa de Gioconda; semblantes que recuerdan al inimitable Antinoo y, cuerpos de una delicadeza, de una finura, de una gracia exquisita que

únicamente se han visualizado en seres en quienes se realiza la magna armonía, como el Narciso de la bella fábula helénica.

Así pasan, ante nuestras pupilas indigestadas de fealdad, los signos característicos, únicos, de la belleza. Y no sabemos descubrirlos, no sabemos hallarlos, no sabemos compenetrarnos con ellos, en el momento breve en que están a nuestro alcance, quedándonos en el alma un presentimiento vago, una intuición de algo supremo, de una norma excelsa que deseamos con una porfía vana y triste, pero que está muy lejos de nuestras manos de barro.

Margarita deslumbró inmediatamente mi corazón. No digo que mis ojos porque la visión de ella no fue material, no fue sensitiva, no fue como todas las impresiones que hieren la retina. El mundo ve con sus cristales azules o negros, grises o claros; encuentra los contornos, el perfil, la línea y el color; se da cuenta de la existencia de los seres animados o extáticos porque éstos se dibujan ante su lente y los recoje. Si yo dijera que ví a Margarita y que deslumbró mis pupilas con su belleza plástica, expresaría un concepto demasiado vulgar. Ella no vino a mi retina. Ella vino a mi corazón. O—liquidando la anatomía—ella llegó a fijarse en la órbita luminosa que rodea a todo corazón sensible a las manifestaciones de la belleza. La psicología explica la presencia del alma, ya sea una noción superrealista, desligada de la carne y de los sistemas biológicos; o ya sea el conjunto de éstos y el alto grado de desarrollo de las facultades intelectivas. Sin entrar en consideraciones sobre esta materia, yo creo que todo corazón—carne, nervios y sangre—tiene en derredor una órbita que es, a veces, de una luminosidad transparente, matinal, radiosa, o domina en ella la penumbra y apenas una chispa, un punto ígneo se descubre en medio de la sombra. A esta órbita es a donde llegan a fijarse las imágenes que no pasan por los ojos aunque fisiológicamente tengamos la sensación de haberlos empleado para recogerlas. Llegan como los presentimientos, como los anuncios de los clarividentes, como las vibraciones del futuro en

el cuerpo atormentado de las sibilas. En ese círculo luminoso es donde se fijan las normas supremas, las líneas y los colores perfectos, los sonidos melodiosos, las profecías y las voces del arcano, que no tienen sonoridad, que no existen, sino en los individuos predestinados a recibirlas. El mundo no sabe de dónde sacó Miguel Angel la inspiración para decorar la Capilla Sixtina; de dónde extrajo Dante el fuego tremendo que anima la Divina Comedia; cómo aprisionó Beethoven el alma musical de la Décima Sinfonía; en qué región de la gigantomaquia conquistó Wagner las voces estupendas de su tetralogía; o a qué cónclave divino fue Shakespeare a pedir consejos para animar las figuras magnas de sus vastos escenarios. El mundo ignora cómo han surgido los Atridas y el Prometeo Encadenado; los nueve círculos infernales; Macbeth, Hamlet, Timón de Atenas; los Nibelungos, las Walkyrias y Siegfrido. No sabe tampoco en qué rincón funerario dormitaba el cuervo agorero de Edgar Allan Poe y los demonios que presidieron en las creaciones de Lorrain o de Wilde. La visión angélica, el color purísimo, la nota delicada; el grito sibilino llegan del exterior o vienen desde el arcano; desde lo que está fuera de la vida universal a esa órbita luminosa que rodea nuestro corazón y ahí toman cuerpo, ahí crecen hasta que se proyectan, radiantes, sobre el plano oscuro donde la generalidad de los seres se agita.

II

Así penetró hasta mi corazón la imagen de Margarita. La encontré luminosa, irreal, tenue, con lineamientos vagos, imprecisa, como un sér que nada tiene de mundano, como una vaporosa figura de las que pintó Gustavo Doré para exornar la Divina Comedia. Todo mi cuerpo bañóse de luz y vibró largamente, intensamente, cristal herido en la entraña harmoniosa. Mi pobre barro tuvo de súbito una transparencia indefinible en ese momento supremo. Sentíme ligero, ágil, libre de la costra de

prosaísmo. Fué como si dos alas sonoras, rítmicas, cadenciosas, brotasen en mi carne. La visión pasó por mí, bañó mi epidermis y penetró mi cuerpo. Mis ojos la encontraron adentro, en un marco de luminoso éxtasis. Era la Belleza hecha carne y entendimiento, y eran el entendimiento y la carne convertidos en imagen de belleza. La realización de un ensueño supremo, de una norma elevada, de un ideal que se nutrió con las blancas intenciones, los desvaríos de gloria, los sonambulismos artísticos y el dolor de las quimeras que han llenado mi vida. Ese ideal estaba ahí convertido en forma vaporosa y alba y esa forma cantaba en mi sér epifanías de resurrección. La presentida, la implorada, la esperada en noches de insomnio y en horas de fiebre, había llegado. Aquellos contornos que apenas se insinuaban en mi cerebro, aquel perfil que fugazmente pasó ante mis ojos, aquella forma... ¡aquella forma tanto tiempo anhelada! estaba ya en mí—la tenía en la órbita serena y radiosa que circunda el corazón. Era mía.

Margarita, quién sabe por qué designios oscuros, realizó el milagro que a veces causan los crepúsculos, el mar, la contemplación meditativa de los horizontes, el alma blanca y musical del surtidor, la toca monjil del invierno y el manto flordelisado de primavera. La imagen delicada, la preciosa figulina, hizo vivir en mí la Belleza—la belleza inmortal que perdura en los mármoles fríos cuando hay una mano de Praxiteles o Cánova destinada a efectuar la epopeya del cincel. Porque, en esencia, la Belleza es imperecedera, eterna. Vaga, flota sobre los seres, sobre las cosas, sobre el universo, sobre la creación entera—vibra en el éter y en las alturas, se extiende encima de la grandiosa desolación de los océanos, se refugia en una margarita o en la garganta del ruiseñor y en la cuerda nerviosa del stradivarius. No la vemos, no la sentimos, no la palpamos sino en ciertos instantes de fuego emotivo y creador; y aun hay pobres seres que no la conocen jamás, pues en ellos es muy reducida la órbita luminosa y no poseen más que el ojo anatómico que en poco se diferencia del ojo de la liebre o del gato. Seamos compasivos con ellos.

La Muñeca de Tanagra realizó en mi sér el milagro. La rosa estética creció bajo el halo radiante de su juventud y su gracia. Las normas supremas, las líneas puras y los colores inconfundibles encontraron su cauce. Como el recuerdo más delicado de la estatuaria griega: aquellas figulinas gráciles, inquietas, nerviosas, rosadas, que fabricaron en arcilla los coreópatas del Mar Egeo, es ella. Por eso le dí ese nombre.

Un día la vida rompió en mis manos la muñequita de Tanagra. La deliciosa estatuilla se hizo mil pedazos y mil aristas ante la desolación inútil de mis plegarias. Fuése de mi destino, se alejó de mis quimeras, sutil, blonda, vaporosa, tal como la encontré la mañana azul en que piaban los pájaros en la fresca alameda. La imagen se hizo también mil pedazos y mil aristas en mi corazón—fué desvaneciéndose lentamente, fué tornándose más vaga, más imprecisa, más tenue. Se hizo como una nube. Se polarizó en mil direcciones. Penetró en mi vida, en mi cerebro, en mi sangre y en mis recuerdos semejante a un perfume sutilísimo. Pasó a integrar mi sér. Confundiéndose con las imágenes de belleza que en él hay guardadas, aumentó mi divino caudal. Porque la visión es fugitiva, pero su gracia no muere. Cuando ya la imagen se ha desvanecido, su luz imperecedera hace transparente nuestro corazón.

LA MUERTE DEL BUDA

VARIOS años reinó en el saloncito familiar el Buda que tenía la sonrisa plácida y reflexiva la mirada. Luis lo compró en una alfarería mexicana, cuando realizaban su viaje de bodas. En medio de una abigarrada multitud de cacharros aztecas, cabe los zarapes multicolores, el Buda de barro era una nota de exotismo. Conocíase que no se encontraba en su lugar; pero su gesto seguía siendo inmutable en el bullicio del ruidoso mercado. Cuando lo vió Luis, apasionado por los objetos raros, no pudo contener una exclamación de gozosa sorpresa.

—Mira, mujer. Ese Buda no está contento allí. Voy a comprarlo.

—Tantos objetos curiosos nos van a dejar pobres: arqueros indios, zarapes, cromos, estatuas... y ahora Budas.

—No importa, mujer. Todo eso contribuye a nuestra felicidad.

—Vamos, pues, cómpralo, hombre, cómpralo.

Desde ese día, el Buda formó parte del estado mayor que acompañaba a la feliz pareja. Cuando regresaron a la ciudad natal y fijaron su residencia, el Buda ocupó, gracias al cariño que le profesaba Luis, un sitio de honor. El marido vivía encantado con el barro que modeló un artista desconocido. Sereno, plácido, inmutable, el Buda recibía todas las mañanas el saludo cordial del señor de la casa. Estaba allí con su manto exornado de florecillas, su mirada paternal y su gesto indulgente. A veces lucíase muy honorable en el centro del salón, otras veces reposaba su virtuosa existencia sobre la ortofónica y, en muchas ocasiones, era tratado con verdadero irrespeto por las doncellas, que al disponer el arreglo de los objetos enviaban al Príncipe dadivoso a cualquier obscuro

rincón. Entonces Luis profundamente agraviado reivindicábale en sus derechos, colocándolo en un lugar donde fuese visible para que los amigos del matrimonio, al admirarlo, interrogasen.

—Lo adquirí en una alfarería mexicana—exclamaba muy ufano—y es un objeto de raro valor. Mire qué delicadeza de formas, qué perfección! Barro azteca, amigo, barro de Tenochtitlán, modelado por un escultor indio. Aquel de más allá... pues es un arquero, un hijo de Anáhuac; quizá uno de los que derrotaron a Cortés la Noche Triste... tal vez alguno de los que llevaron en sus hombros el regio palanquín de Moctezuma. Admire usted la tensión de la musculatura acerada! Hermoso... ¿no es verdad? Pero yo quiero más a mi Buda. Fíjese usted, parece que va a decir algo. Vea la fidelidad de la expresión y la gracia en el modelado!

Luis exaltábase hablando de su ídolo. Reprendía a las doncellas cuando decían, irrespetuosamente, "el muñeco de barro que está en la sala". Idiotas. ¡Si supiesen! Cierta vez, una aristocrática dama, quintaesencia de la sociedad capitalina, señalando al Buda, exclamó:

—Ponga en otro sitio a ese "negro", Juanita; y oigamos algo de música.

El Buda recibió en plena mejilla aquel bofetón. Encontrábase muy señorial y tranquilo sobre la ortofónica y la señora de la casa, sin reparar en su majestad, lo dejó encima de una silla, mientras los discos esparcían en el salón sus alegres notas. Así despreciado estuvo el gran altruista hasta que Luis lo restituyó en sus derechos.

—Negro llamó al Buda. ¡Vieja encopetada que no tiene noción de arte plástica... mujer ignorante y presumida!

—Cállate, hombre... eso nada vale.

—No puedo soportarlo, nena. No puedo soportar que ofendan así a mi Buda!

—Tu Buda, ¡vaya!... parece que fuera el Padre Celestial!

—El Padre Celestial. Bah! No te rías nena. Voy a referirte la historia de ese discreto testigo de nuestra dicha. Oye: Buda, a quien adoran millones de creyentes, era un gran señor,

un príncipe magnífico, enormemente rico y poderoso. Dueño de inmensos tesoros, de vastos dominios y de objetos suntuosos. En sus manos estaban el placer, la opulencia, el poderío, la majestad. Gozó las primicias de la vida y sus labios acariciaron mil veces los frutos de la tentación. Una noche, el Príncipe fastuoso, el gran señor, abandonó todas sus riquezas y sus vastos dominios y los placeres del mundo; vistió un sayal tosco, apoyóse en un báculo y se fué a predicar la serenidad, el bien, por los caminos de su tierra. Sus tesoros y sus inmensas posesiones sirvieron para aliviar el dolor de los necesitados; y las palabras de aquel mendigo caían sobre los corazones atormentados como un rocío balsámico. Hoy, el Budismo; la abstención, el renunciamiento de los goces terrenales a cambio de la paz espiritual, es la religión de millones de hombres.

—Pues yo prefiero a Jesucristo. Y la religión de mis padres. Creo que no existe otra más hermosa.

—El Cristianismo... también es sublime, nena. El Maestro quiso implantar entre los hombres el reinado del amor, de la piedad, mas la concepción primaria se alteró. La doctrina purísima, en manos de los hombres aviesos y corrompidos, se tornó un adefesio. Vinieron las simonías, las avaricias, las expoliaciones, las torturas. Los pontífices desfilan—a veces magníficos y deslumbradores—hombres de genio y de garra. La Iglesia dilata sus dominios y el pendón clerical flamea por todos los rumbos, pero muy lejos, muy lejos de la doctrina suave, generosa, altruista del Maestro.

Y así, en ese estilo, continuaba disertando el marido. La plática terminaba frecuentemente en altercado y la esposa, contrita, venía a los brazos de Luis a exponer sus quejas:

—Tus ídolos... tus ídolos que me roban tu cariño.

—Mis ídolos... recuerda, nena, que tú eres uno de ellos.

—Sí... el novelista, el Buda y... en último término, Yo, tu mujercita.

—No, nena. Aquellos son los ídolos de mi fantasía. Uno colma mis aficiones literarias (el novelista era Anatole Fran-

ce, autor favorito del joven). El otro me brinda a veces, con su presencia, un rato de paz y de reflexión. Tú, nena, eres la diosa de carne. Alegría del hogar.

Ella sentía hacia el Buda un poco de rencor. Veíale con ojos de reto. No ocultaba su despecho. Aquel barro le robaba algo del cariño de su esposo y por su culpa Luis quería hacerse budista... budista. ¡Hablar mal de la religión de sus mayores! ¡Maldito muñeco de arcilla!

Pero el reinado del Buda, modelado en barro legendario por la mano suave de un indio alfarero, nieto de Netzahualcóyotl, iba a extinguirse muy pronto. Una noche, ajeno a la suerte que estaba para correr su ídolo favorito, Luis habíase quedado leyendo en su biblioteca. Juanita andaba por el interior. El gato de la casa, un soberbio Angora, penetró en la sala. El Buda filosofaba sobre la mesa del centro. Cerca, los jarrones japoneses exornados de rosas blancas. Allá el arquero azteca cuyos robustos hombros cargaron el regio palanquín de Moctezuma. El gato andaba por la sala, acariciante, cauteloso. De pronto, la pequeña garra rosada enredóse en el tapete de la mesa central. Haló el gato y ¡catástrofe! El Príncipe magnánimo, el gran señor altruista, el Buda de plácida sonrisa y mirada tranquila, se hizo pedazos contra el suelo. Acudió Luis y su desolación no tuvo límite. Acudió Juanita, que en su conciencia sentíase alborozada. La servidumbre contemplaba con ojos de conmiseración los restos del Príncipe.

Más tarde, cariñosa e insinuante, Juanita decíale a su esposo:

—Alégrome por la muerte del Buda—es un ídolo menos que me roba tu cariño.

Y él aun apesarado, pensando en la mañana de sol, cuando descubrieron al Buda, misógino y plácido en medio de los cacharros típicos y de los vistosos zarapes, respondió:

—Han muerto dos ídolos, nena. Ya no gusto de Anatole France: prefiero leer a los rusos. Ha muerto mi otro ídolo: el Buda. Recuerda que tú eres el tercero. Para que seamos siempre felices, quiera Dios que nunca termine tu reinado en mi corazón!

EL AMOR DE LOS AMORES

■

PUDO encontrarla en una página de Francis Jammes o en un soneto autumnal de Juan Ramón Jiménez; esos eran los marcos propios para su figura grácil, para su musicalidad de surtidor, para su fragancia de jazmín. Pero en aquel año remoto, Ricardo era un adolescente que recorría en bicicleta las calles de la tropical ciudad de San Pedro Sula, sin saber nada de la melancolía de la "Pobre Cojita" y sin romantizar bajo el oro de los crepúsculos; y fue así que bajo los destellos de este nuestro glorioso sol hondureño, en la tropical ciudad y en una mañana diáfana de esas que aprovechan las tristes lisiadas para lograr un poco de calor, descubrió el rostro de Olga, ilumiado de sonrisas, fragante como las rosas y las pomas que decían la locura de sus colores en el huerto solariego.

Las lunas de doce primaveras habíanse dormido en los ojazos criollos, bajo la tropical exhuberancia de sus pestañas. Era pequeña, demasiado pequeña; milagro de carne trigueña, haz de luminares, escala de arpegios. Fué en la llama de sus pupilas donde hubo de encenderse la maravillosa lámpara de Aladino que descubrió a Ricardo ese misterio que llaman Amor. El escolar que soñaba con las aventuras de Salgari y de Rocambole, sintióse de improviso héroe de una novela pasional. El príncipe azul llegaba hasta el castillo de la Bella Durmiente; Lohengrin iba en busca de su Bienamada retando a los celosos guardianes, que eran la parentela de la niña y las abnegadas maestras del colegio. Como los amantes de Víctor Hugo, los pequeños novios enviábanse mensajes de ternura en los balsámicos efluvios de los jardines, en el canto de los pájaros, en el sol de primavera. El ritmo con que palpitaban sus corazones era unánime, en el alborear de la sangre, ansiosa de querer.

Como todas las ciudades del trópico, San Pedro Sula tiene árboles corpulentos, provistos de follajes densos; junto a sus troncos robustos que son como arcas de fechas memorables y de nombres adorados, en un banco hospitalario, se van las horas sin sentirse; mirándose muy hondo, queriéndose en silencio pleno de contemplaciones, de timideces y de sinceridades. Así se viven esos capítulos del primer amor, llegando apenas a los bordes de la confidencia, insinuándose las caricias; cuando el beso es leve aleteo de futuros deliquios. Y se goza viendo al burgués que llena el jardín con su protocolar figura; a veces la maestra da para el gasto jovial con sus sermones de moral y buenas costumbres o la súbita alegría del aguacero que causa la fuga precipitada de las personas formales y hace estallar las risas de los muchachos.

Desde el cantar de los cantares, hasta Stendhal y Freud se han desvelado los poetas y los psicólogos tratando de explicar los misterios del amor. Ricardo no conocía ni el himno voluptuoso dedicado a la Sulamita, ni las complicadas teorías de los analistas, pero sentía en su interior algo parecido a una revolución desde que vió a Olga. Supo de las ansias febriles, de los ayunos, de las impaciencias que torturan el corazón; de lágrimas furtivas, de celos que enardecen la sangre en presencia de un rival que ha obtenido éxitos momentáneos.

Disipóse la bruma de los chubascos; brilló con rabia el sol de los estíos; murieron en las canículas muchos huertos; desbordóse el Ulúa sobre las plantaciones, llevándose en su torrente impetuoso aldeas y puentes; incontables barcos partieron con las entrañas congestionadas de bananos; fallecieron muchos viejos y desgarróse la carne muchas veces también, en los supremos instantes del parto; día tras día llamaron a misa las campanas del templo o se quedaron mudas en el éxtasis del ángelus; y mes tras mes, hasta las pruebas finales, las notas de calificación hicieron encenderse en rubores de vergüenza o de alegría el rostro de los escolares; al vestido de las niñas se le aumentó una pulgada hacia abajo, sobre las rodillas y para arriba, hacia la garganta; la maestra extremaba su severidad en la cátedra de moral y buenas costumbres; algo raro sucedía a los muchachos que a poco hablar ahuecaban la voz, enronqueciendo. Diríase que los soles picaban con más fuerza en la sangre, loca de palpitar...

Habían transcurrido dos años. Ricardo sabía muchos detalles de la vida de Olga. Había nacido en Guadalajara de Jalisco; en la tierra mejicana de los jarabes y de los nopales. Bailaba admirablemente; era una fiesta verla bordar "El Relicario" y una dicha contemplarla vestida de tehuana. Tenía un padre que se había batido en las líneas de Torreón, cuando los "dorados" de Pancho Villa, mandados por Rodolfo Fierro y dirigidos por Felipe Angeles asaltaron la ciudad del norte; el señor feudal de aquel quimérico castillo donde habitaba la Bienamada, vino a Honduras buscando una tierra cálida en afecto hospitalario para sobrevivir en el exilio; su deseo de abrirse un camino, fue a probarse en las selvas impenetrables de la Mosquitia hondureña, donde crecen árboles que son un reto al cielo, se despeñan torrentes que estremecen la tierra con sus rugidos y hay innumerables parajes que sólo han sido marcados con las huellas del puma y del tigre o los anillos de las grandes serpientes. Transcurrían los días; la corriente impetuosa del Patuca llevaba aguas abajo las enormas trozas de la concesión maderera, hasta que llegó el final de todo aquello; el adiós a la jungla hondureña, a la comarca virgen reservada al celo del porvenir; a los ríos desbordados, a las lagunas donde los zambos marcan el ritmo de su vida primitiva con el monótono batir del remo.

Olga sabía muchas cosas que adornaban la figura de Ricardo, dándole a veces el prestigio de un héroe juvenil surgido de los cuentos ilustrados de Calleja, que se leían a hurtadillas de las severas preceptoras. Cuando era apenas un niño mimado vivió en las riberas del Mississippi, cantado por Chateaubriand, y en Yucatán, donde floreció la civilización maya. Estuvo algún tiempo en el colegio de "Soulé" hasta que su familia creyó conveniente repatriarlo. Vino a Tela, el puerto nuestro que parece un rincón del archipiélago malayo y de

allí, su señor padre, sumamente disgustado por su conducta en el colegio yanqui, lo envió a San Pedro Sula, sometiéndolo a estricta vigilancia. Ahora sólo le era permitido escapar al puerto para gozar en la serenidad de aquellas tardes en que tripulando un balandro se iban con su hermano José, mar adentro, a robarles su botín a los pájaros que asaltan las "pesquerías". Su tiempo lo había consagrado casi todo a Olga: verla en la mañana, furtivamente, antes de ir al baño; encontrarla en el campo de basquet-ball, para alejarse con ella del grupo bullicioso de las amigas, buscando una sombra amable, donde conversar a solas y soñar, soñar mucho en las noches de luna, cuando el Ulúa es un fantástico caudal de diamantes. Así pasaban los días y en cada mañana surgía un nuevo pétalo en el rosal de sus amores.

Una tarde, en el muelle de Puerto Cortés, Olga agitó mucho tiempo su pañuelo, mientras allá, sobre la remota línea del horizonte se borraba la estela de un barco, que llevaba a Ricardo hacia la ciudad de los rascacielos.

II

¡Olga! ¡Olga! Veía su rostro iluminado de sonrisas en los vidrios de los lujosos escaparates, en los anuncios deslumbrantes de la ciudad feérica, en el cielo de Nueva York, que no han logrado alcanzar las babeles de acero y de cemento, en las aguas del Hudson... en todas partes. Y en todas partes también, a cada segundo, con la regularidad de un cronómetro, repetíanse las sílabas de la palabra mágica. No era duro el trepidar incesante de los trenes, sobre su cabeza y bajo sus pies; ni estridente el ruido de los jazz-bands, ni agudo el grito múltiple de las sirenas, porque todas aquellas voces, todos aquellos sonidos; aquel rumor eterno en el tiempo y en el espacio, decía en sus oídos una y otra y mil veces... ¡Olga! ¡Olga! a semejanza de una letanía, de un ritornelo, de un batir de olas en los acantilados de su costa hondureña; la costa del

trópico, donde el plenilunio acaricia bosques de palmeras o de manglares; un batir de olas pleno de las voluptuosidades recónditas del mar.

Mientras recorría, a veces a pie, enormes distancias de la urbe polifacética y trepidante, el rostro de Olga le precedía siempre. Iba por las avenidas, empujado, atropellado por aquellas gentes que viven estrujando cada minuto; deteníase frente a los escaparates, penetraba en las cafeterías, en las fábricas, en los bazares; transitaba por los barrios de los judíos gozando en la promiscuidad bulliciosa y farandulera de estos comerciantes incansables; alargaba sus paseos por Harlem, por el Bowery, por los muelles. Y también veía reflejarse su imagen en los vidrios de los Roll-Royce que atravesaban Park-Avenue; lanzaba sus miradas tímidas a las residencias de los millonarios de Riverside; veía hundirse el sol desde la tumba de Grant y aparecer las primeras estrellas sobre la Libertad y el mar, sintiéndose invadido por una debilidad creciente, debida a la falta de alimentos.

Como una vez en "Soulé", Ricardo había vuelto a portarse mal en Nueva York y, al finalizar el segundo año de high school causó un serio disgusto a su señor padre, quien decidió suspenderle su pensión. Y como los músculos duros, la fibra humana del muchacho; sus veinte años gárrulos, su estómago voraz como de chacalote; su corazón que saltaba con la agilidad de un funámbulo y su fantasía veloz cual un tarahumara —no le permitían realizar aquel gesto de resignación heroica de una muchacha hondureña educada en la Universidad de Columbia, que se batió contra el hambre devorando manzanas durante varios días para no abandonar sus estudios—dejó el colegio resuelto a hacerse hombre en el yunque de la moderna Babilonia, donde la necesidad, la miseria y el ayuno forjan los cíclopes de esta edad contemporánea.

Cuando ambulaba por los muelles de Nueva York venían a su memoria anécdotas de muchachos hondureños, perdidos en la vorágine, sin un centavo, sin un bocado. Decíase de uno que estuvo pescando para alimentarse, hasta que un magnate,

compatriota que regresaba a Honduras, lo recogió extenuado reintegrándolo a su hogar; otros que yivían explotando la pequeña vanidad humana de lustrar el calzado; otros que iban a recibir sopapos hasta quedar inválidos en los rings de entrenamiento de los boxeadores de segundo orden; algunos que encontraban la manera de subsistir "sableando" a los paisanos crédulos ingresados recientemente; más de uno que andaba enredado en los líos de los bootleggers; varios conocidos que cayeron *apaleando* nieve y muchos más que hacían de lavaplatos en los restaurantes. Todos estos heroísmos anónimos, para ganar el combate diario, la escaramuza mortífera, en la gran batalla de aquel vivir de desamparados, en el que era preciso vencer o morirse.

Transcurrió así el tiempo hasta que Ricardo dió con un empleo. Y después de dos años sentíase feliz, absolutamente feliz, aunque a veces el hielo le penetraba en las carnes. Satisfecho porque había vencido a la urbe monumental y poliforme; aquella vorágine donde tantos desaparecían sin dejar huellas; aquella Nueva York, pulpo inmenso que tragaba vidas sin cesar. El la había domado. Ahora ya no temía caer sin sentido en la vía pública y quedar transformado en un nudo de carne sanguinolenta y de astillas de huesos, bajo las ruedas de un bus. La metrópoli coruscante y faraónica se le entregó toda, como una amante rendida, cuando él olvidó su timidez de enamorado primerizo para lanzarse a la conquista de sus plazas, de sus calles, de sus sótanos, de sus rincones tentadores. Ya no eran un secreto para él los speakeasies, donde probó el alcohol de madera, moonshine infernal que le carbonizó las entrañas; detestable licor que en nada se parecía al de su tierra, puro y fuerte, que revuelve la sangre en locas burbujas; ni eran una leyenda los paraísos artificiales porque fumó marihuana en una noche inolvidable; ahora no temía la promiscuidad de los subways, donde se encontraba con tipos de variedad fantástica, ni le causaban vértigo las alturas desconcertantes de los rascacielos; gustaba de confundirse en las marejadas de las avenidas y de los restaurantes donde se mezclaban la jerigonza de los judíos y de los checos con la pesada articulación de los teutones; donde sonaban canciones napolitanas, monosílabos de orientales, silbatos de policías y mil ruidos enloquecedores...

En "La casa de los marineros", lugar a donde iba a dormir, dados sus escasos recursos, vivió Ricardo un capítulo de las novelas de Salgari que le apasionaron en sus diez años. En aquel salón enorme, mal alumbrado, donde se amontonaban desechos de todas las razas sintió la inquietud de viajar; volvieron a sonar en sus oídos los nombres fantásticos de las escalas de Oriente: Singapore, Ceilán, Shanghai; pero era necesario dormirse para estar listo a saltar al primer campanillazo y cumplir con su obligación cotidiana. Después de que la metrópoli se le rindió, el muchacho hondureño amó sus detalles, sus ídolos, sus intimidades. Apasionábase por las hazañas de los "gangsters", por Al Capone y los jurados sensacionales; era su fetiche aquel pujante Jack Dempsey; y el rostro de Norma Shearer lo sumía en el ensueño. Nada secreto le reservaba la urbe porque él la conocía en todos sus detalles, desde los "elevados" trepidantes, hasta los ocultos subways; desde los antros de los barrios bajos hasta las terrazas de Wall Street; era suya la urbe con el rumor gigantesco de sus martillos, los chirridos de sus poleas, el alarido simultáneo de sus sirenas y el jadear de sus motores. Suya la urbe desde los ojos claros de las girls millonarias hasta la carne mercenaria saboreada en largas noches de crápula...

Algo raro había en su vida. Algo que tenía el prestigio de un sortilegio; muchos Ricardos habían muerto, sucesivamente, en él; sólo era un recuerdo aquel chico que se subía a los cocoteros en la playa de Puerto Castilla; sólo era un vago fantasma aquel muchacho azorado frente al mar inmenso que lo esperaba cuando abandonó su tierra, enviado a "Soulé" a principiar sus estudios; había desaparecido también el estudiante de high school, que se llenaba de congoja viendo las calles de la urbe. Tantos seres, tantos lugares; un mundo entero falleció para él en esas fases sucesivas de su desarrollo; y ahora

que estaba en plena juventud; ahora que sentíase con la arrogancia de un dominador, frente a la metrópoli entregada y palpitante, le causaba sorpresa que ¡Olga! ¡Olga! aquella mujer pequeñita y bruna siguiese aferrada a su vida, presente en su recuerdo como si no hubiesen transcurrido tantos años desde aquella mañana remota en que la descubrió entre las rosas del jardín.

Una noche, mientras dormía entre inmigrantes polacos y marineros italianos, Ricardo sintió eso que los novelistas llaman "nostalgia"; quería ver el mar azul donde gozaba en las tardes serenas en compañía de José; quería oír el arrullo de las palmeras de su costa; quería a los suyos, a Olga... a ¡Olga! y repetía la melodía de aquel nombre mientras iban esfumándose los rascacielos; mientras desfilaba ante sus ojos el bellísimo panorama de La Habana; mientras se acercaban a la costa de Honduras...

La vida siguió su curso ordinario y gris. Ricardo acogióse al regazo maternal de Tegucigalpa, sin ver de nuevo a Olga, pero dedicándole las puras devociones de sus recuerdos; sus buenas intenciones, sus propósitos de enmienda, después de una copiosa vendimia en la que fue la sangre una llamarada. La amó mucho; quizá sea éste su primero y único amor—el amor de los amores. Su ágil corazón y su fantasía veloz tal vez lancen de nuevo sus veinticinco años pletóricos de savia en busca de la castellana de su quimérico feudo, con la impaciencia febril con que recorría a pie enormes distancias, en Nueva York, para asistir a un jurado sensacional, ver a un personaje mitológico o para encontrar una colocación en aquella vorágine donde se forjan los cíclopes de la era contemporánea.

Y es por eso que la historia se queda trunca como los idilios de adolescencia; como las vidas de los hombres, cortadas por la muerte, en plena ascensión; a semejanza de esas columnas de mármol que simbolizan una gloria no lograda...

AROMA DEL TERRUÑO

LUNA ROJA

La lluvia caía cual maravillosa eclosión de espigas plateadas sobre las sabanas verde claro circundadas por la masa sombría y ululante del pinar. En el centro de la altiplanicie, rodeadas de naranjos y limoneros, con sus patios llenos de sol y luciendo vistosos emparrados de campánulas y jazmines silvestres, aparecían más de una veintena de casitas blancas. El río cortaba la meseta deslizándose perezosamente entre eucaliptos y liquidámbares que erguían sus altas copas a lo largo de las riberas.

Poco a poco la lluvia fué cesando. Principiaban a verse grupos de pinos, relucientes después del baño vespertino y las moles oscuras de los cerros embrujábanse en espesas neblinas. Las sombras de la noche cayeron lentamente sobre la verde altiplanicie y una infinidad de puntitos de luz brillaron en medio de los crujientes ocotales.

Encendida la lumbre en el patio de la casa; en cuclillas frente a los leños que crepitaban alegremente, fuéronse agrupando los mozos de la dehesa y las jóvenes hembras para oír de labios del "Viejo", fantásticas narraciones de la selva, allá en los tiempos en que el pinar sombrío estaba poblado por miles de fieras rugientes cuyos alaridos se quebraban en los negros abismos.

—Y era una noche más obscura que una cueva. Tarde apareció la luna sobre el ocotal. Viéndola, todos temblábamos. Estaba roja... roja. Creíamos que los pumas y los tigres bajarían desde la crudeza a los valles. El ganado iba y venía inquieto por la sabana. El crujir de los ramajes parecía siniestro. "Padre, decíamos nosotros, mira la luna... hoy ocurrirá una desgracia". Cuando todos dormíamos, las fieras bajaron rugiendo. Pero no los tigres ni los pumas, sino los indios de las aldeas cercanas, enemigos nuestros. Todo lo arrasaron: hom-

bres y mujeres; siembras y ganados. Grandes lenguas de fuego alzáronse hacia el cielo y la luna se hizo más roja, como si toda aquella sangre la hubiese pringado desde abajo.

Recostada en la mullida hamaca y sintiéndose acariciar por el fresco viento de la noche, saturado con la fragancia de los bosques de coníferas, Alicia oía con honda delectación las narraciones del "Viejo" como en la infancia los cuentos de Barba Azul.

—Era un terrible y soberbio animal. Nadie conocía otro más hermoso en cien leguas a la redonda. Medía más de un metro de largo. Cuando, desde lejos, veíamos fosforecer sus pupilas, pensábamos que eran dos llamas. Todos le temíamos y él hacía peores destrozos en los ganados. Un día, Mauricio, el padre de Andrés Molina, fué a buscarlo. Quería que el tigre lo hiciera pedazos con sus garras porque Anarda, la más linda muchacha del lugar, le dió calabazas; y Mauricio regresó con la luna nueva trayendo a la grupa el cuerpo ensangrentado de la fiera. Le metió una bala en el ojo después que aquella lo hizo rodar de un zarpazo. Enterramos al hombre a los cuatro días, pues había traído el pecho roto en jirones; y la piel estaba allí, hasta que un gringo la compró. Era una piel que valía mucho. Lustrosa, brillante, como terciopelo. Daba gusto contemplarla.

Alicia soñó aquella noche con la enorme y brillante piel. Sus manos blancas acariciaron la cabeza hermosa y feroz; la garra afilada y sanguinaria que tanto pavor infundía en el corazón de los montañeses, duro como el corazón de los ocotales centenarios.

Frente a la lumbre, en noche serena, decía el "Viejo".

—Cuentan que otro enorme tigre, hermano del que Mauricio mató, entróse un día dentro del rancho de aquél, en la roza de la montaña y devoró a su mujer. El hijo de Mauricio dormía sobre un jergón, a un lado de la puerta. Cuando los labradores acudieron a los gritos desesperados de la mujer, era tarde. El animal había huído. Al saltar, una de sus

manos cayó sopre el pecho de la criatura. El hijo de Mauricio conserva aún esa señal. Nadie lo conoce sino por "El Cachorro". Andrés jamás ha hablado de su hermano. Vive éste en la montaña, junto a las bestias que lo criaron. Alguien que lo vió dijo que es hermoso y fiero.

II

Un día de noviembre vióse al "Cachorro" deambular, diríase aturdido, por los senderos que cruzan la meseta y quedarse largo rato, como fiera que olfatea su presa, frente a la casa del "Viejo". Alicia habíase levantado sobresaltada de la hamaca yéndose hacia el interior toda medrosa y pálida, sintiendo que aquellas pupilas encendidas por la fiebre le quemaban la piel. De noche tuvo sueños absurdos; extrañas alucinaciones. Veíase desmayada sobre la silla de montar del "Cachorro"; veíase atravesando con éste en desenfrenada carrera, por los ocotales negros, por los riscos escarpados. Contemplaba su cuerpo desnudo y blanco, bañado por el fulgor de la luna roja y al "Cachorro" inclinarse sobre él, besarlo con rabia, con amor salvaje, con inusitado brío. Ella era mujer de aquel hombre, nacido y criado, como las fieras, en el corazón de la montaña cruda... "¡Yo... la mujer del Cachorro!" y al despertar, dando un grito agudo, sintióse rodeada por la selva negra cuyo silencio rompía el aullido siniestro de los coyotes.

Alicia había llegado dos semanas antes, a respirar el aire puro de la montaña, gozando de sus vacaciones; y fué muy feliz en la remota aldea hasta el día en que sintió las pupilas de fuego del "Cachorro" quemar su piel y vióse en sueños presa de sus fornidos brazos. Entonces una obsesión verdaderamente rara se apoderó de su mente. Sentía miedo de aquel hombre y, a la vez, quería verlo de cerca, hablarle, tocar la huella impresa en su musculoso pecho. Y un día, cuando menos lo pensaba, se realizaron sus deseos. Mientras reposaba tendida a la sombra de los pinos, el hijo de Mauricio surgió ante ella, de pronto, sin hacer el menor ruido, como caen los

plantígrados sobre sus presas. Le había hablado, le había visto cara a cara. Con voz robusta, enternecedora, él díjola: "¡No tenga miedo, señorita... no vengo a hacerle ningún mal!" Y lo encontró casi hermoso, se sintió fatalmente atraída hacia él, hasta palpó con sus manos blancas las cicatrices profundas que en el pecho del muchacho dejaron las uñas tajantes del felino.

—Mi padre cazaba los tigres en la montaña, en sus propias cuevas, a rejonazos. Yo he jurado matar al que devoró a mi madre. Lo conozco bien. Una vez los labradores me lo enseñaron. Y lo mataré, señorita. ¡Por Dios que sí! Siempre hago lo que quiero, sin duda porque soy hermano de las fieras. Los de allá abajo dicen quién sabe qué historias de mí. Son unos brutos... y me temen... ¡como si yo en realidad fuese un cachorro! Si no voy a vivir a la aldea es por que más me gustan las cañadas y los picos de la montaña. Aquí, en la crudeza, somos más fuertes y más listos!...

Alicia pensaba que el "Cachorro" había jurado también hacerla su mujer y esta sospecha se acentuó con las idas y venidas del sujeto por las veredas inmediatas a la casa del "Viejo". Un día, la joven dispuso regresar a la ciudad, pero con gran sorpresa suya, algo que no acertaba a explicarse, la retuvo en el lejano villorrio... "¡Se diría que estoy enamorada de ese hombre... vaya, bonito había de ser!", pensaba Alicia, con sarcasmo; y, sin embargo, su conciencia no estaba tranquila. ¿Por qué, sabiéndose en peligro, no se marchaba?

Pero al "Viejo" le entró miedo y un día resolvió ir a dejar a la joven al vecino pueblo, acompañado por Andrés Molina y tres más. De improviso, cuando atravesaban una espesa cañada de robles y encinas, sonó un disparo, luego otro. Dos hombres rodaron al suelo y Andrés, al volverse, machete en mano, se encontró con los dos cañones negros de la *chacha* del "Cachorro", quien le decía fríamente: "Apártate o te mato. Llevamos la misma sangre, pero las fieras no conocemos hermanos". Y mientras los otros hombres se quedaban inmóviles con la sorpresa, el "Cachorro", llevándose

a Alicia, más blanca que un papel, tan pálida estaba, metía las espuelas en los ijares sangrientos de su caballo y se perdía en la espesura, dando al viento todo el rendaje, sobre los pavorosos abismos.

III

El sueño fantástico de Alicia se había realizado. Ella era la mujer del "Cachorro". Después de breve lucha, allá en el rancho enclavado en un picacho agreste, como bravío nido de águilas, la joven rindióse en brazos del osado raptor. Y después de creer que lo odiaba, en los primeros días, fuése acostumbrando poco a poco a no desesperarse y encontró encantos en la vida primitiva de la montaña. El se mostraba bueno, sumiso, siempre amoroso. La caza más preciada caída bajo el plomo de su escopeta era puesta a los pies de Alicia. Venados y liebres, tigrillos y lobatos que se cruzaban por la selva eran llevados por el "Cachorro" al rancho para hacer festín con su mujer y para adornar las paredes con las lustrosas pieles; y la joven recibía como presentes las aves más bellas y más raras de las alturas y las prodigiosas orquídeas que crecen entre peñascos. Despertábase Alicia de madrugada, cuando un alegre coro de gorjeos llegaba hasta sus oídos. Era una maravillosa diana: distinguíanse las voces melifluas de los oscuros jilgueros, de los zenzontles y de los zorzales y luego un griterío inarmónico producido por toda clase de aves refugiadas en los follajes sombríos; a ratos, el chillido agudo de los monos la hacía sobresaltarse y no dejaba de temblar cuando repercutía, lejano pero poderoso, el rugido de los tigres. Al medio día, disipadas por completo las neblinas, Alicia se extasiaba contemplando los paisajes majestuosos de la sierra. Nada podía compararse con ellos en grandiosa variedad y en colorido estupendo. Las más altas crestas rompían la línea del horizonte y sus perfiles borrosos se confundían con el azul del cielo; veíanse enormes precipicios donde se deshacía como luminoso polvillo el agua de las cascadas; en las tardes de lluvia los arcoiris primorosos

aparecían sobre la montaña; y la vegetación, rica, frondosa, llena de savia, de vida, con espléndidos matices, se perdía en el remoto confín. Por la noche, a veces, una luna hermosísima bañaba con inusitado fulgor todo el paisaje.

Un día el "Cachorro" fuese taciturno y sombrío. Mientras cargaba la *chacha* y ensillaba el rocín, dijo a Alicia: "He visto al tigre que devoró a mi madre. Es viejo, pero bien armado. Has dicho que quieres una de esas pieles. La tendrás. Hoy y si no mañana, regresaré con él". Y se había perdido alejándose en medio de las lianas, por los ásperos guamiles, bajo las encinas y los liquidámbares frondosos donde las guacamayas lucían su vistoso plumaje y los monos despertaban la selva con su estridente grito.

Seis horas después de haberse ido el "Cachorro", muchos hombres llegaron hasta el bravío nido de águilas. Eran los hermanos de Alicia, que con un destacamento de la gendarmería montada, habían ido a rescatarla. La mujer nada dijo, pero rogaba interiormente a Dios que el hijo de la selva tardase en volver, pues los gendarmes se apostaron tras los peñascos para ultimarlo apenas llegase. A la caída de la tarde apareció por un escarpado sendero, en dirección al rancho. Sobre el arzón traía atravesado, chorreando sangre aún, el cuerpo de un soberbio felino; la *chacha* terciada en el hombro, el machete al cinto y recogido el rendaje. Alicia lo contempló un momento mientras se acercaba; bajo el ancho sombrero veíase el rostro moreno, pero hermoso, extraordinariamente enérgico, con una expresión que en los momentos de ira debía de ser terrible; y, al descubrir las bocas negras de los fusiles apuntados contra él, la mujer gritó... gritó estremeciendo toda la selva; su alarido de dolor, arrancado a lo más profundo de las entrañas, fué a quebrarse muy lejos, muy hondo, confundiéndose con el trueno de una súbita descarga.

Varias balas rasgaron el aire silbando. El "Cachorro", con inaudita rapidez, a pesar de estar herido, arrojóse al suelo y en dos saltos prodigiosos llegó hasta Alicia... ¡Me muero, mujer... sólo así podían cazarme estos bandidos... A traición! Mira... querías una piel de tigre... aquí la tienes...

fué el que devoró a mi madre... estos bandidos robarán la mía. Y luego, mientras la palidez mortal iba cubriendo su fiero y hermoso semblante Alicia, arrodillada, sentía fluir el raudal caliente de su llanto:... ¡Me quieres!... ¿verdad que me quieres?... yo lo sé... lo supe desde el primer instante... cuando me huías... lloras por mí... porque me han herido...porque voy a morirme y me dejarás solo, bajo una cruz, en la montaña... ¡Adiós Alicia... muero feliz porque me quieres!

Y la luna trágica aparecía sobre un lejano picacho, roja como una gran herida de pasión y de locura, abierta en el vientre prolífico de la naturaleza.

LA WALKYRIA

En el corazón de Honduras, situada en un pintoresco valle de horizonte limitado por las agudas crestas del ramal andino, encontrábase la grandiosa hacienda, La Mansión, cuyo dueño era el rico terrateniente don Prudencio González, arquetipo de una casta adornada con las antiguas virtudes masculinas del amor al trabajo, la probidad, el respeto al nombre y la propiedad ajenos; y la fortaleza de ánimo y de cuerpo. Como en las lejanas épocas de la égloga, "el patrón" era un hombre más viejo que joven; luenga barba de plata, ancho tórax, piernas firmísimas, robusta fibra muscular y voz muy llena. Sabía ser generoso a la usanza de los varones fuertes y sencillos. Amábanle las gentes de la dehesa, porque jamás usó malos tratos ni tacañería al pagar los realeos. Sus vecinos le respetaban y en más de una ocasión fueron en demanda de sus prudentes consejos. Cuando joven, bien pudo haber sido uno de los pastores que desfilan cantando villancicos en la literatura del Padre Reyes. Viejo y lleno de experiencia sana, era el patriarca de la numerosa grey que cobijaba su existencia bajo los aleros de La Mansión, escudándose del hambre producida por las malas cosechas, en la magnificencia del terrateniente; y de las acechanzas del Maligno que ronda por los campos, mediante las pequeñas cruces renegridas por el calor y las lluvias, que remataban el caserón de don Prudencio y las humildes champas de suyate que diseminadas en derredor de aquél, ofrecían semejanza con una apacible ciudad de nacimiento pascual.

Aun brillaba hacia el Oriente, como enorme diamante, el lucero de la mañana, cuando ya la hacienda despertaba con el mugir vigoroso de los toros y la confusa algarabía de las aves de corral. Un pequeño mundo de peones y mujeres se dedicaba a múltiples faenas, hasta que todo volvía a quedar en silencio y sólo los perros taladraban el espacio con sus voces de alerta.

Inmediatos a la casa encontrábanse los espaciosos corrales de ordeño; las caballerizas y las pocilgas. Gran número de árboles frutales que periódicamente exhibían la apetitosa madurez de sus frutos y algunas enredaderas, daban sombra al patio, convirtiéndolo en lugar fresco para reposar en las horas de bochorno. La hacienda estaba muy bien situada y el panorama completo del valle era sencillamente encantador.

En una tarde magnífica de sol, La Mansión ofrecía un aspecto extraordinario. Los peones daban muestras de actividad febril y en todos los semblantes se notaba rara inquietud. Una tropa de mozos se ocupaba de amontonar contra las paredes los aperos de labranza. Hombres y mujeres se interrogaban acaloradamente. Oíase a los capataces dar fuertes gritos. Los grandes rebaños de ovejas, las partidas de cerdos y las recuas, eran encerradas en potreros cercanos a la casa. Las voces y agudos silbidos de los arrieros se confundían en el eco con el ladrar furioso de la jauría, auxiliar indispensable. Diseminados en el pintoresco llano, internándose en las húmedas praderas y en los robledales vestidos de pastes, innumerables jinetes lanzaban sus cabalgaduras tras la novillada. De cuando en cuando, desde el oscuro apiñamiento de árboles, subía hacia el cielo ingrávido el prolongado y ronco alarido de un cuerno montañés. Ocupadas en los quehaceres domésticos, las mujeres trajinaban dentro de las cocinas hospitalarias, cuyas paredes se veían cubiertas de rústicos cacharros: *Guacales y cumbas*, ollas trigueñas olorosas a barro mojado, hermosísimos jarros llenos hasta la oreja de agua pristina. Acercándose a las viejas maritornes y a las mozuelas inquietantes, plenas de savia y duras de carnes, que se inclinaban sobre los fogones enjalbegados de tierra blanca, se podía oír que rezaban. Un peligro invisible, pero cierto; una tremenda amenaza dirigida contra la hacienda, angustiaba los semblantes tostados por el sol.

Una semana antes había llegado a uña de caballo, desde el lindero del valle, uno de los vaqueros de La Mansión, portador de un alarmante mensaje. Con voz entrecortada por la emoción y la fatiga, exclamó: "La cuadrilla que ha venido robando en la Sierra se dirige hacia acá. Oí decir que llegarán

dispuestos a recoger todo el ganado para herrarlo y venderlo en la feria de Concepción. Debemos alistarnos porque son muchos!" Esta noticia cayó sobre el ruidoso enjambre de la hacienda, como rayo en el ocotal. Se trataba de una partida de forajidos sin Dios y sin ley, armados hasta los dientes y cuyo lucrativo oficio era el abigeato. La formaban hombres sanguinarios e inmisericordes; reos prófugos sentenciados por cuatro o cinco asesinatos; indios semibárbaros oriundos de cualquier miserable aldea perdida en medio de las cañadas. Al principio eran unos pocos malhechores los que robaban el ganado en los potreros menos vigilados, conducíanlo a lejanos parajes, donde lo herraban y después iban a negociarlo en las ciudades más inmediatas. Este trabajo les produjo pingües resultados con escaso peligro. Entre la gente civilizada no faltó quien entrase de lleno en la combinación y así, mediante la influencia que dichas personas letradas tenían en los juzgados, los ladrones libráronse del rigor legal. Poco a poco la banda se fué organizando hasta hacerse temible y el abigeato adquirió serios caracteres. Estas cuadrillas son frecuentes en nuestras montañas y llanuras; y sucede muchas veces, que por negligencia o por las distancias, se sustraen a la acción de la autoridad, motivo que obliga a los pequeños hacendados y a los ricos terratenientes a defenderse de sus acometidas por su cuenta y riesgo.

II

Había algo que don Prudencio González, el noble y austero Patriarca, quería más entrañablemente que su gran Mansión, orillada de pinares y robles; más que sus rebaños aseados y fecundos; más que su misma persona campechana y fuerte; más que sus caros afectos y sus dulces recuerdos. Aquello que el hacendado adoraba con mayor fidelidad y constancia que a las niñas de sus ojos, era Consuelo, su hija única ¡y vaya que le sobraba razón al Patriarca para querer así el fruto maravilloso de sus desgraciados amores!

Muchos años antes, tántos que los actores de la escena, de jóvenes vigorosos eran ya hombres encanecidos, La Mansión parecía un enjambre de abejas locas: risas, cantos, puntear jubiloso de guitarras y bandurrias, música de acordeones, estallido de cohetes y gritos, se oían por todas partes en la hacienda. Entre nubes de polvo llegó una tropa de jinetes desde el vecino pueblo. Don Prudencio, con todo el brío de la mocedad, sostuvo el estribo a la mujer que tomara por esposa, pocos momentos antes, en el humilde templo provinciano, mientras las campanas echaban al vuelo su algarabía de plata. Y ella penetró triunfante en la estancia, en medio de un abigarrado cortejo, sobre alfombras de verde pino. Los mozos y las mujeres de la hacienda se comían con los ojos a la recién llegada. ¡Encantadora la patrona, con sus pupilas claras como pozos de la sierra y aquella su franca sonrisa!

Después... después llegó la tragedia: en pañales, apenas nacida, una niña lloraba; la noche vino, llena de misterio, henchida de pavor y la lumbre de las estrellas besó los brazos misericordiosos de una cruz.

Don Prudencio puso en su hija todo el cariño de que había sido dueña la difunta esposa y Consuelo creció magnífica de lozanía y fragancia; alimentada con leche caliente que todas las mañanas se ordeñaba en una jícara blanca especialmente suya; y nutrida con el oxígeno de las praderas de esmeralda, hasta hacerse mujer. Raras veces iba a la ciudad, permaneciendo constantemente al lado de su padre. Si éste era el jefe para las gentes de la dehesa, Consuelo fué siempre la alegría, la imagen viva de la primavera. Los vaqueros, las mujeres y los labriegos sentían por ella algo más que respeto y cariño. En sus sueños confusos y en sus plegarias oscuras quizá el rostro de la hija del Patriarca apareciese entre nimbos celestiales.

¡Y qué mujer la Consuelito! Verla plena de vida, trascendiendo a verjel florido mojado de rocío, erguir su alta figura en los patios inundados de sol, era vivir un poema. Morena cual Sulamita del cantar y vibrante como un estremecimiento de la fronda. Henchida de las armonías ocultas que se des-

granan en el pristino arroyo. Esbelta y musical. Cuando ordenaba el sabroso yantar, en la intimidad hogareña, ofrecía ardores y languideces de criolla. Era digna de ser una gran princesa inca ante la cual humillara su frente el noble Atahualpa y la llevase, gloriosa y triunfal, entre la fanfarria de sus atabales y sus chirimías, con el dorado séquito que iba hacia Cajamarca bajo el abanico del sol. Digna de lucir su belleza junto a las pirámides aztecas de la serpiente y el nopal y de envolver sus turgencias morenas en los vistosos zarapes. Toda la noche embrujada de la sierra, con sus plenilunios mágicos y sus cantares tiernos; con sus gritos hondos y sus leves suspiros, vivía en sus pupilas. Y su cuerpo admirable quizá fuera dado compararlo con el ánfora de barro, trigueña como su piel besada por el sol; aquella ánfora de líneas tan perfectas, de curvas tan armoniosas, amasada en la arcilla de la montaña por cualquier mano milagrosa de un indio soñador y triste.

Apasionada por la vida del campo en todos sus detalles, Consuelo amaba mucho sus blancas ovejas, sus potentes novillos, sus flores polícromas; pero sobre todos estos cariños, sobre todos los cariños de su vida, excepto el de su padre, estaba el que profesó siempre a "Lucero", un soberbio potro retinto que relinchaba de gozo cuando la mano fina de la hija del Patriarca acariciaba la sedosa crin. Aun no oreada la fresca brisa matinal ceñíase la joven su vestido de amazona, ensillaba esmeradamente el brioso corcel y salía como visión furtiva por el sendero que se desperezaba, ondulando, entre la grama. Alejábase en medio de los arbustos excitando a la bestia con sus gritos, con el latiguillo, con las espuelas. Flotando sobre la espalda la cabellera undívaga, luminosos los ojos, libre el rendaje, entreabiertos y voraces los labios, trotaba incesantemente por la llanura y los bosques. Semejaba una silueta fantástica. Viéndola así, erguida en el fogoso potro, recordábase a las bellas amazonas que vuelan en indómitos corceles llevándose a la grupa a los guerreros caídos en la sangrienta lid. Venían a la memoria los versos del excelso poeta:

"Somos las Walkyrias, de bellas figuras
que listas tenemos las cabalgaduras
y las nobles armas, para ir por desiertos,
llevando a la grupa los guerreros muertos".

. . . . . .

"A veces soltamos las sedosas bridas
por ver que las caudas vuelen extendidas
las caudas hirsutas de nuestros corceles
que saltan, nerviosos, como los lebreles".

III

Los forajidos buscaron el refugio más seguro que podrían haber encontrado en toda la Sierra: "El Peñón del Diablo". Ni los aldeanos de temerario valor se acercaban jamás por su buena voluntad a dicho lugar. Muchos eran hombres capaces de apuntar tranquilamente la *chacha* a pocos pasos de un tigre, pero ninguno se llegaba de grado hasta aquella escarpadura sobre la cual la fantasía campesina inventó leyendas espeluznantes. El tal peñón era un antro maldito porque servía de guarida al Demonio. Se contaban de él cosas terribles. Y se oían extraños ruidos; voces cavernosas, agudos silbidos, estrépito semejante al de una legión de brujas en aquelarre. Si no venía el "Maligno", los duendes se apoderaban de la roca y de la gran abertura para hacer rondas macabras a la luz de la luna. Y los perros aullaban siniestramente durante la noche, viendo escalofriantes apariciones. Nadie hablaba del peñón sin antes santiguarse; y si algún novillo o algún potro se acercaban al lugar maldito, no se les volvía a ver.

En realidad, "El Peñón del Diablo" no merecía tan fatídica suerte. La fértil llanura de La Mansión se extendía hasta unas cuatro leguas sobre el horizonte. Rodeábanla hacia el Sur inmensas praderas, a trechos pantanosas, alfombradas de margaritones; allí daban principio los bosques de pinos y de robles; yendo por el Norte, en línea recta de la casa de don

Prudencio, el valle estaba flanqueado por una especie de montañuela cubierta de vegetación frondosa, hasta que andando un kilómetro se encontraban grandes peñascos vestidos de musgos húmedos y caprichosas enredaderas colgando de los ramajes; el sendero se volvía trabajoso, pues estaba erizado de guijarros puntiagudos. El peñón era una enorme roca cortada a pico, perpendicularmente, hasta una profundidad espeluznante. La tierra se había abierto y por el soberbio desgarrón se lanzaba bramando un torrente impetuoso; abajo, las aguas formaban magníficos encajes de espuma. El angosto cañón se abría sobre larga distancia y por él seguía su curso el río, haciendo pozas glaucas y profundas. Una vegetación lujuriosa crecía al pie de la cascada: palmeras silvestres, helechos, musgos y gran variedad de orquídeas. El sol apenas lograba introducir sus rayos en aquel laberíntico paraje y la tierra se conservaba siempre húmeda y fresca.

Allí establecieron su cuartel los ladrones de ganado. Pronto se notó que faltaban dos hermosos novillos y cuatro terneras marcadas con las letras P. G. Unos vaqueros, mientras sabaneaban, alcanzaron a ver dos individuos, "mal encarados", que se ocultaron precipitadamente. Entonces el Patriarca encerró sus rebaños en los potreros inmediatos a la casa y no en vano preparóse para un combate formal, pues la acometida no se hizo esperar mucho tiempo.

Una noche, cuando la luna estaba en la mitad de su carrera, quien se hubiese acercado al "Peñón del Diablo" habría visto un espectáculo singular. De las negras grietas disimuladas por los helechos surgían los forajidos. Arriba esperaban, atadas, las cabalgaduras. Listos ya para partir, un *chane* se puso a la cabeza. Silenciosamente desfiló la pandilla junto a los troncos retorcidos de los árboles. No se oía una voz. El golpe seco de los cascos sobre los guijarros tenía repercusiones extrañas. Cortejo de sombras macabras parecían los bandidos, cruzando el robledal.

El valle dormido y quieto ofrecía un panorama bellísimo para otros hombres que no fueran aquellos temibles salteadores. Leves estremecimientos agitaban los arbustos; a veces, un

vuelo sofocado turbaba el silencio con vago rumor de alas y por toda la llanura repercutía estridente y claro el grito de los alcaravanes. Al salir de la arboleda echaron pie a tierra y como reptiles avanzaron sobre la casa. Aparentemente, los de la hacienda dormían tranquilos. Los bandidos se acercaron confiados; de pronto, un ladrido poderoso y urgente taladró la calma nocturna; luego otro y otro hasta formarse un coro ensordecedor... ¡Maldición, estamos descubiertos... hay que acabar con ellos! rugió el jefe lanzándose adelante, pistola en mano. Un minuto más y el valle se iluminaba con el lívido relámpago de los fogonazos.

En la hacienda ya se esperaba aquel asalto. Vestida de amazona y ciñéndose con un ancho cinturón de cuero repleto de balas, el winchester en bandolera, Consuelo estaba junto a su padre en el hueco oscuro de la ventana. Para despistar a los asaltantes apagaron las luces. Al ver varias sombras furtivas cruzar la llanura, la joven exclamó: ¡Ya llegan, padre! Cuando los perros ladraron, dió el Patriarca la voz de ¡fuego! Echados sobre la grama del patio y resguardándose tras los pilares del edificio, los vaqueros y los mozos disparaban sus *chachas* y sus revólveres. Don Prudencio dominaba el tumulto con su voz potente y su alta figura. A su lado, Consuelo tiraba a veces, con puntería infalible.

Pero los salteadores eran más y ganaron terreno. Ya se veían muchos hombres tendidos junto a las *trancas* y en el corredor. Gemidos angustiosos y estertores ahogados partían de todos los rincones. El fuego de los vaqueros se hizo menos nutrido. Casi todos yacían sobre grandes charcos de sangre, con las vísceras fuera. Los pocos sobrevivientes replegáronse dentro del edificio y continuaron tirando. Consuelo peleaba como un hombre; su belleza magnífica y dominadora se engrandecía con el resplandor de la tragedia. Llegaron los bandidos hasta las puertas y fueron rechazados con penoso esfuerzo. Entonces le prendieron fuego al valle. Una llamarada inmensa se alzó hacia el cielo impávido y pronto ardió la maleza; las llamas crepitantes besaron la madera del edificio y la mansión de don Prudencio principió a quemarse. El Patriarca se abrió paso entre la infernal barahunda, gritando: ¡Huye, Consuelo... huye por Dios. Toma el "Lucero" y escápate... estamos perdidos! ¡Nunca—padre—si no vienes conmigo!

Herido en la frente, se abatió la grandiosa silueta del Patriarca. Consuelo había salido bajo un aguacero de balas y tomando por la brida al "Lucero" lo trajo junto al cadáver de su padre. Cruzó sobre la silla el cuerpo inanimado y sujetando el rendaje con mano firme lanzó la cabalgadura por el sendero rojo de sangre y de fuego.

¡¡A caballo... doscientos pesos a quien la alcance!!... gritó el Jefe, y la turba siguió, frenética, las huellas del ligero corcel.

La carrera fué loca, desesperada, fantástica. Abiertas en un esfuerzo máximo las pujantes extremidades, los ijares sangrientos, tirada hacia adelante la noble cabeza, la crin desmadejada y bravía; empapado de sudor y espuma, ágil, impetuoso, "Lucero" cruzaba la lívida llanura. Firme en la silla, duros los pies en los estribos, ondeando al viento la cabellera magnífica, brillantes los ojos y trémulos los labios, iba la amazona. Detrás, la tromba de hombres y corceles en apretada hueste, fieros, sanguinarios y violentos.

El incendio del bosque era colosal. Consuelo corría hacia el Norte. Oíase el rugido formidable de la torrentera. "Lucero" saltaba enfurecido; sus cascos golpeaban frenéticamente los guijarros provocando súbito relampagueo. A la claridad lunar brilló de pronto "El Peñón del Diablo". Dió el potro un enérgico resoplido en tanto que la crín bravía se erizaba; un estremecimiento hizo temblar a "Lucero"... recogióse ¡y saltó! Consuelo cerró los ojos. Abajo, las aguas mugían iracundas...

Los bandidos oyeron largo rato el trotar desesperado, hasta que lució un alba roja sobre el valle de la muerte.

*
* *

No se volvió a decir nada de Consuelo. Se hundió en la noche.

¿En qué Walhala indio desflorará su belleza de ñusta? ¿Qué nimbos contemplarán sus ojos color obsidiana? ¿Cuántos bellos guerreros muertos ha conducido a la grupa de su potro veloz, bajo el manto de su cabellera bruna?

¡Nadie lo sabe! Cuentan voces medrosas que en las noches claras y apacibles se escucha el trotar frenético de una cabalgadura. ¡La carrera es loca, desesperada, sangrienta; y una visión fantástica cruza por los árboles sombríos, bajo el jeroglífico plateado de las constelaciones!

EL LAGO DONDE LAS HADAS CANTAN

■

"¡Oh, voluptuosos reposos andinos,
sueños risueños de bosques de pinos!"

AL pie de la montaña de Corralitos, casi en el límite de los departamentos de Tegucigalpa y Comayagua, el viajero que se alejase de la ondulante carretera, tomando uno de los mil senderos o *deshechos* que atraviesan el pinar musical, puede encontrar, después de hora y media de dura cabalgata, situada en una amplia meseta verde, la primorosa estancia de don Salvador Gómez, bautizada en una tarde de sol con el nombre de Santa Rosita. Y regocijarse en dicha estancia, amén del suculento yantar campesino cuyos vapores despiertan furiosamente el apetito, mientras se desanudan y extienden las blancas servilletas, con la presencia de mozas gallardas, limpias, que arriban de la quebrada con los cabellos húmedos y los ojos brillantes, con una tímida sonrisa en los labios y un aire de tentación en todo el cuerpo, que nos hacen reír de los cándidos eremitas que van a los desiertos inhospitalarios y calcinantes a luchar con las rojas visiónes pecaminosas; y que dejan al pasar una onda fuerte de aromas selváticos, que nos enerva, nos satura, nos penetra con violencia, trastornando los sentidos y haciendo latir en las venas una tremenda furia de placer. Las mozas y el yantar son ya un incentivo más que suficiente para volver loco de contento al viajero que llega fatigado después de cabalgar sobre riscos y hondonadas, pero que también ha ido extasiando sus pupilas, hechas a la pobre contemplación de los rojos tejados de la ciudad, en el espectáculo cien mil veces prodigioso de la Máter Naturaleza. Pero, además de los dos atractivos mencionados, tienen ciertas estancias hondureñas, aquellas donde no imperan la miseria y la ignorancia, otros placeres qué ofrecer, tales como el aire fresco y suave que acaricia largamente los cabellos y el rostro; las aguas pristinas de algún cercano riachuelo; el

generoso lomo de una dócil cabalgadura y el blando lecho de hojas donde reposar durante esas inolvidables noches de la sierra, en las que, diríase que las estrellas bajan a posarse sobre el inquieto pinar y reina un silencio melancólico apenas alterado por remotos ladridos o la señal agorera del perverso estiquirín, cuyos ojos llamean en las tinieblas, hasta que el *lucero chilatero* viene anunciando el día y las dianas guerreras de los arrogantes donceles del corral repercuten en la inmensa distancia.

Santa Rosita, la mansión de este patriarca don Salvador Gómez, hermano gemelo, por las costumbres y la recia personalidad, de aquel don Prudencio González, que fué víctima de los infames cuatreros en la hacienda La Mansión, es una propiedad que bien puede rivalizar con esta otra por las grandes extensiones cubiertas de frondosos ocotales que la circundan, por las huertas y los plantíos; y los ganados que pastan en las cercanías o que suben a la montaña. Abundancia de árboles frutales: lustrosos platanares donde revolotean bulliciosas y dañinas cotovías; limoneros y naranjales. ¡Oh, la gloria de las frutas doradas! Naranjas de Honduras; naranjas jugosas y buenas de mi tierra, que son una bendición cuando calman la sed implacable de los largos caminos quemados por el sol; naranjas de los valles y las mesetas de Honduras! ¡Vaya, que pueden rivalizar con las de cualquier país, elogiadas pródigamente en las novelas! Y los frutos que brotan en la espesura, a millares, como un regalo de Dios: moras de encendido color, con las que suelen las muchachas campesinas adornarse los cabellos; arrayanes y sanjuanillos. ¡Flora de Honduras, maravilla de esta tierra nuestra! Posee el bueno de don Salvador, espaciosos corrales para ordeño, muchas bestias de carga y de silla; y una hermosa familia de canes donde se pueden encontrar desde el policía o coyote y algún lejano pariente del bulldog, importados de la capital, hasta los humildes, pero bravíos perros nacidos en la estancia. No es don Salvador hombre muy instruido, pero sí bastante ladino, pues lo que fáltale en letras le sobra en entendimiento y experiencia. Varón de buen sentido, austero y sobrio como fueron nuestros abuelos, en los

tiempos en que el maléfico aliento de las ciudades viciadas con la política de especulación, no había llegado a enfermar de rencor y malicia el corazón de los aldeanos; y éstos no se habían vuelto como hoy, perezosos y lagoteros en las faenas; tenían el valor de meterse en las madrigueras de los tigres a luchar con ellos, cuerpo a cuerpo, y la honradez de trabajar las jornadas completas.

Así como don Salvador Gómez, como don Prudencio González, fueron nuestros abuelos en los campos. ¡Hombres de recia contextura y de alma de diamante por lo clara y por lo firme: varones enteros, fuertes, capaces de arrojar a tierra, de un puñetazo en el testuz, a un novillo enfurecido; capaces de abrir brechas en la selva, a golpes de hacha; y de amar mucho, con un amor entrañable, la tierra bendecida por su propio sudor. Para estos hombres, hurtarse una res o faltar deliberadamente a un compromiso, era imposible. ¡Tiempos de energía moral y de valor físico en que no era dado contemplar esos cuadros repugnantes de vicio, miseria y pereza que nos ofrecen hoy nuestros campesinos y que deshonran el esplendor maravilloso del solar nativo! ¡Cuadros de abulia, de renunciamiento y de hábitos degenerados, que vamos encontrando a lo largo de las carreteras o de los senderos y que causan tanto dolor como en las poblaciones donde imperan la desvergüenza y la intriga! ¡Tierras muertas de Honduras, aldeas y villorrios adormecidos bajo el benigno sol! ¡Tierras de promisión...! ¡Tierras irredentas de Honduras...! ¿cuándo llegará el día de las ópimas cosechas?

Y era la noche serrana...

La maravillosa noche serrana en la que bajan las estrellas a dormirse en el inquieto pinar y nada turba el silencio melancólico; acaso un remoto ladrido; acaso la señal de los pájaros agoreros y perversos; hasta que viene el *lucero chilatero,* anunciando el día y resuenan alegrísimas dianas en la inmensa distancia.

Era la noche serrana, fresca, llena de aromas enervantes, ardiente de luceros. Don Salvador hablaba con aquella su serena y reposada voz; en la semipenumbra reinante en el co-

rredor, apenas se distinguían su boca y su barba entrecana. Levantaba la mano con lentos ademanes. Todos le oíamos. Varios aldeanos vecinos y mozos de la estancia formaban el corro. Y las hijas o parientes del estanciero... entre ellas Ana María! ¡Ana María. Cómo se llena de miel el corazón al evocar su nombre!

—Cuando los infames cuatreros bajaron a los valles, desde el confín de la sierra, de más allá del Horno, de más allá de Lamaní y vinieron a acuartelarse en *"El Peñón del Diablo"*, yo estaba entre la gente de La Mansión. La noche que nos atacaron ví caer a don Prudencio, herido en la frente; y a la Consuelito, cruzarlo en la silla y lanzarse así, a campo traviesa, en medio de las llamas y de las balas, hacia la torrentera. Yo estaba caído con un balazo en el hombro derecho y otro en la pierna, a pocos metros de distancia. La luna era roja, espantosamente roja y grande ¡era luna llena! Y estaba tan roja como en los días en que la llamarada de las quemas arde en los bosques...

Antes, cuando abundaban los cauceles en estas cercanías, yo fuí con mi padre y el tío Juan a cazarlos, con rejón. Acosado por los perros, seguido de cerca, el animal se refugiaba en la madriguera y hasta allí llegábamos nosotros tras él. La luz vivísima de los hachones lo cegaba instantáneamente y entonces lo acometíamos. Más de alguno dejó el pellejo en las uñas del tigre, que son largas como dedos y peligrosas como un cuchillo bien afilado. Encontrábamos animales hermosísimos, pero ¡qué condenados más bravos! Los gritos que daban hacían temblar la montaña. Se les oía desde inmensas distancias y en la noche, cuando los coyotes aullando en manadas rondaban los corrales, de repente un sonido largo, agudo, espantoso, nos ponía los pelos de punta y hacía huír a los perros con la cola entre las patas. El abuelito Simón mató infinidad de tigres, a rejonazos; cuando murió, yo heredé las pieles que están allí colgadas. Había varias que se hubieran vendido por un dineral.—

A lo lejos, en la noche serena, se elevó de pronto un aullido taladrante. Los perros se incorporaron rápidamente con las orejas rígidas. Don Salvador continuó:

—¡Coyotes! Uno que otro anda rondando en los potreros. Si se ha quedado alguna ternera afuera, peor para ella. La correrán hasta hacerla pedazos. Hoy ya no infunden miedo los coyotes. No valen la pena. Hace todavía cinco años, a estas horas teníamos una verdadera retreta de esos condenados animalitos. Llegaban hasta las *trancas*, hasta aquí mero, a los corredores; y eran no una docena, ni dos, ni cuatro... eran cientos, eran miles, infundía pavor ver las manadas y rompían los oídos aullando durante toda la noche. Son animales cobardes; al primer disparo salen huyendo como almas que se lleva el diablo. Sin embargo, a veces resultan algunos muy osados. "Sultán" ha matado varios ya, cerca de los corrales de ordeño.—

El viejo acarició suavemente la hermosa cabeza del soberbio mastín que echado junto al taburete de su amo movía la cola en señal de regocijo.

—"Sultán" es uno de mis grandes cariños. ¿Saben ustedes por qué? Pues porque a él le debo la vida. Cuando, hace cuatro años, dos salteadores de caminos me dejaron por muerto, acribillado a balazos, en la orilla de la *Laguna Encantada*, este perro, que entonces estaba pequeño, después de aullar junto a mí con un sentimiento que partía el alma, porque parecía humano, vino a la casa y a fuerza de correr como loco y dar tremendas voces, llamó la atención de los mozos, quienes lo siguieron hasta encontrarme. Llegaron a buena hora, pues en los ratos en que yo volvía de los desmayos distinguía a los zopilotes formar grandes círculos sobre mi cabeza. Por este triste recuerdo yo voy con poca frecuencia al "Lago donde las hadas cantan", a pesar que desde niño me siento atraído por ese sitio tan pintoresco y tan lleno de leyendas.—

La maravillosa noche de la sierra había caído por completo. El lamento de los grillos rompía la calma reinante... Allá lejos, alguna jauría sorprendida ahuyentaba con sus ladridos poderosos a los animales invisibles. El cercano pinar y

la espesura fragante se llenaban de mil ruidos diversos, inexplicables, extraños cuchicheos: sofocado aletear de aves refugiadas en los nidos, fuga de liebres bajo los matorrales, caída de hojas, crujir de ramas secas; ruidos apagados, miedosos... ¡quién sabe! algún animal nocturno que se pone en acecho... algún ave que se sacude el plumaje... algún salteador de caminos, huyendo de la justicia, que espera el momento en que se apaguen todas las fogatas para internarse en la crudeza... ¡quién sabe de qué están hechos esos mil ruidos diversos que en las altas horas nocturnas llegan al oído despierto y mantienen los nervios exaltados, llena la imaginación de espantosas visiones, como si una ronda fantasmal, surgiese al dorso de la montaña, bajo el cuerno amarillo de la luna menguante!

Y de codos en el blando lecho de hojarasca, escuchando la respiración tranquila y el estrepitoso roncar de los campesinos que dormían en el cuarto inmediato, yo no podía conciliar el sueño, pensando en aquella Consuelo que atravesó con el sangrante cuerpo de su padre la tremenda barrera de llamas... pensando en aquellos abuelos que acometían a los tigres, armados de una tea y un chuzo con punta acerada, en sus propias madrigueras... pensando en aquellos rebaños de animales hambrientos, hermanos bastardos de los lobos que aparecen en las novelas de la estepa; pensando en don Salvador, moribundo, mientras "Sultán" aullaba fúnebremente y las aves de rapiña trazaban bajo el azul, siniestras figuras geométricas; y en aquella *Laguna Encantada,* aquella laguna misteriosa, de la cual se hablaba tanto en la estancia. "El lago donde las hadas cantan, parece de cristal" había dicho Ana María ¡Ana María! ¿Pero, sería verdad todo ésto? esa novelesca historia de la amazona de *La Mansión* ¿se verificó algún día? ¿es positivo que nuestros abuelos campesinos mataban tigres a rejonazos? ¿es este don Salvador el héroe de un capítulo folletinesco?... y ese "Lago donde las hadas cantan" ¿qué cosa es? Pero Ana María habló de él. Ha de ser verdad que existe. Así como es verdad que Ana María existe y que es bella, con una belleza triunfante, como si fuera el alma viva, carnal, risueña, de Honduras; como si fuera la imagen de nuestra Máter Naturaleza... ¡Oh, ha de ser cierto... todo ha de ser verdad...! así como es verdad que yo estoy enamorado de esta belleza aldeana, rústica, de esta Ana María del Lago de Cristal donde cantan las hadas!

II

Las gentes del contorno sentíanse atraídas hacia la casa de don Salvador y al caer de la tarde, después de la oración, iban arribando mozos y mozuelas inquietantes, estas "mozuelas de Honduras, donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras", hasta formarse una alegre tertulia donde se mataba alegremente el tiempo, mientras era la hora en que daban el toque de silencio en las viejas ciudades. Escuchábase al patriarca de la estancia relatar las aventuras de su luchada juventud y los encuentros sangrientos que se verificaban día a día con las bandas de salteadores; se narraban cuentos de camino y jocosas historietas de aparecidos, en las que intervenían siempre el *duende,* la *sucia;* y se decían adivinanzas y chistes. Acudían mozas cantadoras y el rasgueo de la guitarra vibraba extraña y sugerentemente en el melancólico silencio. La copla andaluza, el pasillo y el bambuco, resonaban en las claras voces de los aldeanos. Parecía una fiesta de charros o de gauchos bajo el cielo de Honduras. Porque de aquellas gargantas fluía a veces doliente y plañidera, a veces jubilosa y triunfal, el alma de América, pero no el alma nuestra, el alma nacional, el alma de Honduras. ¡Qué triste cosa es tener que recurrir a la expresión ajena para decir nuestra inquietud, nuestros amores, nuestros celos, nuestra angustia o nuestro placer! La música de los pueblos americanos, la nota heredada del antepasado común, resuena en el nativo solar como en tierra hermana, como en tierra gemela. Pero Cuba tiene sus bambucos, México sus adelitas y sus jarabes, Venezuela el yaraví, Argentina el rumor misterioso y legendario de sus pampas. Esas son las voces íntimas, las voces familiares, el grito del cielo y la tierra únicos; y Honduras no sabe hablar con esas

voces propias, a pesar de cómo palpita en ella, en su entraña virgen, la emoción maravillosa. Ese gran poeta del alma popular no ha encontrado un acento en que se concrete y resuma toda su inquietud, su melancolía, su virilidad. Y de las cuerdas vibrantes de la guitarra no brota el són hondureño, ni de las gargantas argentinas surge el canto hondureño, sino el acento importado, que por ser siempre de nuestra América, o de la madre España, es maravilloso.

Ora una voz robusta cantaba con singular entonación amorosa:

"Asómate a la ventana,
¡ay!... ¡ay!... ¡ay!...
Paloma del alma mía
que ya la aurora temprana
viene a anunciar el día".

Ora iba desfalleciendo la música del dulce y triste instrumento, mientras la voz cristalina se moría en un sollozo. Cierta noche, uno de los jayanes cantó con inmensa y honda emoción el "Cabaio Baio". Había tanta pasión, tanta tristeza, tan profundo era el silencio de los campos bajo el manto tenebroso de la noche, que las notas plañideras nos llenaron de lágrimas los ojos.

Ana María también cantaba ¡y qué bien! ¡Ah, recuerdo su figura sugestiva en aquel maravilloso teatro donde la naturaleza pujaba en todo su esplendor, y ella era la encarnación de la naturaleza! En las tardes cantaba, sólo para mí. Abrazada amorosamente la guitarra, sueltos y húmedos los cabellos donde esparcían su penetrante fragancia los claveles, brillantes los ojos y luminosa la boca de tanto sonreír, punteaba delicadamente las cuerdas tensas mientras su voz, en la que temblaban velados ardores, se elevaba como una gloria de trinos, bajo el magnífico azul. En medio de los pinos, levemente agitados por el viento, aquella voz subía hacia el infinito, hacia lo alto, como un sursum prodigioso. Ante ella, extasiado frente a su belleza rústica y fragante, contemplando su encendido

rostro y sus carnes limpias, olorosas, firmes y morenas, yo pensaba en Honduras. Esta muchacha, así vibrante, así sana, así ingenua, así ardiente, era la imagen de la patria. La imagen viva, llameante, triunfadora, de la patria. No esta Honduras macilenta y demacrada, que ya parece una anciana que se agobia bajo el peso de inmensas congojas, en el camino de la vida, sino una mujer joven, pletórica de savias, bella, dominadora y musical. Así debe ser esta Honduras nuestra. Arrojar los trajes exóticos con que el desvarío de las generaciones la ha vestido; arrojar esa costra de convencionalismo, de formularios y etiquetas pegadas con acompañamiento de rimbombásticos lirismos, en nuestra corteza desnuda; limpiarse de todo eso que la hace parecer lo que no es y que le arrebata su personalidad. Y ser como esta muchacha campesina; ser ella y no cual las demás; darse un baño lustral y surgir fuerte, pura y triunfal, con la música y la poesía de su tierra, de su cielo y de su fecundo vientre; con el aroma de sus florestas y el grito pujante de su vigor.

¡Canta, canta, Ana María, canta más, que en ti oigo cantar a mi patria!

Y estábamos así, bajo el vuelo de las nubes inquietas como las mujeres, en medio del pinar, a pleno sol, a pleno viento, a pleno cielo. Cuando ella cesaba de cantar yo recitaba versos, los versos que acudían a mi memoria para ella; lejanos recuerdos que en el alma dejaron su polvillo de ilusión. Porque, aunque Ana María viva en el campo, es inteligente y estudió hasta el quinto grado en un colegio de la capital; y además de eso posee un espíritu avisor, que se emociona fácilmente, que se doblega al calor de la palabra henchida de pasión. Y ¿acaso las mujeres han dejado de ser un poco románticas?... hasta las más imbuídas en las teorías modernas y pragmatistas ¿no conservan aún cierto añejo sabor romántico?

"Tus ojos son como los lagos de mi tierra
en donde vuelca todo su luminar la luna,
tu párpado es el alba que cuando se abre encierra
en tu pupila clara la luz de la laguna"...

. . . . . .

"Tus dedos como lirios esbeltos de mi sierra
la sierra ¡madre excelsa de mi melancolía"!. . .

—¿Por qué la llama "madre excelsa de mi melancolía"?
—Ah! Ana María. . . los poetas. . . una de las características del poeta es ser melancólico o fingirse melancólico, hasta cuando su misma naturaleza lo impele en sentido contrario.
—Entonces, ¿no son sinceros los poetas?
—No siempre, Ana María, no siempre. . .—

"Péscame una sirena, pescador sin fortuna
que yaces pensativo del mar junto a la orilla;
propicio es el momento, porque la vieja luna
como un mágico espejo entre las olas brilla".

—Estos versos los escribió un paisano tuyo, Ana María. Se llamaba Juan Ramón Molina. No le han erigido estatua aún, porque tú sabes, el Estado no es suficientemente rico para levantar estatuas a los poetas.

"Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd.
Ellas me han dicho que conmigo sueñan,
que me harán inmortal si me amas tú".

—¿Por qué lo entristecen tanto esos versos?
—Ah! Ana María. . . me recuerdan una hermana muerta hace muchos años, cuando éramos pequeños. Ella siempre los recitaba. Están en un libro que se llama "María". Cuando regrese a Tegucigalpa te lo enviaré para que leas.—

Y más versos, pero versos sin complicaciones, donde vive una poesía desnuda y radiante que penetra a lo más íntimo del alma por su sencillez exenta de artificios y soberbios ropajes.

III

Se hablaba mucho, diariamente, de la *Laguna Encantada* o, del "Lago donde las hadas cantan"; y el deseo de conocer semejante prodigio despertó con ansias implacables en mi sér. Don Salvador habíame dicho: es una extraña laguna blanca que está situada abajo, entre esta meseta y la montaña. Es pequeña, pero profundísima. Jamás se ha bañado nadie en ella, porque se asegura que quien se atreva no volverá a salir. Dicen que está *embrujada*. No tiene ningún afluente ni desaguadero visibles. Pero lo más raro de todo es la extrañísima música que se escucha al acercarse a ella. No es el canto de los zenzontles o de los jilgueros, porque cuando están trinando sus voces se distinguen claramente, sin confundirse con la música del lago. Es como sonido de cristales que se rompen; como un rumor de cosas frágiles, delgadas, que se rozan.

En ciertas horas parece que un verdadero enjambre de pajarillos se hubiese refugiado en las orillas de la laguna, pero se busca, se busca y nunca se ha podido ver ni un ala, ni una pluma. Yo estuve allá una noche, en luna llena, y a pesar de que no creo en las historias que se cuentan, sentí un miedo espantoso. Y apostaría a que ví sombras ligeras, apariciones blancas; fantasmas. . . mientras una música verdaderamente dulce, una música que produce desvanecimientos de tristeza, me llenaba los oídos. Regresé temblando, pues oí claramente distintas voces y risas y hasta ruido de besos. En fin. . . ya no sé qué decirle, pero le aconsejo que no trate de conocer la *Laguna Encantada*, porque recibirá una impresión muy fuerte.—

Pero en mí había despertado el tremendo deseo de conocer aquel lago de cristal donde las hadas cantan, como había dicho Ana María. Aquel lago de cristal donde indudablemente venían a celebrar los sátiros una fiesta loca, mientras el inmenso Pan tañe su jocundo caramillo en la fresca sombra del pinar; y a donde acudirían también las ninfas de carnes blancas y róseas a bañarse en las ondas transparentes para ser sorprendidas y violadas por los sátiros cornudos bajo el rumor

de la arboleda. Aquellas risas, aquellas voces, aquel murmullo de besos que oían los aldeanos era eso... sí, eso era. Y la música, la música enervante, dulce, que causa desvanecimientos, era el són de las flautas que tañían los silvanos ocultos en la fronda. ¡Oh, fantasía! ¡Oh, las mitológicas fiestas de los dioses paganos, bellos, fuertes y rítmicos! De los dioses que fueron de mármol y alabastro. Yo iría a sorprender a Pan, musicalizando con su carrizo la selva hondureña; iría a ver la ronda de las ninfas, ebrias con el salvaje aroma campestre y el dulce acento de las flautas. Iría a oír gritar ¡Evohé! ¡Evohé! ¡Pan! en el desenfreno de las danzas eróticas... y una tarde propuse a Ana María fugarnos hacia el Lago de cristal...

"Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd".

le dije sonriendo y ella no tuvo miedo y aceptó.

¡Maravillas... maravillas de estas frondas, de estos pinares, de estas selvas nuestras! ¡Maravillas de Honduras, que apenas conocemos y que no amamos! ¡Madre Naturaleza colmada de sorpresas!

La *Laguna Encantada* estaba allí, a nuestros pies. Cogidos de las manos hicimos el descenso, pues el depósito líquido está escondido en un profundo seno y para llegar a la orilla hay que seguir un sendero difícil. La montaña principia allí mismo: soberbia, pujante, con abismos y eminencias, repleta de árboles, pletórica de jugos y savias, enguirnaldada de orquídeas y gallinazos; dueña de la recóndita armonía de los riachuelos que al llegar al borde de las cortaduras se tornan en magníficos torrentes; ofreciendo una vegetación lujuriosa, furibunda, llena de los matices más vivos, que son gloria de la creación; de las flores con pétalos aterciopelados y aroma embriagante; de los pájaros más raros, hermosísimos ejemplares de belleza. Y la extraña laguna está allí, a la sombra de los pinares, robledales y bambúes; desconocida, misteriosa, irrevelada.

No es azul como ese prodigio de Honduras que se llama El Yojoa. Las aguas de este pequeño lago ofrecen un inexplicable color lechoso; pero son límpidas, transparentes. Semeja un ópalo colosal. Lo forman dos círculos perfectos, totalmente cerrados: el primero, exterior, donde se ven las puntas de los árboles que fueron derribados durante los ciclones; en medio un anillo de juncos verdísimos, siempre lozanos; y otro círculo de aguas más profundas, más límpidas. Ningún afluente ni desaguadero visibles. La laguna está sola y quieta; dormida e insospechada, al pie de la montaña que eleva sus picos agresivos hasta el plafón turquí.

Caía la tarde. Una música sutil, acariciadora, enervante, me llenaba los oídos, me llenaba el corazón. ¡Música de mis florestas vírgenes, música de mis florestas umbrías, que ningún poeta ha recogido e interpretado en el estro sonoro! ¡Música del viento en el pinar melancólico y obscuro; música de zenzontles y jilgueros; música de los seres que desfallecen de amor en el lento atardecer; música de flores y pomas gloriosas; música del lago de cristal donde las hadas cantan... y, ella se rindió en mis brazos cuando todas las cosas ardían en el fuego milagroso de las estrellas!

Música arrulladora de Ana María.

Al día siguiente, reunida la familia cabe la mesa rústica, a la hora del yantar, decía don Salvador:

—Pues el lago de cristal donde las hadas cantan...

Contemplando el rostro encendido de Ana María, lo interrumpí.

—Ya no se llama así.

—Y entonces, ¿cómo?

—Se llama el Lago del Himeneo.

Y la miraba, la miraba... y ella reía, reía como "una chiquilla a quien le hiciesen cosquillas"; reía nerviosamente, jubilosamente, en la gloria de su juventud, henchida de aromas, pletórica de savias.

EL GRUMETE

VIAJABAN durante la noche. Cuando la luna aparecía regando en la masa negra del mar un polvo de luz, la goleta levaba anclas, separándose silenciosamente del muelle, mientras sonaba la voz dura y breve del Capitán, impartiendo órdenes y la marinería se movía sobre el pequeño puente, recogiendo las amarras, en tanto que los pasajeros iban acomodándose, trabajosamente, en los escasos camarotes.

Tres horas después de anochecer, cuando un silencio de congoja pesaba sobre el puerto donde los ojos soñolientos de la luz eléctrica luchaban con las tinieblas y sobre la enorme superficie oscura de las aguas casi quietas, agitadas apenas por leves estremecimientos, "La Gaviota", goleta que hacía servicio de cabotaje, izaba sus blancas velas y empezaba a deslizarse sin ruido, mar adentro.

El viaje entre puertos cercanos se verificaba conforme a itinerario fijo, dos veces a la semana y duraba, regularmente, toda la noche. Envuelta en sombras profundas avanzaba la goleta, cual fantástico galeón; su proa rompía audazmente el compacto oleaje, produciendo extraño rumor de desgarramiento doloroso; parecía que el monstruo Océano se quejase de aquel agredir constante de sus flancos y tras la nave, el ancho y largo camino de espuma, era como un río de sangre mitológico. El murmullo pesaroso del Océano rodeaba a "La Gaviota", a ratos, hondo y grave, ora amenazador y rebelde. Diríase que la masa enorme iba a cansarse de sufrir la invariable acometida de la quilla y en un arranque de bestia resignada se sublevaría arrojando la rabia contenida durante muchos años; se tragaría a la veloz embarcación, en la negrura de la noche, bajo el ala tenebrosa del misterio.

La tripulación jamás temía que esto sucediera. Hombres rudos, hombres fuertes, hombres de madera dura como los

palos de "La Gaviota" y de temperamento recio, como la peña donde la marea bate sin fatiga, aquellos marinos se metían en la boca negra de la noche, ajenos a toda preocupación. ¡Bah, que un nativo de las islas, pensara jamás en sentir miedo! Ellos no temían al mar, porque el mar era su amigo de la infancia, de la adolescencia y de la triste vejez. Al nacer, sobre su mísero jergón, bajo el follaje rumoroso de los altos cocoteros, la primera canción que sonaba era aquella del mar: pujante, rebelde, con estrépitos ensordecedores, con hórridos bramidos, en las horas de la alta marea. Suave, melíflua, acariciante, profundamente melancólica, cuando el monstruo estaba quieto. Sus oídos se acostumbraban a ella, porque día y noche, mañana y tarde, bajo el ardor del sol zenital y bajo los plenilunios, sonaba siempre. Pegados al materno pezón, la brisa marina, saturada de saladas y vigorosas fragancias les acariciaba el rostro y les nutría los pulmones—y así fueron creciendo: el pecho amplio, el torso musculoso, los brazos y las piernas atléticos, la cara curtida por el sol y por los vientos, contemplando el milagro de los amaneceres y de los crepúsculos sangrientos que tiñen con una púrpura trágica la superficie móvil de las aguas. Apenas podían andar sobre la movediza arena, era llegado el día en que, al amor de las velas, verían alejarse la costa nativa y el alto penacho lustroso de las palmeras, bajo las cuales se meció su cuna.

Treinta hombres formaban la tripulación de "La Gaviota". Altos, rudos, musculosos. El capitán Brown, moreno, curtido, de mirada dura, con unas manazas de acero y un genio, a veces, terriblemente agrio; el cocinero, bajo y pesado y el grumete, muchacho de quince años, de rostro expresivo, blanco, ojos azules y soñadores, espíritu inquieto, de pájaro marino.

II

Se habían hecho a la vela, como siempre, ya caídas las sombras; tranquilos, ejecutando casi mecánicamente las maniobras del zarpe. Los pasajeros apenas eran veinte; la mar

estaba quieta aunque la noche era obscurísima y con amenazas de temporal. Un hecho, casi insólito, nuevo, tenía al Capitán Brown de codos contra la barandilla, fijos los ojos en el negro vacío, dura, más dura que de ordinario la mirada; agrio el genio como jamás lo había estado. Entre los pasajeros venía una mujer, una mujer casi adolescente, que era todo un prodigio de belleza y que el rudo marino amaba desde hacía algún tiempo, después de haberla visto una tarde que bajó al puerto y de haberla hablado, casi temblando, él que se reía del Océano, recibiendo una mirada despectiva que fué a clavársele muy hondo como fiero arponazo.

En "La Gaviota" era un hecho insólito la presencia de una mujer joven, bellísima, delicada. Por lo regular sólo viajaban en ella personas humildes hechas a sufrir todas las incomodidades de la travesía: mercaderes ambulantes; individuos que iban a aventurar, etc., etc.; la gente rica buscaba otras embarcaciones menos veloces, pero más grandes, con más camarotes. Por eso, el hecho produjo algún estupor en aquellos marinos rudos y el cocinero, grotesco y burlón, sentenció... "¡Mujeres a bordo... mala noche!"

Graciela, tranquila y confiada, viajaba con su padre llamado urgentemente para atender a una hermana agonizante. Ajena al peligro que para ella significaba la presencia de Brown cada vez más sombrío y amenazador, la joven iba en la proa hablando distraídamente con el grumete, quien bajo el cielo negro sentía subir en su alma una extraña inquietud, una sensación nueva y rara; algo como una marea siempre creciente lo invadía; tenía en los ojos un desusado fulgor y en los labios algo dulce, algo embriagante, algo diferente del sabor salado de la brisa del mar.

Juan, el grumete de "La Gaviota" jamás había tenido cerca de sí a una mujer bella y joven. No sabía qué era amor. Sus ambiciones no habían sido otras que ordenar un día con voz seca y breve, desde la cabina, las maniobras de la goleta. Sus anhelos nunca fueron otros que viajar constantemente al amor de las blancas velas desplegadas; retornar, de tarde en tarde, a la isla nativa; subir por el tronco rugoso de los cocoteros y

morder la sabrosa pulpa de sus frutos; meterse, desnudo, en las aguas glaucas y profundas y recoger caracolillos rosados por las playas. Nunca bajaba a los puertos porque le repugnaba su aspecto sucio y el olor a aceite que reinaba en su atmósfera. Apenas había visto el muelle, las bodegas y las ferrovías sin darse cuenta de otra cosa, y hoy despertaba su juventud, su juventud henchida de sol y de mar; su espíritu de pájaro bohemio se expandía; bajo sus pupilas soñadoras y azules pasaba un tropel alucinante de ciudades y de puertos congestionados de mástiles, de trenes lujosos y de luces radiantes; y, mientras Graciela, con voz reposada, le hablaba de las poblaciones del interior, en el camino de espuma que surgía al paso de la nave, al abrirse las aguas, Juan veía un desfile interminable de mujeres rubias, blondas, suaves, como aquella que, cual una fantasmagórica visión, cual una encarnación de Anfitrita, estaba a su lado, bajo la copa tenebrosa de los cielos amenazadores.

El ensueño era magnífico... ¡mujeres... mujeres... mujeres...! un grito ronco y un puntapié lo despertaron... ¡A tu puesto, bribón... hay que bombear porque el agua nos traga! Juan vió, como alucinado, erguirse ante sí la figura alta y negra del capitán Brown, envuelto en su capa de hule; hosco, amenazador, con sus manazas de acero prontas a descargar.

III

"La Gaviota" había sido sorprendida por un violento temporal. La lluvia batía furiosamente sobre su maderámen y sus velas. El motor trabajaba con gran dificultad; un continuo ronquido anunciaba su cansancio. La embarcación apenas avanzaba incapaz de romper el compacto y rugiente oleaje. Los pasajeros, pálidos y nerviosos, rezaban o hallábanse sumidos en el mutismo; los hombres de la tripulación mojados hasta los huesos, impasibles y duros, haciendo su faena. Arriba, cielo negro—abajo, mar embravecido. ¡Perdidos en la inmensa y trágica soledad!

Brown contemplaba fieramente el desastre de su embarcación. No tenía miedo. No le importaba morir. Una cólera sorda le poseía. Amaba con cariño tosco, pero leal, su barco y estaba convencido de que sólo faltaban minutos para que ambos se hundieran en el negro brocal. De pronto, sus ojos relampaguearon de ardor y de odio. Había visto a Graciela... Moriría, pero antes aquella mujer iba a ser suya. A su amor despreciado, a sus ansias brutales, se unía el pesar de perder su barco y la furia que esto le proporcionaba. Ella había sido un mal augurio... ¡Maldita mujer... ya le enseñaría a reírse de Brown!

Un pensamiento oscureció su cerebro y de un solo trago vació media botella de aguardiente. Con paso vacilante dirigióse hacia Graciela. Ella lo vió llegar y tembló creyéndose perdida. El barco daba continuos y bruscos cabezazos; el timón fue abandonado por inútil y el agua penetraba por las escotillas. No había remedio, estaban perdidos.

Ebrio de coraje, de deseos y de licor, Brown arrastró a Graciela hacia su camarote. El padre de la muchacha había caído fulminado por un rudo golpe de las manazas de acero del capitán. En la confusión espantosa del último momento nadie podía auxiliarla y Brown repetía: ¡Moriremos... moriremos todos, pero serás mía antes! Cuando sus brazos musculosos rodeaban el talle de la joven y ésta veía inclinarse hacia ella la cara convulsa y negra del marino, Brown lanzó un alarido de bestia herida y se desplomó arrojando una tremenda blasfemia. ¡Mal rayo te parta... condenado grumete! Juan acababa de herirlo en la espalda.

Atento, febril, fijo en todos los movimientos del capitán, el grumetillo de los ojos azules y soñadores quiso salvar a la mujer que, con su palabra cálida, había puesto ante sus ojos alucinantes espejismos, en la alta noche tropical... ¡a la primera y única mujer que amaría en su vida! y su mano no tembló al hundir la hoja tajante en la férrea musculatura del marino.

La última hora era llegada. "La Gaviota", con las velas abatidas como alas rotas, se hundía lentamente. Un coro de gemidos e imprecaciones respondía al grito del mar. Tranquilo, resignado, el grumete sumergíase con su nave, contemplando a la mujer rubia que yacía desmayada en sus brazos; y cuando el agua lo envolvió besándole el cuerpo entero, cerró los ojos soñando... soñando... mientras la canción formidable arrullaba su agonía, como meció su infancia, bajo los altos cocoteros, frente al mar soberbio y polifónico.

LA TEMPESTAD

RUGIA el trueno abarcando la inmensa sábana de los cielos blancos, impenetrables, dejados del generoso azul. Una lluvia recia golpeaba desde varias horas la tierra, convirtiendo los senderos en barro pegajoso y rojo. Los árboles doblegaban sus copas enhiestas bajo el vendaval furioso. A veces, dando la impresión de un gran látigo que se desenvolviese silbando, cruzaban el espacio las descargas eléctricas que saturaban la atmósfera con un acre olor. Pequeñas y humildes, diríase que las cincuenta casas de la aldea se encogían de pavor ante los elementos desencadenados. Los arbustos que protegen con su sombra el interminable camino aparecían despedazados, con las ramas en tierra, roto en dos el tronco que se erguía ufano, mostrando una deplorable profusión de astillas. Ruidosamente caían las frutas arrancadas con violencia de enmedio de los follajes. La sabana era una inmensa charca. El cielo blanco... blanco e impenetrable; cruzado por masas negras donde zigzagueaba la luz violácea seguida del rugido de los truenos, semejante a un pavoroso rompimiento de las montañas. Agua... más agua sobre el campo estremecido, sobre los senderos convertidos en barro, sobre las casas... el temporal no había amainado en su furor. Cielo blanco...nubes negras. Un rayo latiguea encima de los pinos enhiestos y se rompe en dos, buscando la tierra, el gigante de las florestas. Los quebrantahuesos y los zopilotes se han acobardado y enjutos los remos dejan pasar la tormenta, refugiándose en el nudoso ramaje de las encinas, esponjando a veces las plumas brillantes. El oído alerta percibe los lejanos derrumbamientos de las canteras y el bramar poderoso de los toros que se hermana, en el eco, con la voz del infinito. Hombres y bestias se encogen, se empequeñecen, medrosos, por su debilidad ante la tormenta que ruge y silba; que desgaja y rompe; que pasa mugiendo sobre la campiña hasta

perderse en el horizonte lejano; que aúlla una canción desesperada enmedio de las oscuras arboledas. Cielo blanco... una nube se rasga y la descarga latiguea impregnando de sofocante olor de azufre el pávido vacío... las intrépidas exploradoras de las grandes cuencas azules buscaron refugio en la floresta... muge la tempestad y, bajo los setos fragantes, arrullan las palomas silvestres.

El cielo ingrávido hasta donde alcanza la mirada a descubrir la serpentina del horizonte vasto tras del cual se pierde el sol, y cae sobre la aldea un manto de tristeza inefable. El cielo ingrávido, quien sabe por qué designios providenciales había desaparecido y en su lugar, sobre la campiña azotada por el vendaval furioso y la lluvia, estaba aquella sábana blanca que no ocultaba nada bueno; y la floresta tranquila, poblada de rumores, de silbidos y de cantos había sido invadida por una legión de demonios locos que desataron las furias de la naturaleza. La tempestad, enseñoreándose de las vastas cuencas, hacía estremecerse a los moradores de San Francisco.

Un hombre existía en el villorrio para cuyo corazón el estruendo formidable de los elementos desencadenados no significaba nada. Era éste Juan José, primogénito de un matrimonio que antaño, veinticuatro años corridos, contemplaron los vecinos de la aldea. Esteban Martínez quiso que el alcalde y el cura sancionaran su unión con la Rubenia, pues aunque en el campo el amor es libre y no necesita de pregones ni casullas, él buscó los términos convencionales y su vida principió desde tal instante en unión con su mujer que le dió cuatro vigorosos retoños. De ninguno se ufanaba tanto Esteban como del primogénito, de aquel Juan José que vendría, con los años, a ser el heredero de la casa y de las parcelas que obtuvo su padre a fuerza de muñeca, cuando él era apenas un *prieto* que se *emberrenchinaba* por nada y que gracias podía andar bajo los cobertizos, sin atraverse a ir más lejos, pues los patos y los *curritos* le daban la voltereta y se quedaba allí llorando horas enteras. Se desarrolló admirablemente el mozo, yéndose a la zaga de su padre por los húmedos senderos que atraviesan la pradera, de norte a sur, de oeste a este; y andando por los

riscos y las hondonadas. Frecuentemente tenía que hacer alto el padre para extraer con suma habilidad las espinas que punzaban la carne tierna del hijo o para ceñir bien la *correa* de los caites que iba dando tormento al empeine del muchacho. No era nada cobarde, pues luego se hizo a la soledad de los inmensos campos y dejó de sentir miedo ante los pitones amenazantes de las reses. Caminaba sin demostrar fatiga y de cuando en cuando deteníase para lanzar piedras a las lagartijas que corrían velozmente fuera de la espesura o para coger margaritas que esmaltaban con sus corolas la ondulante vereda. Con los años y las fatigas Juan José vino a ser el primer jinete del villorrio y a demostrar la pujanza de su brazo golpeando con la azada, sol tras sol, en el cultivo de las parcelas familiares. Esteban se envanecía de su vigor así como de los repetidos alcances intelectuales de que daba pruebas el muchacho, en diferentes ocasiones.

Y se amaban.

Para Juan José no existía en el mundo hombre más valeroso ni más honrado que su padre. Lo sabía, trabajador como el que más, escrupuloso en materia de dineros, amante con su mujer y sus hijos, incansable para las faenas campestres y como *hombre*, capaz de pararse donde se paran los mejores. Una frase dicha en desdoro del autor de sus días y a esconderse el hablador, pues Juan José hubiérale vaciado, sin darle tiempo para encomendarse a Dios, los tiros del *especial*. Tamaños ojos abría el mozo cuando, bajo la ardiente lumbre zenital, poníase a mirar cómo saltaban, recios y duros, en un soberbio juego, los músculos de su padre; lo mismo cuando éste derribaba de un solo golpe certero a los novillos rebeldes o domaba la impaciencia de los potros con su arrogancia de consumado jinete. En las inolvidables noches sentado alrededor de la fogata, muchas veces había soñado Juan José con peligrosas aventuras en el corazón de la montaña virgen, luchando con tigres y dantas, después de cerrar los ojos sobre el materno regazo; y escuchando el relato de las hazañas de su padre, que fue uno de los primeros habitantes de San Francisco y uno de los exploradores más audaces de las crudezas

impenetrables; henchidas de misterios; poblados de alimañas y fieras rugientes; defendidas por millones de lianas que impiden el paso borrando las veredas y que propician en la sombra fragante el ataque de la lengua bifurcada que inocula terribles venenos. Así había venido a ser el padre como un héroe legendario. El cariño del hijo se afirmó notablemente con la vida común, trabajando sin cesar en las rozas y en los plantíos; fatigándose en persecución de las reses sobre las húmedas praderas y afrontando juntos la lucha con los hombres y las bestias, con el vecino que finge afecto y que es, con harta frecuencia, un mortal enemigo que puede convertirse en asesino disparando su escopeta desde la maleza; y listos también para conjurar la cercana muerte cuando una res bravía se enfurece o, durante las temporadas de la montaña, repercute sobre las concavidades abruptas el rugido poderoso de los tigres; el concierto de los aullantes y hambrientos coyotes turba la calma nocturna, mientras el cascabel se desliza silenciosa, cautelosamente, produciendo su rumor peculiar en la hojarasca y la *culebra mica* lanza sus mortales foetazos. Con una vida así los afectos se fortalecen notablemente en el corazón de los hombres, pues nada los une tanto como afrontar idénticas dificultades y peligros; correr la misma suerte; esperar el mismo fin pavoroso; ver salir el sol rompiendo las nieblas que coronan el lejano dorso de los picachos; ver llegar la noche con una lluvia de diamantes en la cuenca imponderable; tener en común el techo, la comida y la fatiga. Recíprocamente, Esteban llegó a mirar con los mejores ojos y a querer con el amor más entrañable de su recia personalidad aquel muchacho fornido y moreno, que era carne de su carne, médula de su médula y sangre de su sangre.

Así se amaban padre e hijo.

II

Rugía la tormenta...

Indiferente a su estruendo, Juan José caminaba, espoleando a veces su cabalgadura, por el camino lleno de barro

rojo y pegajoso. Una legua... dos leguas...! cuánto y cuánto andar sin que terminen esas distancias, ante las cuales los campesinos exclaman: "Allí nomasito es, señor. Una legua bien jalada". Tierra, más tierra, tierra; pasan bosques y montañas; pasan arboledas y plantíos; el sendero se bifurca mil veces; vadéase algún riachuelo crecido con el temporal; huertas... milpas... casas. ¿Hemos llegado? ¡Todavía no! y se abre, en la extensión magnífica y lozana, la ondulante vereda. Se desenrolla como una serpentina oscura encima de las praderas, de los valles recorridos por bandadas de palomas monteses... ¡los valles apacibles donde en las claras noches plenilunares vuelan medrosamente los alcaravanes...! y las mesetas verdes, las faldas calcáreas, el undoso pinar. "Allí nomasito es, señor. Apenas una legua bien jalada" las palabras campechanas del aldeano resuenan como un estribillo irónico, como un malicioso zumbido. Pasan leguas... la tormenta ruge; abaten, buscando la tierra, sus ramas erguidas, los robles nudosos, los pinos de copa fragante; las reinas de las inmensas cuencas azules, huyendo del furor del vendaval, recogen las alas medrosas; bajo los setos arrullan las palomas torcaces. Indiferente al estruendo que se ha armado en la amplitud del espacio, Juan José camina. Y recuerda.

Han llegado a ser indispensables en su vida unos ojazos negros, una bella boca, unas hermosas trenzas castañas, una sonrisa... un rostro. Han llegado a ser necesarios en su vida un par de brazos, un tibio seno, un rítmico vaivén de caderas, un par de piernas morenas, frescas, lozanas; una voz que parece cantara... una mujer: María del Carmen. Aquel cariño se le había metido por los ojos, muy adentro y estallaba en su sangre produciendo un ardor semejante al de los soles calcinantes de marzo. La hija de don Cipriano Moncada concretaba todo el amor de Juan José hacia el terruño nativo. Parecíale que si él guardaba tan hondo y firme afecto al villorrio y a las parcelas familiares, ello era porque a la sombra de los árboles que lo vieron crecer podía encontrar diariamente el remanso apacible de las pupilas de María del Carmen; y tras ella se le

iba la mirada como se fuga tras un milagro de atardecer. Un sentimiento vago que él no sabía nombrar pero que lo enervaba con imágenes risueñas y hacía que una voz suave musicalizara en sus oídos, invadíale con suma frecuencia. Pensaba en el goce de ser dueño de una casa de dos piezas, con amplio corredor, adornada de cubetas donde se luciera ufana la policromía de los geranios y los claveles; una casita alegre y blanca, llena de cantos, llena de ruidos; con muchas aves de corral cuyas dianas sonoras turban el sueño de la mañana... y con María del Carmen. Se extrañaba cuando, al encontrar de súbito a la joven, en una vuelta cerrada del sendero, poníase a temblar y el corazón era cual pájaro loco golpeándole el pecho; y sonreía recordando la delicia inefable que era para él oír la charla de la muchacha; escuchándola veníale a la mente la imagen de los riachuelos que van musitando su canción sobre un lecho de guijarros y arenas brillantes y en cuyas orillas crecen lirios blancos, azules campánulas y margaritas. Caminando bajo el cielo encapotado, en medio del oscuro y fragante pinar, Juan José recordaba...

Hizo alto en una altiplanicie desde la cual se dominaba el panorama completo de San Francisco y púsose a contemplar la extensa sabana verde que moría en una línea indecisa al pie de los remotos farallones. El aguacero había cesado y el viento se iba en fuga loca hacia lares ignotos arrastrando consigo las nubes negras. Gruesas gotas se deslizaban sobre las hojas de los robles. Manchas de azul aparecían en lontananza. La selva húmeda exhalaba un potente y delicioso aroma en ondas de frescura. Juan José miraba absorto el bellísimo paisaje que le ofrecía su aldea ¡bellísimo paisaje, como se encuentran a millares por esos caminos de Honduras! Descendió lentamente y cuando la noche se anunciaba con las sombras que van cubriendo las altísimas guirnaldas de los pinos y el vuelo sofocado de las aves que retornan al nido, estaba el mozo frente a la casa de María del Carmen, volcando el ánfora rústica de sus esperanzas, cerca de la mujer amada que, tur-

bándose un poco, reía discretamente. De los rosales silvestres caía una lluvia de pétalos y el *jazmín del Cabo* saturaba el aire con su enervante perfume.

En el cielo aparecían las primeras estrellas.

III

Celebrábase la fiesta del patrono del lugar. Llegó un cura a decir la misa en la ermita blanca que sólo se abría una vez al año. De muchos lugares inmediatos arribaron feligreses para oír el sermón y la voz medrosa de las pequeñas campanas del santuario provinciano anunció la epifanía. Después de la ceremonia religiosa, dió principio la fiesta profana y trinaron las mandolinas; desglosaron las guitarras rústicas su letanía de tristezas y el acordeón emperifollado impuso su fanfarria. Grupos de mujeres, tocadas con amplios pañolones de encendido color, atravesaban la plaza en todas direcciones. Vestidos de gala, con sus engomados trajes de dril blanco, con camisa de pechera dura y cuello alto, el *ilama o macholoa* adornado con una franja vistosa, los aldeanos se reunían en corrillos ruidosos, bajo las empalizadas de roble o de ocote que se habían levantado a propósito. Cumpliendo su misión, el cabo y los seis soldados estaban atentos para acudir cuando se acaloraban las disputas y el *guaro* vendido sin regateos en el indispensable estanco, impulsaba las manos diestras sobre la empuñadura de los brillantes *cara de gallo*. La fiesta típica estaba en su apogeo. Se bailaba ruidosamente sobre las alfombras de pino fresco que cubrían la tierra; excitados por la fanfarria estruendosa de los valses poblanos, hablaban y reían los bailadores y el murmullo característico de las faldas con muchos revuelos y encajes hacía mayor la alegría. Las hermosas trenzas adornadas con *chongos* alrededor de los cuales lucíanse ufanos claveles, iban meciéndose en gracioso vaivén y cubríase de rubores el rostro de las aldeanas, cada vez que se deshacía en

piropos el alma de los mozos. A veces se daba tregua a la danza para oír una canción que brotaba fogosamente de la recia garganta, mientras los dedos punteaban con delicadeza y soltura las cuerdas rígidas. Gozábase en la fiesta del patrono del lugar. Errantes golondrinas manchaban, piando, las inmensas cuencas serenas... bajo los setos arrullaban las palomas monteses.

Esteban Martínez, a pesar de sus cuarenta y seis años, no era tan apocado ni falto de energías para permanecer ajeno al ruido y, bailando a la sombra de las empalizadas, reverdeció el laurel de sus mejores días de juventud. Destacábase su alta figura y su brazo poderoso que había vencido a los robles gigantes de la selva y que conservaba la gloriosa cicatriz de un zarpazo fiero, rodeaba tiernamente el talle ágil de María del Carmen. Desde afuera, vió Juan José pasar a su padre y a la joven, envueltos en la ola vertiginosa del vals y, repentinamente, un sentimiento maligno le asaltó el corazón. Cruzáronse negras ideas—semejantes a nubes cargadas de electricidad—por su mente. Sintió estremecerse su cuerpo de manera convulsiva y se le erizaron los cabellos mientras gruesas gotas de sudor helado le bañaban la frente. Obedeciendo a un mandato instintivo se le crisparon los puños y comprendió que tenía los ojos inyectados de sangre.

¡El la quiere también...! esta sospecha se dibujó fugaz, pero briosamente, en su conciencia. ¡Sí, él, mi padre, la quiere a ella, a María del Carmen, y la quiere para hacerla su mujer!... No sabía cómo, pero ésto lo pensaba ahora con perversa obstinación. ¿Quién lo dijo? ¿Quién dió la maldita noticia? Nadie. Nadie me lo ha dicho. Nada he oído... pero sé que la quiere. ¡No me engaño! Allí venían otra vez... lanzaba el acordeón un torrente de notas jubilosas, trinaban las mandolinas, gemía la guitarra. Allí vuelven... ya pasan junto a él, frente a sus ojos inyectados de sangre... ¡sus ojos que lanzan miradas homicidas! Ella sonríe mostrando la doble hilera de sus dientes limpios; ríe su boca sana y se le forman hoyuelos mientras se encienden de rubor las mejillas. La va largando requiebros. Eso no lo duda, pues él conoce a Esteban

y sabe que se pinta con las mujeres... ¡y la quiere para hacerla su mujer... su mujer! ¿Cómo no se ha lanzado a arrancársela de las manos? ¿Cómo, cómo hacer eso, si el otro es él? Si no, que si fuera un extraño, ya le habría enseñado a ser más prudente. Y toda la tarde, en la ruidosa fiesta del patrono, Juan José oyó deslizarse la diabólica serpiente hasta que la tuvo enrollada sobre el corazón... le oprimían, le oprimían con rabia sus anillos viscosos...

Después, la sospecha fué certidumbre. Juan José oyó a su padre celebrar con Matías, hombre de su entera confianza, la soltura y el *ángel* de la hija de don Cipriano, envaneciéndose de su aventurada y feliz vida mujeriega. Su padre andaba tras la María del Carmen, y ésta, que nunca dió una respuesta completa al muchacho, no tardaría en corresponder aquel amor. Así raciocinaba el infeliz. Pero... ¿y nosotros?... y la Nana?... y los *prietos?* ¡No, Esteban no haría eso... no podía... no debía hacerlo... no echaría a perder su matrimonio, no abandonaría su hogar después de que había trabajado recio en la montaña y en las parcelas... no era posible que, por un capricho, lo dejara todo y que lo hiriera a él, a Juan José, al hijo mimado... que lo apuñalara de aquella manera!

El carácter de los dos hombres cambió totalmente. Esteban, que antes salía poco de casa y que para reponerse de las faenas le bastaba tenderse en la hamaca a saborear el tabaco de su pipa, solía estarse largos ratos fuera; las cosas andaban en el mayor descuido y se extraviaba el ganado en la inmensidad de las praderas esmeraldinas cruzadas por dos mil senderos. El hijo habíase tornado receloso y huraño. Casi no decía palabra. Jamás alzaba la vista para mirar a los demás; no hacía caso de los niños que lo echaban de menos en sus juegos y si el perro retozaba junto a él, Juan José largábale un puntapié y el pobre animal conmovía la casa con sus lamentos. En la mesa rústica, a la hora del yantar, la Nana y Esteban habían notado ya el estado de ánimo de su primogénito, y en más de una ocasión, el padre, con su entera campechanería, golpeaba las espaldas del hijo, diciéndole:

—¿Qué te pasa, muchacho? Vamos, anímate. Si es que recuerdas a la Lola... ¡qué caramba!... un amor se cura con otro y cuando una vela se apaga cien se prenden... no seas tonto.—

Juan José respondía con una leve sonrisa, mirando vagamente hacia el campo donde pastaba el ganado.

No pensaba en la Lola, una muchacha a quien ni se detenía a ver... no pensaba en ella... María del Carmen dominaba tiránicamente en su vida... pensaba en ella, pensaba en su padre... en aquel tremendo dilema: renunciar a la mujer amada o entrar en lucha con el autor de sus días. Corría el tiempo. El padre estaba alegre, el hijo sombrío.

La joven se percató luego de aquel vivo sentimiento que colocaba padre e hijo en pugna silenciosa y terrible. Tuvo miedo. Una suerte de presentimiento le apretaba el corazón, sofocándola. Ella escuchó deferentemente las ardientes declaraciones de Juan José, pero aunque le era simpático el muchacho, nunca le amó. Cuando díjole Esteban las primeras frases sintióse honda y extrañadamente turbada, pero tuvo la franqueza de recordar al hombre sus deberes para con la esposa y los hijos. Sin embargo, una lucha desesperada alteró su antes plácida existencia. Ella no amaba a Esteban... no debía... no podía amarlo. Se lo gritaba así su sana conciencia. Y, entonces, ¿por qué esa agitación de su sér, por qué esas interrogaciones que volaban como siniestros presagios hacia el porvenir? Sus padres eran ajenos a lo que sucedía. Esteban ignoraba que ella fuese amada también por su hijo. Sólo ella veía la magnitud tremenda y sencilla del drama. Sólo ella y Juan José. La muchacha no sabía qué hacer. Sentíase débil, amenazada; presentía extraños y terribles sucesos. Esperaba que el cielo, vuelto negro repentinamente, se abriese y bramando se desatase la tormenta.

IV

Juan José estaba trastornado. Había visto cómo María del Carmen se dejó besar, una y varias veces, por su padre.

Los había espiado, oculto en la espesura, mientras ellos se entregaban a su amoroso coloquio, bajo los rosales floridos. Y se extrañaba de estar vivo aún. Se extrañaba de que la sangre no hubiese corrido pródigamente... Cuando fué a cenar, Juan José midió a su padre con una mirada horrenda, pero éste, alegre como nunca, no reparó en ello. El muchacho estuvo más callado, más taciturno, más impenetrable. Y apenas terminó de comer fuese al monte.

Era noche cerrada ya cuando la Nana, fatigándose de tanto esperar al esposo y al hijo, se fué a dormir. Era noche cerrada... sólo quebraban el reposo los urgentes ladridos de los perros vigilantes; sigilosa, pacientemente, Juan José esperaba, echado a un lado del camino, dentro de la espesura, como fiera en acecho. Esperaba. Una garra formidable lo había sujetado del cuello y lo tenía allí, el pecho contra la tierra, la mirada febril, el dedo sobre el gatillo del *especial*. Pensaba que si hubiese podido verse a sí mismo, dominando las tinieblas, se habría encontrado horroroso. Creía tener los cabellos erizados... él no tardaría en pasar. ¡El! ¿quién? Sentía miedo de su conciencia y ahogaba la respuesta. Una hora larga... un paso firme sobre el camino... una sombra. Juan José veía fieramente; hubiérase podido decir que en la obscuridad llameaban sus pupilas, como los ojos de los felinos. Veía febrilmente. Sin vacilar hizo fuego. Un relámpago encendió la espesura; resonaron, simultáneos, una detonación y un grito. Luego un lastimoso jadeo y el réprobo, en su escondite, con las pupilas desorbitadas vió doblarse un cuerpo y escuchó una voz que le paralizaba la sangre en las venas:

—¡Me muero!... socorro!... Juan José... muchacho... hijo... me han tirado... ¡Ay!... Juan José... me muero...

La vida se iba a borbotones por el agujero negro y se estrangulaban los lamentos.

—Juan José... hijo... mi *prieto* del alma... tu papá se muere... ¡Ay!... se muere... *matoneado*... la Nana... los muchachos... ¡Ay!... me muero... Juan José, y no llegarás a tiempo... María... Ma... María del Carmen...

En una arcada violenta la existencia se acabó; y Juan José, loco, desatinado, corrió a través de los campos hasta muy lejos; hasta que fueron a buscarlo para darle la tremenda nueva.

Lo encontró tendido en el catre, amortajado con una *manga*, entre cuatro cirios parpadeantes. Tenía un enorme coágulo sobre el corazón y el muchacho vió, horrorizado, en la negra masa sanguinolenta, algunos mechones de su cabellera, de sus largos cabellos de niño que siempre anduvo llevando Esteban, como una reliquia, en el bolsillo del pecho. En un rincón obscuro, agobiada completamente, gemía la Nana. Juan José asistió al entierro de su padre en el abandonado cementerio de la aldea. Tétrico y calenturiento su faz infundía pavor. Y, cuando la huesa estuvo colmada; cuando después de insistir en vano por llevárselo, alejáronse los vecinos; cuando quedó solo junto a la oquedad voraz que se había tragado los despojos, el muchacho estremeció la selva negra con sus lamentos desesperados. Vió a su padre, quince años más joven, llevándolo a cuestas por los infinitos senderos; lo vió cuando velaba junto a la cabecera de su lecho y cuando trabajaban juntos en la montaña. ¡Cómo lo había agasajado con sus mimos, cuántas ternuras, extrañas en un hombre tan recio, le decía; cuántas veces se durmió sobre sus hombros robustos oyéndole susurrar una canción; cuántas veces lo llevó en sus espaldas para vadear los ríos o para librar su planta de los garfios agudos de las zarzas! ¡y... cómo lo sabía capaz de dar mil vidas con tal que su Juan José... que su *prieto* no derramara una lágrima!...

Estaba fuera de sí. En sus oídos, en su alma, bramaba, horrenda, pavorosa, la tormenta. El vendaval rugía. La selva negra estremecíase... el cielo se abría y las descargas estallaban como formidables latigazos en las inmensas cuencas. El trueno rodaba locamente semejante a un desgarramiento de las montañas. Vibra un rayo... se abaten los gigantes de los bosques... se doblan, buscando la tierra, los robles nudosos; los pinos de copa fragante. Ruge la tormenta... brama... aúlla una canción desesperada en medio de las arboledas... gime el

viento en los follajes como en las jarcias de los navíos... la tempestad ruge, brama, aúlla, silba, canta... un formidable huracán esparce la desolación y la muerte en la conciencia del parricida.

El cielo, el bello cielo sereno no se conmovía, indiferente a las pasiones, los dramas y las miserias de los hombres. La noche estaba plena de aromas y ardiente de lumbres. Juan José andaba sin rumbo... desatinado... sobre los riscos bravíos, sobre las praderas; metíase, sin sentirlo, dentro de los arroyos; tropezaba en los guijarros... golpeaban sus brazos contra el tronco de los árboles; sangraba su cabeza herida por las ramas y las espinas... andaba y en su alma rugía la tormenta.

Y era ya media noche cuando quedó tendido, rotos los huesos, despedazadas las carnes en la tremenda caída desde cincuenta metros, sobre los ásperos guijarros. Expirando abrió los ojos para mirar la última vez, la imponderable cuenca serena. Sobre su cuerpo despedazado brillaba, misericordiosamente, la Osa Mayor.

LA LLAMA

LA mañana se abre como rosa blanca en primavera.

—Vea tatita, no hay nadie que se le vaya a la mano a Juan Blas. Dicen que es de pelo en pecho y ya sabe usted el *canal* que le hizo a Cupertino en la vela del finado Manuel Maradiaga.

—No es tan fiero el león como lo pintan, Sebastián. Para un hombre, otro. Vos sabés que Rosarito tiene su *jalón*, que lo es desde el pie hasta la cabeza y no deja sentársele mosca encima.

—Juan Blas los tiene rayados, tatita, y es muy capaz de reírse en las barbas de Alejandro y de los hermanos de la muchacha, porque la quiere; y cuando la llama arde en el pecho uno tiene hígados para comerse al mundo entero.

—Hay que estar prevenido, muchacho. El día menos pensado habrá velorio.

El diálogo siguió con altibajos junto a la talanquera donde se extasiaban burbujeando las aguas del río. Los hombres habían salido muy mañaneros para ganar tiempo en las faenas; llegaron hasta la talanquera siguiendo el caminito raquítico que trenza circularmente al cerro, con los caites y hasta el ruedo de los pantalones bien húmedos, pues la tierra transpiraba deliciosa frescura; goteaba de los robles y encinas una lluvia finísima cuando las telarañas de escarcha se desmenuzaban lentamente; nichos feos y viuditas hacían travesuras en las ramas inquietas de los arbustos y desde la montaña vecina fluía el trino de los jilgueros. Espantados con el ruido de las voces que cruzaban el atajo los conejos y un carpintero suspendía su tlac, tlac, tlac, isócrono, en el tronco áspero del ocote empenachado de verde follaje y lleno de encajes de paste. Un gavilán clavaba gravemente su pupila hipnótica en los dos hombres, con los remos pronto a hender el aire en vuelo vertiginoso, apenas aquellos lo amenazaran en su refugio del esbelto liquidámbar.

—Juan Blas conoció a Rosarito en la fiesta de la Concepción, el año pasado y desde entonces quedó perdido por ella. Desde ese momento principió a piropearla, pero sólo desprecios ha conseguido. La muchacha está chiflada por Alejandro, y Juan Blas las ve negras cada vez que le habla. Pero dicen que es hombre obstinado y donde mete la cabeza nadie lo desvía.

—Los dos son gallos de pelea, Sebastián; porque Alejandro no le hace reparos ni al mismo cadejo. ¡Si mi hijo viviera, ya arreglaría el asunto de la Rosarito!

—Usted tiene que ver por su nieta, tatita.

—¡Ah, si él la viera, muchacho... que gozo había de tener! tan alta, garbosa y retrechera que va por el deshecho blanco, camino del *ojo de agua*, bajo los ocotes. No sé como decirte, Sebastián, pero ella parece un milagro de la Concepción; y cuando canta... ¡me río de todos los jilgueros de Corralitos! ¿No la has oído, muchacho? De madrugadita, cuando llega con el *guacal* en la mano al corral de ordeño y yo la miro acercarse en medio de los pinos, cruzando el guamilal, me figuro estar contemplando una estampa de la santísima Virgen, como la que dejó la finada Petrona junto a la cabecera de mi cama. Me quedo lele y el maldito nuco se pega de la teta hasta dejarla exprimida. Todo ese brío le viene de herencia. Así era su madre cuando moza. En la fiesta de la Concepción no había hembra que le ganara en requiebros y en soltura; de San Ignacio, de La Majada, de Las Flores y del Ojo de Agua, venían mujeres bien aseadas y vestidas, pero todas se quedaban chicas en viendo a la Lola. De veinte caseríos en contorno llegaron a pedir su mano. Mirarla en la ermita, con su falda de zaraza azul y su chal amarillo, era una fiesta y si bailaba... ¡qué gusto muchacho! Un día, en el nacimiento de los Valladares, se metieron el machete los hombres de la aldea por un clavel que mordía su boca. Ahora ya está marchita, pero ha revivido en Rosarito.—

El sol había apurado su carrera y brillaba verticalmente sobre los conos agudos de los pinos donde el viento canturreaba un lánguido són provinciano. Los campos se poblaban con mil ruidos diversos; bandadas de clarineros chillaban espantados por el hondero que guarecido en la champa vigilaba los maizales; chorchas, viuditas, nichos feos y enjambres de pajarillos de todo color y tamaño orquestaban el espeso boscaje; los taragones cruzaban de rama en rama con vuelo elegante y preciso describiendo lindas figuras con su plumaje de brillante azul turquí; ruidosamente, como un gran abanico que se abriera, cien palomas se levantaban de la tierra húmeda, llenando el espacio claro de grave murmullo; y sobre todos los ruidos se alargaba por la espesura el grito estridente de los loros.

—Hemos de merendar, Sebastián... el sol está muy alto.—

Bajo el follaje achaparrado de un arrayán gigantesco que metía su raigambre dentro de la linfa transparente del riachuelo, extendieron los dos hombres la servilleta blanca de flores rojas y desanudando el ancho pañuelo atacaron resueltamente, con apetito de quien ha trabajado de firme desde la madrugada, las pupusas de frijoles fritos y las tazas de caldo gordo que les mandaron para el almuerzo.

—Tomá, muchacho, este pedazo de rapadura... ¡qué hemos de hacer sino esperar que se llegue la oración para ir a casa a darnos la sabrosera con mantequilla rala!

—Tatita... allá viene Juan Blas.

—Que llegue... ¿qué buscará el indino?... ¿Vendrá por camorra?

El recién llegado era alto, vigoroso y magro. El rostro denotaba resolución y la mirada intensa, coraje. Sobre los calzones de dril oscuro golpeaba un esbelto cara de gallo y en el cinturón repleto de cartuchos, asomaba la culata de un winchester 38. Diríase que el sujeto iba armado para entrar en una línea de fuego, aunque su erizamiento belicoso no era sino el usual y generalizado en todos los campos.

—¡Ajá! Juan Blas... ¿se ha perdido el buey milpero?

—¡No hay buey que valga ahora, don Toño! Para mí se han acabado todos los gustos y no tengo ímpetus para trabajar; mis cercas se están cayendo y hasta el rancho se me va a venir encima de repente porque a nada atiendo. Sólo tengo ojos para la Rosarito y ¡lléveme el demonio, pero una vida así no puede

continuar! Usted debe hablarle a su nieta por mí. ¡Yo la quiero... no sé decirle cómo, pero siento que se me ha metido en la sangre y que mis venas van a estallar! Usted es hombre y ha vivido ochenta años... usted sabe que cuando la llama nos abrasa el corazón, la vida se nos va en un decir Jesús. Esa mujer me tienta... me tienta espantosamente, don Toño. Se me ha subido a la cabeza como un vaso de aguardiente infernal, y cuando me mira y se ríe en mi cara de los piropos que le suelto... ¡no sé!... todo lo veo rojo... rojo... ¡sangre... sangre... la sangre de Alejandro, la sangre de Andrés, el hermano que más me odia, la sangre de ella, la sangre de todos! Que me lleve el diablo, pero ya no soporto.—

Jadeaba enronquecido; se le oía anhelar como si lo poseyera el estertor de la muerte; las pupilas eran brasas chisporroteando iras de asesinato; las manos en crispatura fiera, como cerrándose sobre un cuello odiado; el rostro moreno cobraba matiz de ceniza y los labios gruesos temblaban, temblaban. En un arrebato súbito, Juan Blas desplomóse en el barbecho húmedo y resoplando con el estruendo de sus pulmones henchidos de oxígeno se echó a llorar... ¡daba pena en el alma mirarlo así!

—Calmate, hijo... parecés cogido por el Maligno. ¡Carajo! y qué berridos da este pobre. No llorés, Juan Blas... no llorés, hombre. ¡Qué figura hacés! Si Rosario te viera, tendría para celebrarlo durante veinte fiestas con las mozas que vienen a la ermita.

—No diga eso... ¡por el demonio! cállese usted, que si no fueran sus años y sus canas ya me le habría ido encima con el machete.

El viejo se silenció porque temblaron todas sus carnes enteleridas ante la amenaza brutal; y miraban él y Sebastián al hombre abrasado en fuego eterno, revolcarse sobre la grama verde, agitado el cuerpo por convulsiones de locura y epilepsia homicidas. Lloraba... lloraba! ¡Dolía el corazón verlo gimotear! La lluvia caliente de sus lágrimas quemaba la corola de los nomeolvides y el viento retozaba juguetón con sus cabellos hirsutos. Lloraba... lloraba... Allá en las sabanas de esmeralda los novillos escarbaban la tierra y la embestían con sus

cuernos poderosos, levantando cortinas de polvo; y sus berridos se quebraban en los cerros con ulular rabioso. Respondía al grito desesperado del hombre el alarido de la bestia. Una fiebre erótica quemaba la naturaleza bajo el sol de mediodía. Las mujeres sofocaban la languidez del bochorno envueltas en la caricia refrescante de los remansos sombreados de arrayanes, y el ojo de un sátiro aldeano brillaba como brasa en la maleza; pastando distraídamente, las vacas de tímidas pupilas veían con asombro y temor la iracundia ruidosa del toro; chocaban los cuernos bajo el pinar y una bestia se iba a ras del suelo arrojando las tripas mientras su lamento de agonía se alargaba, se alargaba en el viento. Enronquecíase, gimoteando, la voz robusta de Juan Blas... ¡lloraba!

—La llama, hijo mío... la llama te abrasa el corazón.

Y en medio de la selva, los tres hombres asintieron con velada entonación:

—¡La llama!

II

—¡Rosarito, eres un primor... la boca se me hace agua por besarte!

—¡Quite allá, viejo cochino! Váyase a su rancho a que le pongan sinapismos de mostaza y emplastos de manteca de altea, que usted parece un espantajo.

—¡Ah! Rosarito... si me hubieras visto el año ochenta cómo punteaba la guitarra y el acordeón; con qué brillo zapateaba y qué corcovos hacía dar a mi potro alazán... ¡te quedás plantada!

—Calle usted tío Zoto... eso ya pasó. Ahora sólo está bueno para calentar sol tirado en una vaqueta y para que le den faumentos apenas sopla un nortecillo.

—No seas ingrata, Rosarito; acordate que te dormí sobre mis piernas cuando eras apenas ocho kilos de carne trigueña, y más tarde, que ya corrías descalza por los caminos, muchas veces veniste a que te sacara las espinas. ¡Y cuando arriba bri-

llaban las Siete Cabritas yo te dormía cantándote versos de mis tiempos mozos y diciéndote las travesuras de Tío Conejo y Tío Coyote! ¿Te acordás?

—Sí, tío Zoto; por lo mismo usted no debe piropearme. Vamos! Sea bueno y deme aquellos claveles tan lindos que están en los tiestos. Yo le traeré una *cumba* de mantequilla rala, o cuajada fresca y, si no quiere eso, un sartal de rosquillas, que yo misma hice esta mañana.—

La muchacha se alejaba canturreando por el camino tortuoso, llena de garbo incitante y picardía juvenil, con los claveles robados al tío carcamal.

Se acercaba Nochebuena y Rosario vivía afanosa recogiendo flores y monte para hacer un nacimiento. Cruzaba los senderos con su paso menudo y ágil; y su falda azul y su delantal se llenaban de margaritas, alelíes, nomeolvides y siemprevivas.

Llegábase a la orilla de los riachuelos para cortar lirios o iba a los patios en demanda de jazmines del cabo y claveles dobles y sencillos que abundan profusamente. Cargaba pastes, flores de peña y gallinazos, y toda la casa llenábase de un olor penetrante a boscaje, a húmeda cañada montañés. Su madre la reprendía a veces por aquella vagancia, pues metíase muy adentro del pinar y de las manchas de robles, encinas y liquidámbares; cualquier día le darían un susto los toros en brama o un cristiano mal intencionado. Reía siempre y contestaba con una chuscada.

—Ayer, un perrito negro, lanudo y muy sucio, se vino siguiéndome hasta la puerta de la casa.

—Yo no lo ví, hija.

—Pero venía, mamá, y los ojos parecían chispas.

—Pues era el Cadejo! ¡Jesús, María y José!

Un día, Rosario regresaba contenta con la grata noticia de haber visto, bajando gallinazos, un panal de jimerito, cuando sintió pasos precipitados. Volvióse y encontró a Juan Blas. Despavorida echóse a correr hasta llegar a casa. No hubo más escapatorias. Si su madre la interrogaba, respondía con aquella sonrisa que le formaba oyuelos en las mejillas:

—¡Me salió el Cadejo!

III

Nochebuena. Nochebuena en las ciudades, en los villorrios, en los campos y en las alquerías. Celebrábase en la aldea, como en todo nuestro territorio, la venida al mundo del Niño Jesús, con música de guitarras, mandolinas y acordeones; con cantos y zapateados. En el fogón chisporroteaba alegremente la olla nacatamalera y aunque el Mesías no había arribado aún, ya la gente se refocilaba de lo lindo. En un ángulo de la espaciosa sala, el nacimiento de Rosario, semejante a un rincón de la montaña, tanta hoja verde y tanta flor se lucían. Hechos en barro, el señor San José, la Virgen María y el Niño Dios estaban ya en el establo de Belén. Y la mula, el buey y los pastorcillos que llegaban a ofrendar. Fuera, en el patio amplio, se reunieron los vecinos bajo la lumbre de las estrellas y de una inmensa fogata. Rosario esperaba inquieta la llegada de Alejandro. Los niños jugaban haciendo corros. Una voz infantil cantaba:

Pastores, pastores
vamos a Belén!

y muchos corazones toscos reblandecíanse en miel de ternura. Con garbo y soltura punteaban los dedos en la panzuda guitarra y una voz cascada elevábase del grupo:

Si a tu ventana
llega una paloma
trátala con cariño
que es mi persona.

—¡Cállese, tío Zoto... eso es más viejo que su abuela!

Si a tu ventana
llega un burro flaco...

La frase se perdía en el alboroto de las carcajadas que estallaban, confundiéndose las voces robustas con el timbre de las voces argentinas. Algunas parejas, entrelazadas, bailaban ruidosamente un zapateado o un valse; golpeaban al suelo los pies descalzos, volaban airosas las faldas amarillas de las bailadoras, agitábanse los escotes y las hermosas trenzas adornadas con claveles tintos. De cuando en cuando alguien *pedía paloma* y una pareja se desintegraba momentáneamente en el cambio de compañeros; las gallardas mozas pasaban sonrientes de unos brazos a otros, magüer en ciertos momentos oíanse murmullos amenazadores presagiando una refriega si la muchacha negábase a complacer al peticionario. Canciones exóticas, importadas de la capital, eran moduladas por gargantas femeninas:

La vida es así
nos hace llorar
nos hace reír...

la tristeza ajena palpitaba en el cristal roto de la voz aldeana que acaso llorara cuitas muy hondas en las noches invernales, cuando llueve, llueve y llueve, sobre los pinares taciturnos que salmodian una elegía por los muertos olvidados en el pobre cementerio cubierto de malezas. El rumor infantil alternaba:

Doñana no está aquí
Está en su verjel,
abriendo la rosa
y cortando el clavel.

—¡Silencio... el abuelo va a decir adivinanzas!—

En el monte verdea
y en la casa colea?

—¡La escoba... la escoba, abuelo!—

En el monte campirano
hay un hombre franciscano
tiene dientes y no come
tiene barbas y no es hombre

—¡El ajoooo... el ajo!—

Una vieja tonta y loca
con las tripas en la boca,

—¡La guitarra!—

Una vieja con un diente
que llama toda la gente?

—¡La campana!—

"Morena del alma mía"...

—Cállese, tío Zoto, que Sebastián va a cantar los sones que aprendió en el cuartel, haciendo plaza en Tegucigalpa.—

Rencoroso con el muchacho que había aprendido las nuevas canciones, se silenció el vejete; y los bambucos, los pasillos y las coplas fluyeron de labios del mozo acompañados por el són monocorde de las guitarras y el trinar de las mandolinas.

Más de media noche. Un perro aúlla. La ronda de los fantasmas vaga por el filo de los cerros. "El Maligno" huye ante las cruces de madera. Rosario va a rezar un Avemaría a la Virgen de Dolores de la hornacina. Alejandro no llega todavía.

IV

Vino el novio, arrastrado por Juan Blas. Con el corazón partido en dos por una puñalada, el rostro lívido, los ojos abiertos, la camisa de pechera blanca cubierta de coágulos ne-

gros, el cuerpo de Alejandro se desplomó en medio de la sala. Juan Blas había ido al estanco y cuando el guaro y la chicha se le subieron a la cabeza, llegóse a esperar al novio de Rosario, cabe la puerta de ésta, donde se festejaba la venida del Mesías. De un fiero envión le hundió el cuchillo hasta la empuñadura y ciego de rabia cargó con el cuerpo exánime. Bajo el cielo que lloraba estrellas, Juan Blas sentía bañarse sus manos con el raudal caliente de la sangre enemiga; su rival echaba el alma por aquel boquete abierto al lado izquierdo del pecho; la agonía había sido casi instantánea: un estertor breve y el hombre se murió en un ronquido.

—¡Bah... se acabó... echá el alma, perro, con toda tu sangre... que yo tengo la mía podrida! ¡Esta sangre quema... la llama va a acabar con todos!

Cayó la masa ensangrentada e inerte y un gran grito, un grito de mujer, taladrante, largo, agudo; un grito en que aullaban todos los furores y los dolores humanos rasgó el trágico silencio de la noche. Los niños huyeron despavoridos; los espectadores estremeciéronse de horror; en las cercanas alquerías respondió el lamento funerario de los canes transidos de miedo. El grito atravesó los pinares y robledales; los bosques y las hondonadas; fue a expirar en las lejanas canteras desnudas de vegetación donde la muerte reina.

—¡Bandido... bandido... bandido! ¡Lo mataste! ¡Lo has asesinado! Has robado su sangre, cobarde... porque yo lo quería a él y te odio a vos!!

Fosco, la mirada torva, congestionado el rostro, Juan Blas respondió, viéndola de hito en hito:

—¡Sí... lo asesiné... le dí en el pecho sin que él me viera! ¡Lo maté porque lo querías... Y yo siento este fuego infernal... este amor maldito que acabará con todos, como acabó con él!

Cual fiera acorralada vióse el réprobo y blandiendo el ensangrentado cuchillo saltó fuera. Quiso correr, tropezó y fuese de bruces al centro de la inmensa fogata, que chisporroteaba en medio del patio. Indignados, los hombres rodearon los maderos crepitantes.

El espectáculo fue soberbio. Dando horribles aullidos, Juan Blas se convulsionaba besado por las mil lenguas de fuego. Cayeron las ropas: enrojecieron hasta el blanco las carnes morenas; un terrible olor saturó el aire; Juan Blas no fue sino un tronco humeante... y luego, un puñado de cenizas.

El canto de los gallos anunciaba el alba. Todos se santiguaron.

—La llama... la llama en que ardía su corazón, acabó con él!

epilogó el tío Zoto.

INDICE

HUERTO LIRICO

Amor Sacrílego -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 11
El Opalo Triste -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 21
La Reina Malva -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 27
El Carnaval de los Locos -- -- -- -- -- -- -- -- -- 35
La Zíngara -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 45
La Dádiva -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 53
La Misa de Medianoche -- -- -- -- -- -- -- -- -- 59
Fantasmas -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 65
El Célebre caso del Abogado Vicente Ferrera -- -- -- -- 75
La Gloria -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 85
Del Dolor y el Pecado -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 91
La Muñeca de Tanagra -- -- -- -- -- -- -- -- -- 101
La Muerte del Buda -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 109
El Amor de los Amores -- -- -- -- -- -- -- -- -- 115

AROMA DEL TERRUÑO

Luna Roja -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 127
La Walkyria -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 137
El Lago donde las Hadas Cantan -- -- -- -- -- -- -- 149
El Grumete -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 165
La Tempestad -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 173
La Llama -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- -- 189